

LA VOCACIÓN, BENEDICTO XVI



[Escribir el nombre del autor]

[Escribir el nombre de la compañía]

[Seleccionar fecha]

XLII

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II
CON OCASIÓN DE LA XLII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

IV DOMINGO DE PASCUA
17 DE ABRIL DE 2005

"Llamados a remar mar adentro"

Venerados Hermanos en el Episcopado,
queridos Hermanos y Hermanas:

1. "Duc in altum!" Al comienzo de la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* cité las palabras con las que Jesús anima a los primeros discípulos a echar las redes para una pesca que sería milagrosa. Dice a Pedro: "Duc in altum - Remar mar adentro" (Lc 5, 4). «Pedro y los primeros compañeros se fiaron de las palabras de Cristo, y echaron las redes» (*Novo millennio ineunte*, 1).

Esta conocida escena evangélica sirve de telón de fondo para la próxima Jornada de Oración para las Vocaciones, que lleva por lema: «Llamados a remar mar adentro». Privilegiada oportunidad para reflexionar sobre la llamada a seguir a Jesús y, en particular, a seguirle en el camino del sacerdocio y de la vida consagrada.

2. "Duc in altum!" La llamada de Cristo resulta especialmente actual en nuestro tiempo, en el que una difusa manera de pensar propicia la falta de esfuerzo personal ante las dificultades. La primera condición para "remar mar adentro" requiere cultivar un profundo espíritu de oración, alimentado por la escucha diaria de la Palabra de Dios. La auténtica vida cristiana se mide por la hondura en la oración, arte que se aprende humildemente "de los mismos labios del divino Maestro", implorando casi, "como los primeros discípulos: '¡Señor, enséñanos a orar!' (Lc 11, 1). En la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo que nos convierte en sus íntimos: 'Permaneced en mí, como yo en vosotros' (Jn 15, 4)" (*Novo millennio ineunte*, 32).

La orante unión con Cristo nos ayuda a descubrir su presencia incluso en momentos de aparente desilusión, cuando la fatiga parece inútil, como les sucedía a los mismos apóstoles que después de haber faenado toda la noche exclamaron: "Maestro, no hemos pescado nada" (Lc 5, 5). Frecuentemente en momentos así es cuando hay que abrir el corazón a la onda de la gracia y dejar que la palabra del Redentor actúe con toda su fuerza: "Duc in altum!" (cfr. *Novo millennio ineunte*, 38).

3. Quien abra el corazón a Cristo no sólo comprende el misterio de la propia existencia, sino también el de la propia vocación, y recoge espléndidos frutos de gracia. Primero, creciendo en santidad por un camino espiritual que, comenzando con el don del Bautismo, prosigue hasta alcanzar la perfecta caridad (cfr *ibid*, 30). Viviendo el Evangelio "sine glossa", el cristiano se hace cada vez más capaz de amar como Cristo, a tenor de la exhortación: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt 5, 48). Se esfuerza en perseverar en la unidad con los hermanos dentro de la comunión de la Iglesia, y se pone al servicio de la nueva evangelización para proclamar y ser testigo de la impresionante realidad del amor salvífico de Dios.

4. Particularmente a vosotros, queridos adolescentes y jóvenes, os repito la invitación de Cristo a "remar mar adentro". Os encontráis en un momento en que tenéis que tomar una decisión importante para vuestro futuro. Guardo en mi corazón el recuerdo de numerosos encuentros en años pasados con jóvenes, convertidos hoy en adultos, tal vez en padres de algunos de vosotros, en sacerdotes, religiosos, religiosas, vuestros educadores en la fe. Los vi alegres, como deben ser los jóvenes, pero también reflexivos, por el empeño en dar un 'sentido' pleno a su existencia. Cada vez estoy más convencido de que, en el ánimo de las nuevas generaciones es mayor la atracción hacia los valores del espíritu, mayor el ansia de santidad. Los jóvenes necesitan de Cristo, pero saben también que Cristo quiere contar con ellos.

Queridos muchachos y muchachas, confiad en Él, escuchad sus enseñanzas, mirad su rostro, perseverad en la escucha de su Palabra. Dejad que sea Él quien oriente vuestras búsquedas y aspiraciones, vuestros ideales y los anhelos de vuestro corazón.

5. Me dirijo ahora a los queridos padres y educadores cristianos, a los amados sacerdotes, consagrados y catequistas. Dios os ha confiado el quehacer peculiar de guiar a la juventud por el camino de la santidad. Sed para ellos ejemplo de generosa fidelidad a Cristo. Animadles a no dudar en "remar mar adentro", respondiendo sin tardanza a la invitación del Señor. Él llama a unos a la vida familiar, a otros a la vida consagrada o al ministerio sacerdotal. Ayudadles para que sepan discernir cuál es su camino, y lleguen a ser verdaderos amigos de Cristo y sus auténticos discípulos. Cuando los adultos creyentes hacen visible el rostro de Cristo con la palabra y con el ejemplo, los jóvenes están dispuestos más fácilmente a acoger su exigente mensaje marcado por el misterio de la Cruz.

¡No olvidéis, además, que hoy también se necesitan sacerdotes santos, personas totalmente consagradas al servicio de Dios! Por eso querría repetir una vez más: "Es necesario y urgente enfocar una vasta y capilar pastoral de las vocaciones que llegue a las parroquias, los centros educativos, a las familias, suscitando una reflexión más atenta a los valores esenciales de la vida, los cuales se resumen claramente en la respuesta que cada uno está invitado a dar a la llamada de Dios, especialmente cuando pide la entrega total de sí y de las propias fuerzas para la causa del Reino" (Novo millennio ineunte, 46).

A los jóvenes les vuelvo a decir las palabras de Jesús: "Duc in altum!" Al repetir de nuevo esta exhortación, pienso también en las palabras dirigidas por María, su Madre, a los servidores en Caná de Galilea: "Haced lo que Él os diga" (Jn 2, 5). Cristo, queridos jóvenes, os pide «remar mar adentro» y la Virgen os anima a no dudar en seguirle.

6. Suba desde cada rincón de la tierra, reforzada con la materna intercesión de la Virgen, la ardiente plegaria al Padre celestial para conseguir "obreros para su mies" (Mt 9, 38). Quiera Él conceder fervorosos y santos sacerdotes a cada porción de su grey. Confiadamente nos dirigimos a Cristo, Sumo Sacerdote, y Le decimos con renovada esperanza:

Jesús, Hijo de Dios,
en quien habita la plenitud de la divinidad,
que llamas a todos los bautizados a "remar mar adentro",
recorriendo el camino de la santidad,
suscita en el corazón de los jóvenes
el anhelo de ser en el mundo de hoy
testigos del poder de tu amor.

Llénelos con tu Espíritu de fortaleza y de prudencia
para que lleguen a descubrir su auténtico ser
y su verdadera vocación.

Salvador de los hombres,
enviado por el Padre para revelar el amor misericordioso,
concede a tu Iglesia el regalo
de jóvenes dispuestos a remar mar a dentro,
siendo entre sus hermanos
manifestación de tu presencia que renueva y salva.

Virgen Santísima, Madre del Redentor,
guía segura en el camino hacia Dios y el prójimo,
que guardaste sus palabras en lo profundo de tu corazón,
protege con tu maternal intercesión
a las familias y a las comunidades cristianas,
para que ayuden a los adolescentes y a los jóvenes
a responder generosamente a la llamada del Señor.

Amén.

Castel Gandolfo, 11 de agosto del 2004
IOANNES PAULUS II

XLI

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II

CON OCASIÓN DE LA XLI JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

IV DOMINGO DE PASCUA

2 DE MAYO DE 2004

Venerados hermanos en el episcopado;
amadísimos hermanos y hermanas:

1. "Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Lc 10, 2).

Estas palabras de Jesús, dirigidas a los Apóstoles, muestran la solicitud que el buen Pastor tiene siempre por sus ovejas. Lo hace todo para que "tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10). Después de su resurrección, el Señor confiará a sus discípulos la responsabilidad de proseguir su misma misión, para que se anuncie el Evangelio a los hombres de todos los tiempos. Y son muchos los que han respondido y siguen respondiendo con generosidad a su constante invitación: "Sígueme" (Jn 21, 22). Son hombres y mujeres que aceptan poner su existencia totalmente al servicio de su Reino.

Con ocasión de la próxima XLI Jornada mundial de oración por las vocaciones, que se celebra tradicionalmente el IV domingo de Pascua, todos los fieles se unirán en una ferviente oración por las vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y al servicio misionero. En efecto, nuestro primer deber es pedir al "Dueño de la mies" por los que ya siguen más de cerca a Cristo en la vida sacerdotal y religiosa, y por los que él, en su misericordia, no cesa de llamar para esas importantes tareas eclesiales.

Oremos por las vocaciones

2. En la carta apostólica *Novo millennio ineunte* recordé que, "a pesar de los vastos procesos de secularización, se detecta una exigencia generalizada de espiritualidad, que en gran parte se manifiesta precisamente en una renovada necesidad de oración" (n. 33). En esta "necesidad de oración" se inserta nuestra petición común al Señor para que "envíe obreros a su mies".

Constato con alegría que en muchas Iglesias particulares se forman cenáculos de oración por las vocaciones. En los seminarios mayores y en las casas de formación de los institutos religiosos y misioneros se celebran encuentros con esa finalidad. Numerosas familias se convierten en pequeños "cenáculos" de oración, ayudando a los jóvenes a responder con valentía y generosidad a la llamada del Maestro divino.

¡Sí! La vocación al servicio exclusivo de Cristo en su Iglesia es don inestimable de la bondad divina, don que es preciso implorar con insistencia, confianza y humildad. El cristiano debe abrirse cada vez más a este don, vigilando para no desaprovechar "el tiempo de la gracia" y el "tiempo de la visita" (cf. Lc 19, 44).

Reviste particular valor la oración unida al sacrificio y al sufrimiento. El sufrimiento, vivido como cumplimiento en la propia carne de lo que falta "a las tribulaciones de Cristo en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1, 24), se convierte en una forma de intercesión muy eficaz. Muchos enfermos, en todas las partes del mundo, unen sus penas a la cruz de Jesús, para implorar vocaciones santas. También a mí me acompañan espiritualmente en el ministerio petrino que Dios me ha encomendado, y dan a la causa del Evangelio una contribución inestimable, aunque a menudo totalmente escondida.

Oremos por los llamados al sacerdocio y a la vida consagrada

3. Deseo de corazón que se intensifique cada vez más la oración por las vocaciones; una oración que ha de ser adoración del misterio de Dios y acción de gracias por las "maravillas" que él ha hecho y sigue haciendo, a pesar de la debilidad de los hombres; una oración contemplativa, llena de asombro y gratitud por el don de las vocaciones.

La Eucaristía está en el centro de todas las iniciativas de oración. El Sacramento del altar tiene un valor decisivo para el nacimiento de las vocaciones y para su perseverancia, porque en el sacrificio redentor de Cristo los llamados pueden encontrar la fuerza para dedicarse totalmente al anuncio del Evangelio. Conviene que a la celebración eucarística se una la adoración del santísimo Sacramento, prologando así, en cierto modo, el misterio de la santa misa. Contemplar a Cristo, presente real y sustancialmente bajo las especies del pan y el vino, puede suscitar en el corazón de quienes están llamados al sacerdocio o a una misión particular en la Iglesia el mismo entusiasmo que, en el monte de la Transfiguración, impulsó a Pedro a exclamar: "Señor, es bueno estar aquí" (Mt 17, 4; cf. Mc9, 5; Lc 9, 33). Se trata de un modo privilegiado de contemplar el rostro de Cristo con María y en la escuela de María, a quien, por su actitud interior, puede definirse muy bien como "mujer eucarística" (Ecclesia de Eucharistia, 53).

Quiera Dios que todas las comunidades cristianas se conviertan en "auténticas escuelas de oración", donde se ore para que no falten obreros en el vasto campo de trabajo apostólico. También es necesario que la Iglesia acompañe con constante solicitud espiritual a aquellos que Dios ha llamado y que "siguen al Cordero a dondequiera que vaya" (Ap 14, 4). Me refiero a los sacerdotes, a las religiosas y a los religiosos, a los eremitas, a las vírgenes consagradas, a los miembros de los institutos seculares, en una palabra, a todos los que han recibido el don de la vocación y llevan "este tesoro en recipientes de barro" (2 Co 4, 7). En el Cuerpo místico de Cristo existe una gran variedad de ministerios y carismas (cf. 1 Co 12, 12), todos destinados a la santificación del pueblo cristiano. En la solicitud recíproca por la santidad, que debe animar a cada miembro de la Iglesia, es indispensable orar para que los "llamados" permanezcan fieles a su vocación y alcancen el grado más elevado posible de perfección evangélica.

La oración de los llamados

4. En la exhortación apostólica postsinodal Pastores dabo vobis subrayé que "una exigencia imprescindible de la caridad pastoral hacia la propia Iglesia particular y hacia su futuro ministerial es la solicitud del sacerdote por dejar a alguien que tome su puesto en el servicio sacerdotal" (n. 74). Por tanto, sabiendo que Dios llama a los que quiere (cf. Mc 3, 13), cada ministro de Cristo tiene el deber de orar con perseverancia por las vocaciones. Nadie es capaz de comprender mejor que él la urgencia de un relevo generacional que asegure personas generosas y santas para el anuncio del Evangelio y la administración de los sacramentos.

Precisamente desde esta perspectiva es sumamente necesaria "la adhesión espiritual al Señor y a la propia vocación y misión" (Vita consecrata, 63). De la santidad de los llamados depende la fuerza de su testimonio, capaz de implicar a otras personas, impulsándolas a consagrar su vida a Cristo. Esta es la manera de contrastar la disminución de las vocaciones a la vida consagrada, que amenaza la existencia de muchas obras apostólicas, sobre todo en los países de misión.

Además, la oración de los llamados, sacerdotes y personas consagradas, reviste un valor especial, porque se inserta en la oración sacerdotal de Cristo. En ellos él ruega al Padre

para que santifique y mantenga en su amor a los que, aun estando en este mundo, no pertenecen a él (cf. Jn 17, 14-16).

El Espíritu Santo haga que la Iglesia entera sea un pueblo de orantes, que eleven su voz al Padre celestial para implorar vocaciones santas para el sacerdocio y la vida consagrada. Oremos para que aquellos que el Señor ha elegido y llamado sean testigos fieles y gozosos del Evangelio, al que han consagrado su existencia.

5. .A ti, Señor,
nos dirigimos con confianza.

Hijo de Dios,
enviado por el Padre
a los hombres
de todos los tiempos
y de todas las partes
de la tierra,
te invocamos
por medio de María,
Madre tuya y Madre nuestra:
haz que en la Iglesia
no falten las vocaciones,
sobre todo
las de especial dedicación
a tu Reino.

Jesús, único Salvador del hombre,
te rogamos
por nuestros hermanos y hermanas
que han respondido "sí"
a tu llamada al sacerdocio,
a la vida consagrada y a la misión.
Haz que su existencia
se renueve de día en día,
y se conviertan en Evangelio vivo.

Señor misericordioso y santo,
sigue enviando
nuevos obreros
a la mies de tu Reino.
Ayuda a aquellos que llamas
a seguirte en nuestro tiempo:
haz que, contemplando tu rostro,
respondan con alegría
a la estupenda misión
que les confías
para el bien de tu pueblo
y de todos los hombres.

Tú, que eres Dios,
y vives y reinas
con el Padre y el Espíritu Santo
por los siglos de los siglos.

Amén.

Vaticano, 23 de noviembre de 2003

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
PARA LA XL JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

IV DOMINGO DE PASCUA
11 DE MAYO DE 2003

Tema: "La vocación al servicio"

¡Venerables Hermanos en el Episcopado,
queridos Hermanos y Hermanas de todo el Mundo

1. “ He aquí a mi siervo, a quien elegí; mi amado, en quien mi alma se complace” (Mt 12, 18, cfr. Is 42, 1-4)

El tema del Mensaje de esta 40° Jornada Mundial de oración por las Vocaciones, nos invita a volver a las raíces de la vocación cristiana, a la historia del primer llamamiento del Padre, el Hijo Jesús. El es “el siervo” del Padre, proféticamente anunciado como el que ha elegido y plasmado el Padre desde el seno materno (cfr. Is 49,1-6), el predilecto que el Padre sostiene y del que se complace (cfr. Is 42, 1-9), en el que ha puesto su espíritu y al que ha transmitido su fuerza (cfr. Is 49, 5 y al que exaltará (cfr. Is 52, 13;-53, 12).

Parece evidente, de pronto, el radical sentido positivo, que el texto inspirado da al término “siervo”. Mientras, en la cultura actual, el que sirve es considerado inferior, en la historia sagrada es el que es llamado por Dios para cumplir una acción particular de salvación y redención, como quien sabe haber recibido todo lo que tiene y por lo tanto se siente también llamado a poner al servicio de los demás todo cuanto ha recibido.

El servicio en la Biblia, está siempre unido a una llamada específica que viene de Dios y por tanto representa el máximo cumplimiento de la dignidad de la criatura, o sea, que evoca toda la dimensión misteriosa y trascendente. Así ha sido también en la vida de Jesús, el siervo fiel llamado a cumplir la obra universal de la redención.

2. Como cordero llevado al matadero...” (Is 53, 7)

En la Sagrada Escritura se da una fuerte y evidente ligazón entre servicio y redención, como de hecho se da entre servicio y sufrimiento, entre Siervo y Cordero de Dios. El Mesías es el Siervo sufriente que padece, que se carga sobre la espalda el peso del pecado humano, es el Cordero “conducido al matadero” (Is 53, 7) para pagar el precio de la culpa cometida por la humanidad y devolverle así el servicio del que más tiene necesidad. El Siervo y el Cordero que “maltratado, se dejó humillar y no abrir la boca” (Is 53, 7), mostrando de esta manera una fuerza extraordinaria: la de no devolver el mal con el mal, sino respondiendo al mal con el bien.

Es la humilde energía del siervo, que encuentra en Dios su fuerza y que, por esto, Él le transforma en “luz de las naciones” y operador de salvación (cfr. Is 49, 5-6). La vocación al servicio es siempre, misteriosamente, vocación a tomar parte de forma muy personal, aunque costosa y dolorosa, en el ministerio de la salvación.

3. ...como el Hijo del hombre, que no ha venido para ser servido, sino a servir” (Mt 20, 28)

Jesús es en verdad el modelo perfecto del “siervo” del que habla la Escritura. El es quien se ha despojado radicalmente de sí, para asumir “la condición de siervo” (Fil 2,

7), y dedicarse totalmente a las cosas del Padre (cfr. Lc 2, 49), como Hijo predilecto en quien el Padre se complace (cfr. Mat. 17, 5). Jesús no ha venido para ser servido, “sino para servir y dar su vida en rescate de muchos” (Mat. 20, 28); ha lavado los pies de sus discípulos y ha obedecido al proyecto del Padre hasta la muerte de cruz (cfr. Fil 2, 8). Por esto, el Padre mismo, lo ha exaltado dándole un nombre nuevo y haciéndole Señor del cielo y de la tierra (cfr. Fil 2, 9-11).

¿Cómo no leer en el tema del “siervo Jesús” la historia de cada vocación, la historia pensada por el Creador para cada ser humano, historia que inevitablemente pasa a través de la llamada a servir y culmina en el descubrimiento del nombre nuevo, pensado por Dios para cada uno? En tal “nombre” cada uno puede proponer su propia identidad, orientándose hacia una realización de sí mismo que lo hará libre y feliz. ¿Cómo no leer, en particular en la parábola del Hijo, Siervo y Señor, la historia vocacional de quien es llamado por Él, para seguirlo de cerca y llegar así, a ser siervo en el ministerio sacerdotal o en la consagración religiosa? En efecto, la vocación sacerdotal o religiosa es siempre por su naturaleza, vocación al servicio generoso a Dios y al prójimo.

El servicio, entonces se transforma en camino y mediación preciosa para llegar a comprender mejor la propia vocación. La diakonía es en verdad itinerario pastoral vocacional (cfr. Nuevas vocaciones para una nueva Europa, 27 c).

4. “Donde estoy yo, allí también estará mi siervo” (Jn 12, 26)

Jesús, el Siervo y el Señor, es también aquel que llama. Llama a ser como Él, porque sólo en el servicio el ser humano descubre la dignidad propia y la ajena. Él llama a servir como Él ha servido: cuando las relaciones interpersonales son inspiradas en el servicio recíproco, se crea un mundo nuevo y en ello se desarrolla una auténtica cultura vocacional.

Con este mensaje, quisiera casi prestar la voz a Jesús, para que proponga a tantos jóvenes el ideal del servicio y ayudarles a superar las tentaciones del individualismo y la ilusión de procurarse así la felicidad. No obstante cierto impulso contrario también presente en la mentalidad actual, se da en el corazón de muchos jóvenes una natural disposición a abrirse a otro, de forma especial al más necesitado. Todo ello les hace generosos, capaces de empatía, dispuestos a olvidarse de sí mismos para anteponer al otro a sus propios intereses.

Servir, queridos jóvenes, es vocación del todo natural, porque el ser humano es naturalmente siervo, no siendo dueño de la propia vida y estando en cambio necesitado de tantos servicios al otro. Servir es manifestación de libertad por irrumpir del propio yo y de responsabilidad hacia el otro; y servir es posible a todos, con gestos aparentemente pequeños, pero grandes en realidad si son animados del amor sincero. El verdadero siervo es humilde, sabe ser “inútil” (cfr. Lc 17, 10), no busca provechos egoístas, pero se empeña por los otros experimentando en el don de sí mismo el gozo de la gratuidad.

Os auguro, queridos jóvenes, sepáis escuchar la voz de Dios que os llama al servicio. Es éste el camino que abre tantas formas de ministerios favorables a la comunidad; desde el ministerio ordenado a los varios ministerios instituidos y reconocidos: la catequesis, la animación litúrgica, la educación de los jóvenes, las más variadas expresiones de la caridad (cfr. Novo millennio ineunte, 46). He recordado, en la conclusión del Gran Jubileo, que esta es “la hora de una nueva ‘fantasía’ de la caridad” (ibidem, 50) Toca a vosotros, jóvenes, de forma particular, hacer que la caridad se exprese en toda su riqueza espiritual y apostólica.

5. “Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc. 9, 35)

Así dice Jesús a los Doce, sorprendidos al discutir entre ellos sobre “quien fuese el más grande” (Mc 9, 34). Es la tentación de siempre, que no perdona siquiera a quien es llamado a presidir la Eucaristía, el sacramento del amor supremo del “Siervo sufriente”. Quien cumple este servicio, en realidad, es todavía más radicalmente llamado a ser siervo. Es llamado, de hecho, a lograr “in persona Christi” y por lo tanto a revivir la misma condición de Jesús en la Última Cena, asumiendo por ello la misma disponibilidad para amar no sólo hasta el fin sino a dar la vida. Presidir la Cena del Señor, es por lo tanto, una invitación urgente para ofrecerse como don, para que permanezca y crezca en la Iglesia la actitud del Siervo sufriente y Señor.

Queridos jóvenes, cultivad la atracción por los valores y por la elección radical que hacen de la existencia un servicio a los demás tras las huellas de Jesús, el Cordero de Dios. No os dejéis seducir por los reclamos del poder y de la ambición personal. El ideal sacerdotal debe ser constantemente purificado por éstos y otras peligrosas ambigüedades.

Resuena también hoy el llamamiento del Señor Jesús: “Si uno me sirve, que me siga (Jn 12, 26). No tengáis miedo de acogerlo. Encontraréis seguramente dificultades y sacrificios, pero seréis felices de servir, seréis testimonios de aquel gozo que el mundo no puede dar. Seréis llamas vivas de un amor infinito y eterno; conoceréis la riqueza espiritual del sacerdocio, don y misterio divino.

6. Como otras veces, también en esta circunstancia tendamos la mirada hacia María, Madre de la Iglesia y Estrella de la nueva evangelización. Invoquémosla con confianza para que no falten en la Iglesia personas dispuestas a responder generosamente a la llamada del Señor, que llama a un más directo servicio del Evangelio:

«María, humilde sierva del Altísimo,
el Hijo que has generado te ha hecho sierva de la humanidad.

Tu vida ha sido un servicio humilde y generoso:
has sido sierva de la Palabra cuando el Ángel
Te anunció el proyecto divino de la salvación.

Has sido sierva del Hijo, dándole la vida
y permaneciendo abierta al misterio.

Has sido sierva de la Redención,
“permaneciendo” valientemente al pie de la Cruz,
junto al Siervo y Cordero sufriente,
que se inmolaba por nuestro amor.

Has sido sierva de la Iglesia, el día de Pentecostés
y con tu intercesión continuas generándola en cada creyente,
también en estos tiempos nuestros, difíciles y atormentados.

A Ti, joven Hija de Israel,
que has conocido la turbación del corazón joven
ante la propuesta del Eterno,
dirijan su mirada con confianza los jóvenes del tercer milenio.

Hazlos capaces de aceptar la invitación de tu Hijo
a hacer de la vida un don total para la gloria de Dios.

Hazles comprender que servir a Dios satisface el corazón,
que sólo en el servicio de Dios y de su reino
nos realizamos según el divino proyecto
y la vida llega a ser himno de gloria a la Santísima Trinidad

Amén.

En el Vaticano, 16 de octubre del 2002
JUAN PABLO II

XXXIX

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
PARA LA XXXIX JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

IV DOMINGO DE PASCUA
21 DE ABRIL 2002.

Tema: "La vocación a la santidad"

Venerables hermanos en el episcopado;
queridos hermanos y hermanas:

1. A todos vosotros "los queridos por Dios y santos por vocación, la gracia y la paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo" (Rom.1,7). Estas palabras del apóstol Pablo a los cristianos de Roma nos introducen en el tema de la próxima Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones: "La vocación a la santidad". ¡La santidad! He aquí la gracia y la meta de todo creyente, conforme nos recuerda el Libro del Levítico: "Sed santos, porque yo, el Señor, Dios vuestro, soy santo" (19,2).

En la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* he invitado a poner "la programación pastoral en el signo de la santidad", para "expresar la convicción de que si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial...Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este "alto grado" de la vida cristiana ordinaria: la vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esta dirección" (n° 31).

Tarea primaria de la Iglesia es acompañar a los cristianos por el camino de la santidad, con el fin de que iluminados por la inteligencia de la fe, aprendan a conocer y a contemplar el rostro de Cristo y a redescubrir en Él la auténtica identidad y la misión que el Señor confía a cada uno. De tal modo que lleguen a estar "edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, teniendo como piedra angular al mismo Jesucristo. En Él cada construcción crece bien ordenada para ser templo santo en el Señor" (Ef. 2. 20-21).

La Iglesia reúne en sí todas las vocaciones que Dios suscita entre sus hijos y se configura a sí misma como reflejo luminoso del misterio de la Santísima Trinidad. Como " pueblo congregado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", lleva en sí el misterio del Padre que llama a todos a santificar su nombre y a cumplir su voluntad; custodia el misterio del Hijo que, mandado por el Padre a anunciar el reino de Dios, invita a todos a seguirle; es depositaria del misterio del Espíritu Santo que consagra para la misión que el Padre ha elegido mediante su Hijo Jesucristo.

Porque la Comunidad eclesial es el lugar donde se expresan las diversas vocaciones suscitadas por el Señor, en el contexto de la Jornada Mundial, que tendrá lugar el próximo 21 de abril, IV Domingo de Pascua, se desarrollará el tercer Congreso Continental por las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada en Norteamérica. Me alegro de dirigir a los promotores y a los participantes mis benevolentes saludos y de expresar viva complacencia por una iniciativa que afronta uno de los problemas cruciales de la Iglesia que existe en América y por la Nueva Evangelización del Continente. Invito a todos, para que encuentro tan importante pueda

suscitar un renovado empeño en el servicio de las vocaciones y un entusiasmo más generoso entre los cristianos del “Nuevo Mundo”.

2. La Iglesia es “casa de la santidad” y la caridad de Cristo, difundida por el Espíritu Santo, constituye su alma. Por ella todos los cristianos deben ayudarse recíprocamente en descubrir y realizar su vocación a la escucha de la Palabra de Dios, en la oración, en la asidua participación a los Sacramentos y en la búsqueda constante del rostro de Cristo en cada hermano. De tal modo cada uno, según sus dones, avanza en el camino de la fe, tiene pronta la esperanza y obra mediante la caridad (Cf. *Lumen gentium*, 4.1) mientras la Iglesia “revela y revive la infinita riqueza del misterio de Jesucristo (*Christifideles laici*, 55) y consigue que la santidad de Dios entre en cada estado y situación de vida, para que todos los cristianos lleguen a ser operarios de la viña del Señor y edifiquen el Cuerpo de Cristo.

Si cada vocación en la Iglesia está al servicio de la santidad, algunas, sobre todo, como la vocación al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada lo son de modo especialísimo. Es a estas vocaciones a las que invito a mirar hoy con particular atención, intensificando su oración por ellas.

La vocación al ministerio sacerdotal “es esencialmente una llamada a la santidad, en la forma que brota del sacramento del Orden. La santidad es intimidad con Dios, es imitación de Cristo pobre, casto, y humilde; es amor sin reserva a las almas y donación al verdadero bien; es amor a la Iglesia que es santa y nos quiere santos, porque tal es la misión que Cristo le ha confiado” (*Pastores dabo vobis*, 33). Jesús llama a los Apóstoles “para que estén con Él”. (*Mc* 3,14) en una intimidad privilegiada (cf *Lc* 8, 1- 2; 22, 28). No sólo los hace partícipes de los misterios del Reino de los cielos (cf *Mt* 13,16-18) sino que espera de ellos una fidelidad más alta y acorde con el ministerio apostólico al que les llama. Les exige una pobreza más rigurosa (cf. *Mt* 19, 22-23), la humildad del siervo que se hace el último de todos (cf. *Mt* 20, 25-27). Les pide la fe en los poderes recibidos (cf. *Mt* 17,19-21, la oración y el ayuno como instrumentos eficaces de apostolado (cf. *Mc* 9, 29) y el desinterés: “Gratuitamente habéis recibido, dad gratuitamente”. (*Mt* 10, 8). De ellos espera la prudencia unida a la simplicidad y a la rectitud moral (cf. *Mt* 10, 26-28) y el abandono a la Providencia (cf. *Lc* 9, 1-3); 19, 22-23). No debe faltarles la conciencia de la responsabilidad asumida, en cuanto administradores de los sacramentos instituidos por el Maestro y operarios de su viña (cf. *Lc* 12, 43-48).

La vida consagrada revela la íntima naturaleza de cada vocación cristiana a la santidad y la tensión de toda la Iglesia-Esposa hacia Cristo, “su único Esposo”. “La profesión de los consejos evangélicos está íntimamente conectada con el misterio de Cristo, teniendo el deber de hacerlos presentes en la forma de vida que ellos elijan, añadiéndolo como valor absoluto y escatológico (*Vita consecrata*, 29). Las vocaciones a estos estados de vida son dones preciosos y necesarios, que atestiguan también hoy el seguimiento de Cristo casto, pobre y obediente, el testimonio del primado absoluto de Dios y el servicio a la humanidad en el estilo del Redentor representan caminos privilegiados hacia una plenitud de vida espiritual.

La escasez de candidatos al sacerdocio y a la vida consagrada, que se registra en algunos contextos de hoy, lejos de conducirnos a exigir menos y a contentarse con una formación y una espiritualidad mediocres, debe impulsarnos sobre todo a una mayor atención en la selección y en la formación de cuantos, una vez constituidos ministros y testigos de Cristo, estén llamados a confirmar con la santidad de vida lo que anuncian y celebran.

3. Es necesario poner en evidencia todos los medios para que las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, esenciales para la vida y la santidad del Pueblo de Dios, estén continuamente en el centro de la espiritualidad de la acción pastoral y de la oración de los fieles.

Los obispos y presbíteros sean, primeramente los testigos de la santidad del ministerio recibido como don. Con la vida y la enseñanza muestren el gozo de seguir a Jesús, Buen Pastor y la eficacia renovadora del misterio de su Pascua de redención. Hagan visible con su ejemplo, de modo particular a las jóvenes generaciones, la entusiasmante aventura reservada a quien, sobre las huellas del Divino Maestro, elige pertenecer completamente a Dios y se ofrece a sí mismo para que cada hombre pueda tener vida en abundancia. (cf. Jn 10, 10).

Consagrados y consagradas, que viven “en el mismo corazón de la Iglesia como elemento decisivo para su misión” (Vita consecrata, 3), muestren que su existencia está sólidamente radicada en Cristo, que la vida religiosa es “casa y escuela de comunión” (Novo millennio ineunte, 43), que en su humilde y fiel servicio al hombre aliente aquella “fantasía de la caridad” (ibid., 50) que el Espíritu Santo mantiene siempre viva en la Iglesia. ¡No olviden que en el amor a la contemplación, en el gozo de servir a los hermanos, en la castidad vivida por el Reino de los Cielos, en la generosa dedicación a su ministerio reside la fuerza de cada propuesta vocacional!

Las familias están llamadas a jugar un papel decisivo para el futuro de las vocaciones en la Iglesia. La santidad del amor esponsal, la armonía de la vida familiar, el espíritu de fe con el que se afrontan los problemas diarios de la vida, la apertura a los otros, sobre todo a los más pobres, la participación en la vida de la comunidad cristiana constituyen el ambiente adecuado para la escucha de la llamada divina y para una generosa respuesta de parte de los hijos.

4. “Rogad pues, al dueño de la mies para que envíe operarios a su mies” (Mt 9,38; Lc 10, 2) En obediencia al mandato de Cristo, cada Jornada Mundial se caracteriza como momento de oración intensa, que compromete a la Comunidad cristiana entera en una incesante y fervorosa invocación a Dios por las vocaciones. ¡Qué importante es que las comunidades cristianas lleguen a ser verdaderas escuelas de oración (cf. Novo millennio ineunte, 33), capaces de educar en el diálogo con Dios y formar a los fieles en abrirse siempre más al amor con que el Padre “tanto ha amado al mundo que le dio a su Hijo unigénito”! (Jn 3, 16). La oración cultivada y vivida ayudará a dejarse guiar por el Espíritu de Cristo para colaborar en la edificación de la Iglesia en la caridad. En tal ambiente, el discípulo crece en el deseo ardiente que cada hombre encuentra en Cristo y alcanza la verdadera libertad de los hijos de Dios. Tal deseo conducirá al creyente, bajo el ejemplo de María, a estar disponible para pronunciar un “sí” lleno y generoso al Señor que le llama a ser ministro de la Palabra, de los Sacramentos y de la Caridad, o pueda ser signo viviente de la vida casta, pobre y obediente de Cristo entre los hombres de nuestro tiempo.

El Dueño de la mies haga que no falten en su Iglesia numerosas y santas vocaciones sacerdotales y religiosas!

Padre Santo: mira nuestra humanidad,
que da los primeros pasos
en el camino del tercer milenio.

Su vida sigue marcada fuertemente todavía
por el odio, la violencia, la opresión,

pero el hambre de justicia, de verdad y de gracia,
encuentra espacio en el corazón de tantos,
que esperan la salvación,
llevada a cabo por Ti, por medio de tu Hijo Jesús.

Hacen falta mensajeros valientes del Evangelio,
servidores generosos de la humanidad sufriente.
Envía a tu Iglesia, te rogamos,
presbíteros santos, que santifiquen a tu pueblo
con los instrumentos de tu gracia.

Envía numerosos consagrados y consagradas
que muestren tu santidad en medio del mundo.
Envía a tu viña obreros santos
que trabajen con el celo de la caridad
e, impulsados por tu Espíritu Santo,
lleven la salvación de Cristo
hasta los últimos confines de la tierra.

Amén,

Castelgandolfo, 8 de septiembre del 2001
IOANNES PAULUS PP. II

XXXIX

XXXVIII
MENSAJE DEL SANTO PADRE
PARA LA XXXVIII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

IV DOMINGO DE PASCUA
6 DE MAYO DEL 2001.

Tema: "La vida como vocación"

Venerables hermanos en el episcopado;
queridos hermanos y hermanas de todo el mundo!:

1. - La próxima "Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones" que tendrá lugar el 6 de mayo del 2001, a pocos meses, por tanto, del fin del Gran Jubileo, tendrá como motivo "La vida como vocación". En este mensaje deseo detenerme para reflexionar con vosotros sobre el tema que reviste una indudable importancia en la vida cristiana.

La palabra "vocación" cualifica muy bien las relaciones de Dios con cada ser humano en la libertad del amor, porque "cada vida es vocación" (Pablo VI, carta Enc. Populorum progressio, 15). Dios, al fin de la creación, contempla al hombre y "vio ser bueno!" (Cfr. Gén. 1,31) lo hizo "a su imagen y semejanza", le puso en sus manos laboriosas el universo y lo ha llamado a una íntima relación de amor.

Vocación es la palabra que introduce a la comprensión de los dinamismos de la revelación de Dios y descubre al hombre la verdad sobre su existencia: "La razón más profunda de la dignidad humana, - leemos en el documento conciliar Gaudium et spes, - está en la vocación del hombre a la comunión de Dios. Ya desde su nacimiento es invitado el hombre al diálogo con Dios: pues, si existe, es porque, habiéndole creado Dios por amor, por amor le conserva siempre, y no vivirá plenamente conforme a la verdad, si no reconoce libremente este amor y si no se entrega a su Creador". (n. 19). Es en este diálogo de amor con Dios que se funda la posibilidad para cada uno de crecer según líneas y características propias, recibidas como don y capaces de "dar sentido" a la historia y a las relaciones fundamentales de su existir cotidiano, mientras se está en camino hacia la plenitud de la vida.

2. - Considerar la vida como vocación favorece la libertad interior, estimulando en la persona el deseo de futuro, conjuntamente con el rechazo de una concepción de la existencia pasiva, aburrida y banal. La vida asume así el valor del "don recibido, que tiende por naturaleza a llegar a ser bien dado" (Doc. Nuevas vocaciones para una nueva Europa, 1997,16, b). El hombre muestra ser renovado en el Espíritu (cfr. Jn 3, 3.5) cuando aprende a seguir el camino del nuevo mandamiento "que os améis los unos a los otros, como yo os he amado" (cfr. Jn 15,12). Se puede afirmar que, en cierto sentido, el amor es el DNA de los hijos de Dios; es la "la vocación santa" con la que hemos sido llamados "según su propósito y su gracia, gracia que nos fue dada en Cristo Jesús, antes de los tiempos eternos y manifestada en el presente por la aparición de nuestro Salvador, Jesucristo" (2 Tm 1,9.10).

En el origen de todo camino vocacional, está Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Él nos revela que no estamos sólo construyendo nuestra vida, porque Dios camina con nosotros en medio de nuestros quehaceres y si nosotros lo queremos, entreteje con cada cual una maravillosa historia de amor, única e irrepetible. Y al mismo tiempo, en armonía con la humanidad y con el mundo entero. Descubrir la presencia de Dios en la propia historia, no sentirse nunca huérfano sino siendo consciente de tener un Padre del que podemos

fiarnos totalmente: este es el gran cambio que transforma el horizonte simplemente humano y lleva al hombre a comprender, como afirma la *Gaudium et spes*, que no puede "encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo" (n. 24). En estas palabras del Concilio Vaticano II está encerrado el secreto de la existencia cristiana y de toda la auténtica realización humana.

3. - Hoy, sin embargo, esta lectura cristiana de la existencia debe hacer el balance de algunos comportamientos de la cultura occidental, en la que Dios es prácticamente marginado del vivir cotidiano. He aquí porqué es necesario un compromiso acorde de toda la comunidad cristiana para "reevangelizar la vida". Conviene a esta fundamental obligación pastoral el testimonio de hombres y mujeres que muestren la fecundidad de una existencia que tiene en Dios su fuente, en la docilidad a la acción del Espíritu su fuerza, en la comunión con Cristo y con la Iglesia la garantía del sentido auténtico de la fatiga cotidiana. Conviene que en la Comunidad cristiana, cada uno descubra su personal vocación y responda con generosidad. Cada vida y vocación y todo creyente es invitado a cooperar en la edificación de la Iglesia. En la "Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, sin embargo, nuestra atención va dirigida especialmente a la necesidad y a la urgencia de los ministros ordenados y de las personas dispuestas a seguir a Cristo en su camino exigente de la vida consagrada con la profesión de los consejos evangélicos.

Hay urgencia de ministros ordenados que sean "garantía permanente de la presencia sacramental de Cristo Redentor en los diversos tiempos y lugares" (*Christifideles laici*, 55) y, con la predicación de la Palabra y la celebración de la Eucaristía y de los otros Sacramentos guíen a las Comunidades cristianas por los senderos de la vida eterna.

Hay necesidad de hombres y mujeres que con su testimonio mantengan "viva en los bautizados la conciencia de los valores fundamentales del Evangelio" y hagan "avivar continuamente en la conciencia del Pueblo de Dios la exigencia de responder con la santidad de la vida al amor de Dios derramado en los corazones por el Espíritu Santo, reflejando en su conducta la consagración sacramental obrada por Dios en el Bautismo, la Confirmación o el Orden (*Vita consecrata*, 33).

Que el Espíritu Santo pueda suscitar abundantes vocaciones de especial consagración, para que favorezca en el pueblo cristiano una adhesión siempre más generosa al Evangelio y haga más fácil a todos la comprensión del sentido de la existencia como transparencia de la belleza y de la santidad de Dios.

4. - Mi pensamiento se dirige ahora a tantos jóvenes sedientos de valores y las más de las veces incapaces de encontrar el camino que a ello conduce. Si: sólo Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida. Y es por esto necesario hacerles encontrar al Señor y ayudarlos a establecer con Él una relación profunda. Jesús debe entrar en su mundo, asumir su historia y abrirle su corazón, para que se dispongan a conocerlo siempre más, a medida que siguen las huellas de su amor.

Pienso, con respecto a esto, en el papel importante de los Pastores del Pueblo de Dios. Para ellos evoco las palabras del Concilio Vaticano II: "Preocúpense los Presbíteros, en primer lugar, de poner ante los ojos de los fieles, con el ministerio de la Palabra, y con el testimonio de su propia vida, el espíritu de servicio y el verdadero gozo pascual expandidos abiertamente, la excelencia del Sacerdocio y su necesidad...Para este fin es de máxima utilidad la dirección espiritual sabia y prudente...Sin embargo, esta llamada del Señor no debe esperarse que sea en manera alguna como voz extraordinaria que llegue a oídos del futuro presbítero. Sino que más bien debe ser entendida e interpretada a través de signos por medio de los cuales cada día la voluntad de Dios se

manifiesta a los cristianos prudentes, signos que deben ser considerados atentamente por los presbíteros". (Presbyterorum ordinis, 11)

Pienso también en los consagrados y consagradas llamados a testimoniar que en Cristo está nuestra única esperanza; sólo de Él es posible sacar la energía para vivir sus mismas calidades de vida; sólo con Él, se puede salir al encuentro de las profundas necesidades de salvación de la humanidad. Pueda la presencia y el servicio de las personas consagradas abrir el corazón y la mente de los jóvenes hacia horizontes de esperanza plenos de Dios y los eduquen en la humildad y la gratuidad del amar y del servir. La significatividad eclesial y cultural de su vida consagrada se traduzca siempre más en propuestas pastorales específicas, adaptadas a la forma de educar y formar a los jóvenes y muchachas para la escucha de la llamada del Señor y a la libertad del espíritu para responderle con generosidad e intrepidez.

5. - Me dirijo ahora a vosotros, queridos padres cristianos, para exhortaros a estar cerca de vuestros hijos. No los dejéis solos frente a las grandes opciones de la adolescencia y de la juventud. Ayudadlos a no dejarse arrollar por la búsqueda afanosa del bienestar y guiadlos hacia el gozo auténtico, como lo es el del espíritu. Haced resonar en sus corazones, a veces llenos de miedo por el futuro, el gozo liberador de la fe. Educadlos, como escribía mi venerado predecesor, el Siervo de Dios Pablo VI, "apreciando simplemente los múltiples gozos humanos que el Creador pone ya en su camino: alegría entusiasta de la existencia y de la vida; gozo del amor casto y santificado; júbilo pacificante de la naturaleza y del silencio; regocijo, a veces austero, del trabajo esmerado; felicidad y satisfacción del deber cumplido; contento transparente de la pureza, del servicio, de la participación: satisfacción exigente del sacrificio". (Gaudete in Domino, I).

A la acción de la familia sirva de apoyo la de los catequistas y de los docentes cristianos, llamados de forma particular a promover el sentido de la vocación en los jóvenes. Su tarea es guiar a las nuevas generaciones hacia el descubrimiento del proyecto de Dios sobre sí mismo, cultivando en ellos la disponibilidad de hacer de la propia vida, cuando Dios llama, un don para la misión. Esto se verificará a través de ocasiones progresivas que preparen al "sí" pleno, por el que la entera existencia es puesta al servicio del Evangelio. Queridos catequistas y docentes: para obtener esto, ayudad a los jóvenes confiados a vosotros a mirar hacia lo alto, a huir de la tentación constante del compromiso. Educadlos en la confianza en Dios que es Padre y muestra la extraordinaria grandeza de su amor, confiando a cada uno un deber personal al servicio de la gran misión de "renovar la faz de la tierra".

6.- Leemos en el libro de los Hechos de los Apóstoles que los primeros cristianos "perseveraban en oír la enseñanza de los apóstoles y en la unión, en la fracción del pan y en la oración" (2, 42). Cada encuentro con la Palabra de Dios es un momento feliz para la propuesta vocacional. La frecuentación de la Sagrada Escritura ayuda a comprender el estilo y los gestos con los que Dios elige, llama, educa y hace partícipe de su amor.

La celebración de la Eucaristía y la oración hacen entender mejor las palabras de Jesús: "La mies es mucha y los obreros pocos! Roguemos, pues, al amo, mande obreros a su mies" (Mt 9, 37-38. Cfr. Lc 10, 2). Rogando por las vocaciones se dispone uno a mirar con sabiduría evangélica al mundo y a las necesidades de la vida y salvación de cada ser humano; se vive, además, la caridad y la solidaridad de Cristo hacia la humanidad y se cuenta con la gracia de poder decir, siguiendo el ejemplo de la Virgen: "He aquí la sierva del Señor: hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38)

Invito a todos a implorar conmigo al Señor, para que no falten obreros en su mies:

Padre santo: fuente perenne de la existencia y del amor,
que en el hombre viviente muestras el esplendor de tu gloria,
y pones en su corazón la simiente de tu llamada,
haz que, ninguno, por negligencia nuestra, ignore este don o lo pierda,
sino que todos con plena generosidad, puedan caminar
hacia la realización de tu Amor.

Señor Jesús, que en tu peregrinar por los caminos de Palestina,
has elegido y llamado a tus apóstoles y les has confiado la tarea
de predicar el Evangelio, apacentar a los fieles, celebrar el culto divino,
haz que hoy no falten a tu Iglesia
numerosos y santos Sacerdotes, que lleven a todos
los frutos de tu muerte y de tu resurrección.

Espíritu Santo: que santificas a la Iglesia
con la constante dádiva de tus dones,
introduce en el corazón de los llamados a la vida consagrada
una íntima y fuerte pasión por el Reino,
para que con un sí generoso e incondicional,
pongan su existencia al servicio del Evangelio.

Virgen Santísima, que sin dudar
te has ofrecido al Omnipotente
para la actuación de su designio de salvación,
infunde confianza en el corazón de los jóvenes
para que haya siempre pastores celosos,
que guíen al pueblo cristiano por el camino de la vida,
y almas consagradas que sepan testimoniar
en la castidad, en la pobreza y en la obediencia,
la presencia liberadora de tu Hijo resucitado.

Amén.

Del Vaticano, 14 de septiembre del 2000
JUAN PABLO II

XXXVIII

XXXVII
MENSAJE DEL SANTO PADRE
PARA LA XXXVII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES.

IV DOMINGO DE PASCUA
14 DE MAYO 2000.

Tema: "La Eucaristía, fuente de toda vocación y ministerio en la Iglesia"

Venerados hermanos en el episcopado;
amadísimos hermanos y hermanas de todo el mundo:

La Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones que será celebrada en el clima glorioso de las fiestas pascuales, momento particularmente intenso de las fechas jubilares, me ofrece la ocasión para reflexionar junto con vosotros sobre el don de la divina llamada, compartiendo vuestra solicitud por las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada. El tema que quiero proporcionaros este año se pone en sintonía con el desarrollo del Gran Jubileo. Quisiera meditar con vosotros sobre: La Eucaristía, fuente de toda vocación y ministerio en la Iglesia. No es quizá la Eucaristía el misterio de Cristo vivo y operante en la historia? En la Eucaristía Jesús continúa llamando a su seguimiento y ofreciendo a cada hombre la "plenitud del tiempo".

1. "Cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios mandó a su Hijo, nacido de mujer". (Gal.4,4)

"La plenitud del tiempo se identifica con el misterio de la Encarnación del Verbo... y con el misterio de la Redención del mundo" (Tertio millennio adveniente, 1): en el Hijo consustancial al Padre y hecho hombre en el seno de la Virgen se abre y llega a su plenitud en el "tiempo" esperado, tiempo de gracia y de misericordia, tiempo de salvación y de reconciliación.

Cristo revela el plan de Dios respecto de toda la creación y en particular respecto del hombre. Él "revela plenamente el hombre al hombre y le comunica su altísima vocación" (Gaudium et Spes, 22), escondida en el corazón del Eterno. El misterio del Verbo encarnado será plenamente descubierto sólo cuando cada hombre y cada mujer sean realizados en Él, hijo en el Hijo, miembros de su Cuerpo místico que es la Iglesia.

El Jubileo, y éste en particular, celebrando los dos mil años de la entrada en el tiempo del Hijo de Dios y el misterio de la redención, incita a cada creyente a considerar su propia vocación personal, para completar lo que falta en su vida a la pasión del Hijo en favor de su cuerpo que es la Iglesia. (Cor 1, 24)

2. "Puesto con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Mas El desapareció de su presencia. Se dijeron uno al otro: "¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?" (Lc 24, 30-32)

La Eucaristía constituye el momento culminante en el que Jesús, al darnos su Cuerpo inmolado y su Sangre derramada por nuestra salvación, descubre el misterio de su identidad e indica el sentido de la vocación de cada creyente. En efecto, el significado de la vida humana está todo en aquel Cuerpo y en aquella Sangre, ya que por ellos nos han venido la vida y la salvación. Con ellos debe, de alguna manera, identificarse la existencia misma de la persona, la cual se realiza a sí misma en la medida en que sabe hacerse, a su vez don para todos.

En la Eucaristía todo esto está misteriosamente significado en el signo del pan y del vino, memorial de la Pascua del Señor: el creyente que se alimenta de aquel Cuerpo inmolado y de aquella Sangre derramada recibe la fuerza de transformarse a su vez en don. Como dice san Agustín: "Sed lo que recibís y recibid lo que sois" (Sermón 272,1: en Pentecostés).

En el encuentro con la Eucaristía algunos descubren sentirse llamados a ser ministros del Altar, otros a contemplar la belleza y la profundidad de este misterio, otros a encauzar la fuerza de su amor hacia los pobres y débiles, y otros, también a captar su poder transformador en las realidades y en los gestos de la vida de cada día. Cada creyente encuentra en la Eucaristía no sólo la clave interpretativa de su propia existencia sino el valor para realizarla, y construir así, en la diversidad de los carismas y de las vocaciones, el único Cuerpo de Cristo en la historia.

En la narración de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) S. Lucas hace entrever cuanto acaece en la vida del que vive de la Eucaristía. Cuando "en el partir el pan" por parte del "forastero" se abren los ojos de los discípulos, ellos se dan cuenta que el corazón les ardía en el pecho mientras lo escuchaban explicar las Escrituras. En aquel corazón que arde podemos ver la historia y el descubrimiento de cada vocación, que no es conmoción pasajera, sino percepción cada vez más cierta y fuerte de que la Eucaristía y la Pascua del Hijo serán cada vez más la Eucaristía y la Pascua de sus discípulos.

3. "He escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al maligno". (1 Jn 2-14)

El misterio del amor de Dios" escondido desde los siglos y desde las generaciones" (Col 1,26) es ahora revelado a nosotros en la "palabra de la cruz" (1 Cor 1,18) que morando en vosotros, queridos jóvenes, será vuestra fuerza y vuestra luz y os descubrirá el misterio de la llamada personal. Conozco vuestras dudas y vuestras fatigas, os veo con cara de desaliento, comprendo el temor que os asalta ante el futuro. Pero tengo, también, en la mente y en el corazón la imagen festiva de tantos encuentros con vosotros en mis viajes apostólicos, durante los cuales he podido constatar la búsqueda sincera de la verdad y el amor que permanece en cada uno de vosotros.

El Señor Jesús ha plantado su tienda en medio de nosotros y desde esta su morada eucarística repite a cada hombre y a cada mujer: "Venid a mí , todos vosotros, que estáis cargados y oprimidos y yo os confortaré. (Mt 11,28)

Queridos jóvenes, salid al encuentro de Jesús Salvador. Amadlo y adoradlo en la Eucaristía. Él está presente en la Santa Misa que hace sacramentalmente presente el Sacrificio de la Cruz. Él viene a nosotros en la Sagrada Comunión y permanece en los Sagrarios de nuestras Iglesias, porque es nuestro amigo, amigo de todos, particularmente de vosotros jóvenes, tan necesitados de confianza y de amor. De Él podéis sacar el coraje para ser sus apóstoles en este particular paso histórico: el año 2000 será como vosotros jóvenes lo queráis y lo deseáis. Después de tanta violencia y opresión, el mundo tiene necesidad de "echar puentes" para unir y reconciliar; después de la cultura del hombre sin vocación, hacen falta hombres y mujeres que creen en la vida y la acogen como llamada que viene de lo Alto, de aquel Dios que porque ama, llama; después del clima de sospecha y de desconfianza, que corrompe las relaciones humanas, sólo jóvenes valientes, con mente y corazón abiertos a ideales altos y generosos podrán restituir belleza y verdad a la vida y a las relaciones humanas. Entonces este tiempo jubilar será para todos de verdad "año de gracia del Señor", un Jubileo vocacional.

4. "Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio"(1 Jn 2, 13)

Cada vocación es don del Padre, y como todos los dones que vienen de Dios, llegan a través de muchas mediaciones humanas: la de los padres o educadores, de los pastores de la Iglesia, de quien está directamente comprometido en un ministerio de animación vocacional o del simple creyente.

Quisiera con este mensaje dirigir la mirada a toda esta categoría de personas, a las que está ligado el descubrimiento y el apoyo de la llamada divina. Soy consciente de que la pastoral vocacional constituye un ministerio no fácil, pero cómo no recordaros que nada es más sublime que un testimonio apasionado de la propia vocación. Quien vive con gozo este don y lo alimenta diariamente en el encuentro con la Eucaristía sabrá derramar en el corazón de tantos jóvenes la semilla buena de la fiel adhesión a la llamada divina. Es en la presencia eucarística donde Jesús nos reúne, nos introduce en el dinamismo de la comunión eclesial y nos hace signos proféticos ante el mundo.

Quisiera aquí, dirigir un pensamiento afectuoso y agradecido a todos aquellos animadores vocacionales, sacerdotes, religiosos y laicos, que se prodigan con entusiasmo en este fatigoso ministerio. No os dejéis desanimar por las dificultades, tened confianza! La semilla de la llamada divina, cuando es plantada con generosidad, dará frutos abundantes. Frente a la grave crisis de vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada que afecta a algunas regiones del mundo, es menester, sobre todo en este Jubileo del Año 2000, afanarse para que cada presbítero, cada consagrado y consagrada redescubra la belleza de su propia vocación y la testimonie a los demás. Que cada oyente llegue a ser educador de vocaciones, sin tener que proponer una elección radical; que cada comunidad comprenda la centralidad de la Eucaristía y la necesidad de los ministros del Sacrificio Eucarístico; que todo el pueblo de Dios alce siempre la más intensa y apasionada oración al Dueño de la mies, con el fin de que mande operarios a su mies. Y que confíe esta oración a la intercesión de Aquella que es Madre del Sacerdote eterno.

5. Oración.

Virgen María, humilde hija del Altísimo,
en ti se ha cumplido de modo admirable
el misterio de la divina llamada.

Tu eres la imagen de lo que Dios cumple
en quien a Él se confía;
en ti la libertad del Creador
ha exaltado la libertad de la criatura.

Aquel que es nacido en tu seno
ha reunido en un solo querer la libertad salvífica de Dios
y la adhesión obediente del hombre.

Gracias a Ti, la llamada de Dios
se salda definitivamente con la respuesta del hombre- Dios.
Tu, primicia de una vida nueva,
protégenos a todos nosotros en el «sí» generoso del gozo y del amor.

Santa María, Madre de cada llamado,

haz que los creyentes tengan la fuerza
de responder con ánimo generoso al llamamiento divino
y sean alegres testimonios del amor hacia Dios
y hacia el prójimo.

Joven hija de Sión, Estrella de la mañana,
que guías los pasos de la humanidad
a través del Gran Jubileo hacia el porvenir,
orienta a la juventud del nuevo Milenio
hacia Aquel que es "la luz verdadera
que ilumina a todo hombre". (Jn 1,9)

Amén!

En el Vaticano, 30 de septiembre de 1999.

JOANNES PAULUS PP. II

XXXVII

MENSAJE DEL SANTO PADRE
PARA LA XXXVI JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

IV DOMINGO DE PASCUA
25 DE ABRIL DE 1999

Tema: "EL PADRE LLAMA A LA VIDA ETERNA"

¡Venerables Hermanos en el Episcopado,
Queridísimos Hermanos y Hermanas!

La celebración de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, programada para el 25 de abril de 1999, cuarto domingo de Pascua, constituye un anual reclamo a considerar con atención un aspecto fundamental de la vida de la Iglesia: la llamada al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada.

En el camino de preparación al Gran Jubileo, el año 1999 abre «los horizontes del creyente según la visión misma de Cristo: la visión del "Padre celestial" (cfr Mt 5,45)» (Tertio millennio adveniente, 49) e invita a reflexionar sobre la vocación que constituye el verdadero horizonte de cada corazón humano: la vida eterna. Propiamente en esta luz se revela toda la importancia de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada con las cuales el Padre celestial, de quien «viene toda dádiva perfecta y todo don perfecto» (Sant 1,17), continúa enriqueciendo a su Iglesia.

Un himno de alabanza brota espontáneo del corazón: "Bendito sea Dios, Padre del Señor nuestro Jesucristo" (Ef 1,3) por el don, también en este siglo que está llegando a su fin, de numerosas vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada en sus diversas formas.

Dios continúa manifestándose Padre a través de hombres y de mujeres que, impulsados por la fuerza del Espíritu Santo, testimonian con la palabra y con las obras, e incluso con el martirio, su entrega sin reservas al servicio de los hermanos. Mediante el ministerio ordenado de Obispos, presbíteros y diáconos, él ofrece garantía permanente de la presencia sacramental de Cristo Redentor (cfr Christifideles laici, 22), haciendo crecer la Iglesia, gracias a su específico servicio, en la unidad de un solo cuerpo y en la variedad de vocaciones, ministerios y carismas.

El ha derramado abundantemente el Espíritu en sus hijos de adopción, poniendo de manifiesto en las diversas formas de vida consagrada su amor de Padre, que quiere abarcar la humanidad entera. Es un amor, el suyo, que espera con paciencia y acoge con gozo a quien se ha alejado; que educa y corrige; que sacia el hambre de amor de cada persona. El continúa mostrando horizontes de vida eterna que abren el corazón a la esperanza, aun a pesar de las dificultades, del dolor y de la muerte, especialmente por medio de cuantos han abandonado todo por seguir a Cristo, consagrándose enteramente a la realización del Reino.

En este 1999 dedicado al Padre celestial, quisiera invitar a todos los fieles a reflexionar sobre las vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada, siguiendo los pasos de la oración que Jesús mismo nos enseñó, el "Padre nuestro".

1. "Padre nuestro, que estás en el cielo"

Invocar a Dios como Padre significa reconocer que su amor es el manantial de la vida. En el Padre celestial el hombre, llamado a ser su hijo descubre «haber sido elegido antes de la constitución del mundo, para ser santo e irreprochable en su presencia por la caridad» (Ef,1,4). El Concilio Vaticano II recuerda que «Cristo... en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (Gaudium et spes, 22). Para la persona humana la fidelidad a Dios es garantía de fidelidad a sí mismo y, de esta manera, de plena realización del propio proyecto de vida.

Toda vocación tiene su raíz en el Bautismo, cuando el cristiano, "renacido por el agua y por el Espíritu" (Jn 3,5) participa del acontecimiento de gracia que a las orillas del río Jordán manifestó a Jesús como "hijo predilecto" en el que el Padre se había complacido (Lc 3,22). En el Bautismo radica, para toda vocación, el manantial de la verdadera fecundidad. Es necesario, por tanto, que se preste especial atención para iniciar a los catecúmenos y a los pequeños en el redescubrimiento del Bautismo, y conseguir establecer una auténtica relación filial con Dios.

2. "Santificado sea tu nombre"

La vocación a ser "santos, porque él es santo" (Lv 11,44) se lleva a cabo cuando se reconoce a Dios el puesto que le corresponde. En nuestro tiempo, secularizado y también fascinado por la búsqueda de lo sagrado, hay especial necesidad de santos que, viviendo intensamente el primado de Dios en su vida, hagan perceptible su presencia amorosa y providente.

La santidad, don que se debe pedir continuamente, constituye la respuesta más preciosa y eficaz al hambre de esperanza y de vida del mundo contemporáneo. La humanidad necesita presbíteros santos y almas consagradas que vivan diariamente la entrega total de sí a Dios y al prójimo; padres y madres capaces de testimoniar dentro de los muros domésticos la gracia del sacramento del matrimonio, despertando en cuantos se les aproximan el deseo de realizar el proyecto del Creador sobre la familia; jóvenes que hayan descubierto personalmente a Cristo y quedado tan fascinados por él como para apasionar a sus coetáneos por la causa del Evangelio.

3. "Venga a nosotros tu Reino"

La santidad remite al "Reino de Dios", que Jesús representó simbólicamente en el grande y gozoso banquete propuesto a todos, pero destinado sólo a quien acepta llevar la "vestidura nupcial" de la gracia.

La invocación "venga tu Reino" llama a la conversión y recuerda que la jornada terrena del hombre debe estar marcada por la diuturna búsqueda del reino de Dios antes y por encima de cualquier otra cosa. Es una invocación que invita a dejar el mundo de las palabras que se esfuman para asumir generosamente, a pesar de cualquier dificultad y oposición, los compromisos a los que el Señor llama.

Pedir al Señor "venga tu Reino" conlleva, además, considerar la casa del Padre como propia morada, viviendo y actuando según el estilo del Evangelio y amando en el Espíritu de Jesús; significa, al mismo tiempo, descubrir que el Reino es una "semilla pequeña" dotada de una insospechable plenitud de vida, pero expuesta continuamente al riesgo de ser rechazada y pisoteada.

Que cuantos son llamados al sacerdocio o a la vida consagrada acojan con generosa disponibilidad la semilla de la vocación que Dios ha depositado en su corazón.

Atrayéndoles a seguir a Cristo con corazón indiviso, el Padre les invita a ser apóstoles alegres y libres del Reino. En la respuesta generosa a la invitación, ellos encontrarán aquella felicidad verdadera a la que aspira su corazón.

4. "Hágase tu voluntad"

Jesús dijo: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra" (Jn, 4,34). Con estas palabras, él revela que el proyecto personal de la vida está escrito por un benévolo designio del Padre. Para descubrirlo es necesario renunciar a una interpretación demasiado terrena de la vida, y poner en Dios el fundamento y el sentido de la propia existencia. La vocación es ante todo don de Dios: no es escoger, sino ser escogido; es respuesta a un amor que precede y acompaña. Para quien se hace dócil a la voluntad del Señor la vida llega a ser un bien recibido, que tiende por su naturaleza a transformarse en ofrenda y don.

5. "Danos hoy nuestro pan de cada día"

Jesús hizo de la voluntad del Padre su alimento diario (cfr Jn, 4,34), e invitó a los suyos a gustar aquel pan que sacia el hambre del espíritu: el pan de la Palabra y de la Eucaristía.

A ejemplo de María, es preciso aprender a educar el corazón a la esperanza, abriéndolo a aquel "imposible" de Dios, que hace exultar de gozo y de agradecimiento. Para aquellos que responden generosamente a la invitación del Señor, los acontecimientos agradables y dolorosos de la vida llegan a ser, de esta manera, motivo de coloquio confiado con el Padre, y ocasión de continuo descubrimiento de la propia identidad de hijos predilectos llamados a participar con un papel propio y específico en la gran obra de salvación del mundo, comenzada por Cristo y confiada ahora a su Iglesia.

6. "Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden"

El perdón y la reconciliación son el gran don que ha hecho irrupción en el mundo desde el momento en que Jesús, enviado por el Padre, declaró abierto "el año de gracia del Señor" (Lc 4,19). Él se hizo "amigo de los pecadores" (Mt 11,19), dio su vida "para la remisión de los pecados" (Mt 26,28) y, por fin, envió a sus discípulos al último confín de la tierra para anunciar la penitencia y el perdón.

Conociendo la fragilidad humana, Dios preparó para el hombre el camino de la misericordia y del perdón como experiencia que compartir -se es perdonado si se perdona- para que aparezcan en la vida renovada por la gracia los rasgos auténticos de los verdaderos hijos del único Padre celestial.

7. "No nos dejes en la tentación, y líbranos del mal"

La vida cristiana es un proceso constante de liberación del mal y del pecado. Por el sacramento de la Reconciliación el poder de Dios y su santidad se comunican como fuerza nueva que conduce a la libertad de amar, haciendo triunfar el bien.

La lucha contra el mal, que Cristo libró decididamente, está hoy confiada a la Iglesia y a cada cristiano, según la vocación, el carisma y el ministerio de cada uno. Un rol fundamental está reservado a cuantos han sido elegidos al ministerio ordenado: obispos, presbíteros y diáconos. Pero un insustituible y específico aporte es ofrecido también por los Institutos de vida consagrada, cuyos miembros «hacen visible, en su consagración y

total entrega, la presencia amorosa y salvadora de Cristo, el consagrado del Padre, enviado en misión» (Vita consecrata, 76).

¿Cómo no subrayar que la promoción de las vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada debe llegar a ser compromiso armónico de toda la Iglesia y de cada uno de los creyentes? A éstos manda el Señor: «Rogad al Dueño de la mies para que envíe obreros a su mies» (Lc 10,2).

Conscientes de esto, nos dirigimos unidos en la oración al Padre celestial, dador de todo bien:

8. Padre bueno,
en Cristo tu Hijo
nos revelas tu amor,
nos abrazas como a tus hijos
y nos ofreces la posibilidad de descubrir
en tu voluntad los rasgos
de nuestro verdadero rostro.

Padre santo,
Tú nos llamas a ser santos
como tú eres santo.
Te pedimos que nunca falten
a tu Iglesia ministros y apóstoles santos
que, con la palabra y los sacramentos,
preparen el camino para el encuentro contigo.

Padre misericordioso
da a la humanidad descarriada
hombres y mujeres que,
con el testimonio de una vida transfigurada
a imagen de tu Hijo,
caminen alegremente
con todos los demás hermanos y hermanas
hacia la patria celestial.

Padre nuestro,
con la voz de tu Espíritu Santo,
y confiando en la materna intercesión de María, te pedimos ardientemente:

manda a tu Iglesia sacerdotes,
que sean valientes testimonios
de tu infinita bondad.

¡Amén!

En el Vaticano, 1º de octubre de 1998, memoria de Santa Teresa del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia.

JUAN PABLO II

XXXVI

XXXV

MENSAJE DEL SANTO PADRE
PARA LA XXXV JORNADA MUNDIAL DE ORACION POR LAS VOCACIONES

IV DOMINGO DE PASCUA
3 de mayo de 1998

Tema: "EL ESPIRITU Y LA ESPOSA DICEN: ¡VEN!" (Ap. 22,17).

Venerados Hermanos en el Episcopado!
¡Queridísimos Hermanos y Hermanas de todo el mundo!

El camino de preparación al Gran Jubileo del Dosmil pone este año la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones bajo la "nube luminosa" del Espíritu Santo, que actúa perennemente en la Iglesia enriqueciéndola de aquellos ministerios y carismas que necesita para llevar a cumplimiento su misión.

1. "Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto..." (Mt 4,1).

Toda la vida de Jesús se desarrolla bajo la acción del Espíritu Santo; al comienzo es El quien cubre con su sombra a la Virgen María en el misterio inefable de la Encarnación; en el río Jordán es también El quien da testimonio del Hijo predilecto del Padre y quien lo conduce al desierto. En la sinagoga de Nazareth Jesús en persona afirma: "El Espíritu del Señor está sobre mí" (Lc 4,18). Este mismo Espíritu, El lo promete a los discípulos como garantía perenne de su presencia en medio de ellos. Sobre la cruz lo devuelve al Padre (cfr Jn 19,30), sellando de este modo, al amanecer de la Pascua, la Nueva Alianza. El, el día de Pentecostés, por fin, lo derrama sobre toda la comunidad primitiva para consolidarla en la fe y lanzarla por los caminos del mundo.

Desde entonces la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, recorre los senderos del tiempo impelida por el soplo del mismo Espíritu, iluminando la historia con el fuego ardiente de la palabra de Dios, purificando el corazón y la vida de los hombres con los ríos de agua viva que surgen de su seno (cfr Jn 7,37-39).

De este modo, se realiza su vocación a ser "pueblo congregado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (S. Cipriano, De Dominica Oratione, 23: CCL 3/A, 105), y "depositaria del misterio del Espíritu Santo, que consagra para la misión a los que el Padre llama mediante su Hijo Jesucristo" (Pastores dabo vobis, 35).

2. "Vosotros sois carta de Cristo... escrita con el Espíritu de Dios vivo... en tablas de carne que son vuestros corazones" (2 Cor 3,3).

En la Iglesia cada cristiano comienza por el Bautismo a vivir bajo "la ley del Espíritu que da vida en Cristo Jesús" (Rm 8,2) y, bajo la guía del Espíritu Santo, entra en diálogo con Dios y con los hermanos, y conoce la extraordinaria grandeza de la propia vocación.

La celebración de esta Jornada es una ocasión para anunciar que el Espíritu Santo de Dios escribe en el corazón y en la vida de cada bautizado un proyecto de amor y de gracia, que sólo puede dar sentido pleno a la existencia, abriendo el camino a la libertad de los hijos de Dios y capacitando para el ofrecimiento del propio, personal e insustituible concurso al progreso de la humanidad en el camino de la justicia y de la verdad. El Espíritu no sólo ayuda a situarse con sinceridad ante los grandes interrogantes del propio corazón -de dónde vengo, a dónde voy, quién soy, cuál es el fin de la vida, en

qué empeñar mi tiempo-, sino que abre el camino a respuestas valientes. El descubrimiento de que cada hombre y mujer tiene su lugar en el corazón de Dios y en la historia de la humanidad, constituye el punto de partida para una nueva cultura vocacional.

3. "El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!" (Ap 22,17)

Estas palabras del Apocalipsis nos llevan a considerar la relación fecunda entre el Espíritu Santo y la Iglesia de la que nacen las diversas vocaciones, y a recordar aquel "Pentecostés" en el que cada comunidad cristiana fue engendrada en la unidad, modelada por el fuego del Espíritu en la multiplicidad de dones y enviada a llevar la Buena Nueva al corazón que la espera.

En efecto, si es verdad que la llamada tiene su origen en Dios, es igualmente cierto que el diálogo vocacional se realiza en la Iglesia y por medio de la Iglesia. La fuerza del Espíritu que impulsó a Pedro a ir a casa del centurión Cornelio para llevarle la salvación (Act 10, 19) y que dijo: "Separadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los llamo" (Act 13,2), no se ha agotado. El Evangelio continúa difundándose "no sólo con palabras, sino también con poder y con el Espíritu Santo" (1 Ts 1,5).

El Espíritu Santo y la Iglesia, su mística Esposa, repiten también a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo su "¡Ven!".

¡Ven a encontrar el Verbo encarnado, que quiere hacerte partícipe de su misma vida!.

¡Ven a acoger la llamada de Dios, venciendo titubeos y rémoras! Ven y descubre la historia de amor que Dios ha entretejido con la humanidad: El quiere realizarla también contigo.

¡Ven y saborea el gozo del perdón recibido y otorgado! El muro de separación que existía entre Dios y el hombre, y entre los mismos seres humanos ha sido abatido. Se perdonan las culpas y el banquete de la vida está preparado para todos.

Dichosos aquellos que, atraídos por la fuerza de la Palabra y marcados por los Sacramentos, pronuncian su "¡Heme aquí!". Estos se encaminan por el camino de la total y radical pertenencia a Dios, fuertes en la esperanza que no defrauda, "porque el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5,5).

4. "Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo" (1 Cor 12,4).

En la vida nueva, que brota del Bautismo y se desarrolla mediante la Palabra y los Sacramentos, encuentran su sustento los dones, los ministerios y las diversas formas de vida consagrada. Suscitar en el Espíritu nuevas vocaciones es posible cuando la comunidad cristiana vive en actitud de total fidelidad a su Señor. Esto supone un fuerte clima de fe y de oración, un generoso testimonio de comunión y de estima en relación con los múltiples dones del Espíritu, una pasión misionera que, venciendo los fáciles e ilusorios egoísmos, impulse a la donación total de sí por el Reino de Dios.

Cada Iglesia particular está llamada al compromiso de promover el desarrollo de los dones y de los carismas que el Señor suscita en el corazón de los fieles. No obstante, nuestra atención en esta Jornada, se dirige, de modo particular, a las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, por el rol fundamental que éstas tienen en la vida de la Iglesia y en el cumplimiento de su misión.

Jesús, ofreciéndose a sí mismo al Padre en la cruz, ha hecho de todos sus discípulos "un reino de sacerdotes y una nación santa" (Ex 19,6) y los ha constituido como "un edificio espiritual", "un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptos a Dios" (1 Pt 2,5). A ejercer este sacerdocio universal de la Nueva Alianza, él llamó a los Doce, a fin de que "permanecieran con El y también para enviarlos a predicar, con poder de expulsar a los demonios" (Mc 3,14-15). Hoy, Cristo, continúa su acción salvadora por medio de los Obispos, de los sacerdotes, que "son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo, Cabeza y Pastor, proclaman con autoridad su palabra, renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación" (Pastores dabo vobis, 15).

"¿Cómo no recordar -a continuación- con gratitud al Espíritu Santo la multitud de formas históricas de vida consagrada, suscitadas por El y todavía presentes en el ámbito eclesial? Estas aparecen como una planta llena de ramas que hunde sus raíces en el Evangelio y da frutos copiosos en cada época de la Iglesia" (Exh. Apost. "Vita consecrata" 5). La vida consagrada se sitúa en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión, ya que expresa la íntima naturaleza de la vocación cristiana y la tensión de toda la Iglesia-Esposa hacia la unión con el único Esposo.

Estas vocaciones, necesarias en todo tiempo, lo son todavía más hoy en un mundo marcado por grandes contradicciones y tentado de marginar a Dios en las opciones fundamentales de la vida. Vienen a la mente las palabras evangélicas: "¡La mies es mucha, pero los obreros pocos! ¡Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies!" (Mt 9,37-38; cfr Lc 10,2). La Iglesia recoge cada día este mandato del Señor y eleva con confiada esperanza sus oraciones al "dueño de la mies", reconociendo que sólo El puede llamar y enviar sus obreros.

Mi deseo es que la celebración anual de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones suscite en el corazón de los fieles una oración más insistente para obtener nuevas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, y reanime la responsabilidad de todos, en especial de los padres y de los educadores en la fe, en el servicio a las vocaciones.

5. Dad razón de la esperanza que hay en vosotros (cfr 1 Pt, 3-15).

En primer lugar os invito a vosotros, queridísimos Obispos, y con vosotros a los sacerdotes, a los diáconos y a los miembros de los Institutos de vida consagrada, a dar incansablemente testimonio de la plenitud espiritual y humana que impulsa a cada uno de vosotros a hacerse "todo para todos", para que el amor de Cristo pueda alcanzar al mayor número posible de personas.

Estableced relaciones apropiadas con todos los componentes de la sociedad; valorad las vocaciones ministeriales y carismáticas que el Espíritu suscita en vuestras comunidades, favoreciendo la complementariedad y la colaboración recíprocas; dad vuestro aporte para que cada uno crezca hacia la plena madurez cristiana. Que mirándoos a vosotros, gozosos servidores del Evangelio, puedan los jóvenes sentir la fascinación de una existencia enteramente dedicada a Cristo en el ministerio ordenado o en la opción radical de la vida consagrada.

Vosotros, esposos cristianos, estad prontos a dar testimonio de la realidad profunda de vuestra vocación matrimonial: la armonía en el hogar, el espíritu de fe y de oración, el ejercicio de las virtudes cristianas, la apertura a los otros, sobre todo a los más pobres, la participación en la vida eclesial, la serena fortaleza para afrontar las diarias

dificultades, constituyen el terreno favorable para la maduración vocacional de los hijos. Considerada como "iglesia doméstica" la familia, sostenida por la gracia sacramental del matrimonio, es la escuela permanente de la "civilización del amor", donde es posible aprender, que sólo del don libre y sincero de sí mismo, brota la plenitud de la vida.

Y vosotros, educadores, catequistas, animadores pastorales y cuantos desempeñáis funciones educativas, sentíos, en el desempeño de vuestro importante y laborioso servicio, cooperadores del Espíritu. Ayudad a la juventud para que libere sus corazones y sus mentes de cuanto obstaculiza su camino; espoleadlos a dar lo mejor de sí mismos en una tensión constante de crecimiento humano y cristiano; moldead en ellos, con la luz y la fuerza de la palabra evangélica, los sentimientos más profundos, para que así puedan, si son llamados, realizar su vocación para el bien de la Iglesia y del mundo.

Este año, el camino de preparación al Jubileo del Año 2000, poniendo en el centro al Espíritu Santo, nos invita a prestar una atención particular al sacramento de la Confirmación. Por esto, en este momento, deseo dirigir unas palabras más concretas a aquellos que en este tiempo reciben dicho sacramento. Amadísimos, el Obispo, dirigiéndose a vosotros en el curso del rito de la Confirmación, dice: "El Espíritu Santo que vais a recibir como don, como sello espiritual, completará en vosotros la semejanza con Cristo y os unirá más fuertemente, como miembros vivos, a la Iglesia". Comienza, por tanto, para vosotros un tiempo privilegiado, durante el cual se os invita a cuestionaros y a cuestionar a la comunidad cristiana, de la que habéis sido hechos miembros vivos, sobre el sentido pleno que dar a vuestra existencia. Es un tiempo de discernimiento y de opción vocacional. Escuchad la invitación de Jesús: "Venid y veréis". Dad vuestro testimonio de Cristo en la comunidad eclesial, según el designio del todo personal e irreplicable que Dios tiene sobre vosotros. Dejad que el Espíritu Santo, derramado en vuestros corazones, os conduzca a la verdad y os haga testigos de la libertad auténtica y del amor. No os dejéis sojuzgar por los fáciles y falaces mitos del efímero éxito humano y de la riqueza. Al contrario, no tengáis miedo en recorrer los caminos exigentes y valientes de la caridad y del compromiso generoso. Preparaos para "dar razón de la esperanza que hay en vosotros delante de todos" (1 Pt 3,15).

6. "El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza" (Rm 8,26)

La Jornada Mundial por las Vocaciones se distingue, ante todo, por la oración por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, manifestación culminante de un habitual clima de oración, del que la comunidad cristiana no puede prescindir. Queremos, también, este año dirigirnos con confianza al Espíritu Santo, a fin de que obtenga para la Iglesia de hoy y de mañana el don de numerosas y santas vocaciones:

Espíritu de Amor eterno,
que procedes del Padre y del Hijo,
te damos gracias por todas las vocaciones
de apóstoles y santos que han fecundado la Iglesia.

Continúa, todavía, te rogamos, esta tu obra.

Acuérdate de cuando, en Pentecostés,
descendiste sobre los Apóstoles reunidos en oración
con María, la madre de Jesús,
y mira a tu Iglesia que tiene hoy
una particular necesidad de sacerdotes santos,
de testigos fieles y autorizados de tu gracia;

tiene necesidad de consagrados y consagradas,
que manifiesten el gozo de quien vive sólo para el Padre,
de quien hace propia la misión y el ofrecimiento de Cristo,
de quien construye con la caridad el mundo nuevo.

Espíritu Santo, perenne Manantial de gozo y de paz,
eres tú quien abre el corazón y la mente a la divina llamada;/
eres tú quien hace eficaz cada impulso
al bien, a la verdad, a la caridad.
Tus 'gemidos inenarrables'
suben al Padre desde el corazón de la Iglesia,
que sufre y lucha por el Evangelio.

Abre los corazones y las mentes de los jóvenes,
para que una nueva floración de santas vocaciones
manifieste la constancia de tu amor,
y todos puedan conocer a Cristo,
luz verdadera del mundo,
para ofrecer a cada ser humano
la segura esperanza de la vida eterna.

Amén.

A todos imparto con afecto una especial Bendición Apostólica.

En Castel Gandolfo, 24 de setiembre de 1997
JUAN PABLO II

XXXV

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II
PARA LA XXXIV JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES - 1997

Venerables hermanos en el episcopado;
amadísimos hermanos y hermanas de todo el mundo:

1. La próxima Jornada mundial de oración por las vocaciones se enmarca en el contexto de la preparación inmediata al gran jubileo del año 2000. Como es sabido, el año 1997 estará dedicado a la reflexión sobre el misterio de Cristo, Verbo del Padre, hecho hombre por nosotros. La reflexión deberá hacerse mediante una mayor familiaridad con la palabra de Dios (cf. Tertio millennio adveniente, 40). ¿Cómo no señalar también la conveniencia de un estudio más atento del dato bíblico sobre el tema de la llamada a la entrega total al servicio del Reino? Es, por tanto, mi vivo deseo que, con ocasión de la próxima Jornada mundial de oración por las vocaciones, se reflexione con renovado empeño sobre cómo plantear una adecuada catequesis bíblica con miras a una pastoral vocacional más incisiva.

La palabra de Dios revela el sentido profundo de las cosas y da al hombre seguridad de discernimiento y de orientación en las opciones diarias de la vida. En el campo de la pastoral vocacional, la Revelación bíblica, al dar a conocer las vicisitudes de los diversos personajes a los que Dios confió una peculiar misión para su pueblo, puede ayudar a comprender mejor el estilo y los rasgos de la llamada que él dirige al hombre y a la mujer de cada época.

La Jornada mundial de oración por las vocaciones del próximo 20 de abril adquiere, además, un relieve eclesial particular, porque casi coincide con el "Congreso sobre las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en Europa". A los organizadores de dicha asamblea, que tendrá lugar en Roma y que espera desarrollar un trabajo profundo de examen y de animación vocacional, manifiesto desde ahora mi cercanía espiritual y mis fervientes deseos de éxito. Os invito a todos a sostener con la oración tan importante acontecimiento, cuyos frutos no sólo redundarán en beneficio de las comunidades eclesiales de Europa, sino también del pueblo cristiano de todos los continentes.

2. En la realización del plan de la Redención, Dios ha querido contar con la colaboración del hombre: la sagrada Escritura narra la historia de la salvación como una historia de vocaciones, en la que se entrecruzan la iniciativa del Señor y la respuesta de los hombres. En efecto, toda vocación nace del encuentro de dos libertades: la divina y la humana. Interpelado personalmente por la palabra de Dios, el llamado se pone a su servicio. Comienza, de esta manera un seguimiento, no exento de dificultades y de pruebas, que conduce a una progresiva intimidad con Dios y a una disponibilidad cada vez mayor a las exigencias de su voluntad.

En toda llamada vocacional Dios revela el sentido profundo de la Palabra, que es descubrimiento progresivo de su Persona hasta la manifestación de Cristo, sentido último de la vida: "El que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn 8, 12). Cristo, pues, Palabra del Padre, es el modelo para comprender la vocación de todo hombre para descubrir su camino de vida y dar fecundidad espiritual a su misión.

Tanto en la lectura personal de la Biblia como en la catequesis es preciso ponerse siempre en actitud de escucha del Espíritu que ilumina el sentido de los textos (cf. 2 Co 3, 6): es él quien hace viva y actual la Palabra, ayudando a comprender su valor y sus exigencias. "La sagrada Escritura debe leerse e interpretarse con el mismo Espíritu con que fue escrita" (Dei Verbum, 12)

La catequesis bíblica en perspectiva vocacional se realiza, por tanto, poniéndose en actitud de obediencia dócil al Espíritu: sólo quien se deje penetrar por su luz podrá favorecer el desarrollo de los gérmenes vocacionales presentes en la Iglesia, como atestigua la experiencia de los fundadores y de las fundadoras de las congregaciones religiosas y de los institutos de vida consagrada, que han ayudado a tantos hombres y mujeres a descubrir y a acoger la llamada del Señor.

3. En nuestra cultura actual, especialmente en las sociedades de antigua tradición cristiana el servicio a la Palabra asume un papel de urgencia y actualidad todavía mayor. Como a menudo he tenido ocasión de recordar, este es el tiempo de la nueva evangelización, que compromete a todos. En un mundo cada vez más secularizado es preciso promover con valor una nueva *implantatio Ecclesiae*, condición normalmente necesaria para que se pueda llevar a cabo la experiencia vocacional.

La catequesis, impartida adecuadamente a la vez que ayuda a madurar la fe y la hace consciente y activa, impulsa a leer los signos de la llamada divina en la experiencia diaria. Resulta también de gran utilidad la *lectio divina*, ocasión privilegiada de encuentro con Dios en la escucha de su Palabra. Practicada en muchas comunidades religiosas, se puede proponer oportunamente a todos los que desean sintonizar la propia vida con el proyecto de Dios. La escucha de la Revelación divina, la meditación silenciosa, la oración de contemplación y su traducción en experiencia de vida constituyen el terreno en el que florece y se desarrolla una auténtica cultura vocacional.

A esta luz se comprende mejor el nexo entre la sagrada Escritura y la comunidad cristiana. La escucha de la Palabra abre el corazón del hombre al Verbo de Dios y contribuye a la edificación de la comunidad, cuyos miembros descubren así, desde el interior, su vocación y se preparan para dar una respuesta generosa de fe y de amor. Sólo el creyente, convertido en "discípulo", puede saborear "las buenas nuevas de Dios" (Hb 6, 5) y responder a la llamada a una vida de especial seguimiento evangélico.

4. Cada vocación es un acontecimiento personal y original, pero también un hecho comunitario y eclesial. Nadie está llamado a caminar solo. Toda vocación es suscitada por el Señor como un don para la comunidad cristiana, que debe poder enriquecerse con ella. Es necesario, por tanto, un serio discernimiento, realizado por el propio interesado junto con los responsables de la comunidad que lo acompañan en el itinerario vocacional.

Mi pensamiento se dirige a vosotros, venerables hermanos en el episcopado, que, como pastores de la Iglesia, sois los primeros responsables de la animación vocacional. Poned todas vuestras energías al servicio de las vocaciones. Sabed estimular con la fuerza del Espíritu a vuestras comunidades diocesanas para que sientan como propio el problema vocacional y para que cobren conciencia de la dimensión eclesial de toda llamada divina.

La catequesis juvenil debe ser explícitamente vocacional y ha de guiar a los jóvenes a comprobar, a la luz de la palabra de Dios, la posibilidad de una llamada personal y la belleza de la entrega total a la causa del Reino. Con valentía promoved la pastoral de las vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada masculina y femenina, a la vida misionera y a la contemplativa, para que cuantos son efectivamente llamados descubran el gran don que el Señor les hace con un trato de especial predilección (cf. Mc 10, 21).

5. A vosotros, sacerdotes diocesanos y religiosos os pido que hagáis todo lo posible para favorecer entre los fieles el conocimiento y el amor a la Escritura, y que cuidéis siempre

con esmero la dimensión vocacional de la catequesis. Haced que en el corazón de los jóvenes crezca la estima por la escucha de la palabra de Dios, con la convicción de que la fe, fundada en las divinas Escrituras, es "memoria vital" del creyente.

Dirijo un apremiante llamamiento a las personas consagradas para que testimonien con gozo su consagración radical a Cristo: dejaos interpelar continuamente por la palabra de Dios, compartida en comunidad y vivida con generosidad al servicio de los hermanos, especialmente de los jóvenes. En un clima de amor y de hermandad, iluminado por la palabra de Dios, es más fácil responder "sí" a la llamada.

Exhorto, también, a las parroquias, a los catequistas, a las asociaciones, a los movimientos y a los laicos comprometidos en el apostolado a que cultiven una verdadera familiaridad con la Biblia, teniendo presente que la escucha de la Palabra es camino privilegiado para el florecimiento de las vocaciones. En la catequesis parroquial es preciso reservar un espacio conveniente a la dimensión vocacional, incluso mediante la creación de grupos vocacionales, y promover, en el decurso del año litúrgico, iniciativas de oración y de catequesis bíblicas orientadas a tal fin valorando también los centros educativos y los cursos de ejercicios espirituales. Es necesario alimentar la fe de cada cristiana con el conocimiento amoroso de la palabra de Dios, en actitud de generosa apertura a la acción permanente del Espíritu.

6. Pero es sobre todo a vosotros, jóvenes, a quienes quisiera dirigirme ahora: ¡Cristo os necesita para realizar su proyecto de salvación! ¡Cristo necesita vuestra juventud y vuestro generoso entusiasmo para anunciar el Evangelio! Responded a esta llamada entregándole vuestra vida a él y a vuestros hermanos. Confiad en Cristo. No defraudará ni vuestras esperanzas ni vuestros proyectos; antes bien, los llenará de sentido y de gozo. Él dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn 14, 6).

Abrid con confianza vuestro corazón a Cristo. Dejad que se refuerce en vosotros su presencia mediante la escucha diaria, impregnada de adoración, de las sagradas Escrituras, que constituyen el libro de la vida y de las vocaciones realizadas.

7. Amadísimos hermanos y hermanas, al final de este mensaje, deseo invitar a todos los creyentes a que se unan a mí y juntos elevemos continuas oraciones en el nombre de Aquel que todo lo puede ante Dios (cf. Jn 3, 35). Él, que es la Palabra viva del Padre y nuestro Abogado, interceda por nosotros, a fin de que la Iglesia obtenga muchas y santas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.

Oración:

Padre santo y providente,
tú eres el Dueño de la vid y de la mies
y a cada uno das el trabajo y la justa recompensa.

En tu designio de amor
llamas a los hombres a colaborar contigo
en la salvación del mundo.

Te damos gracias por Jesucristo, tu Palabra viva,
que nos ha redimido de nuestros pecados
y está entre nosotros para socorrernos
en nuestra pobreza.

Guía la grey a la que has prometido el Reino.

Manda nuevos obreros a tu mies
e infunde en los corazones de los pastores
fidelidad a tu proyecto de salvación,
perseverancia en la vocación y santidad de vida.

Cristo Jesús,
que en las riberas del mar de Galilea
llamaste a los Apóstoles
y los constituiste fundamento de la Iglesia
y portadores de tu Evangelio,
sostén en este momento de la historia
a tu pueblo en camino.

Infunde valor a aquellos que has llamado a seguirte
en la senda del sacerdocio y de la vida consagrada,
para que puedan fecundar el campo de Dios
con la sabiduría de tu palabra.

Hazlos instrumentos dóciles de tu amor
en el servicio diario a los hermanos.

Espíritu de santidad,
que infundes tus dones en todos los creyentes
y, particularmente, en los llamados
a ser ministros de Cristo,
ayuda a los jóvenes a descubrir
el atractivo de la llamada divina.

Enséñales el verdadero camino de la oración,
que se nutre con la palabra de Dios.

Ayúdales a escrutar los signos de los tiempos,
para ser intérpretes fieles del Evangelio
y portadores de salvación.

María, Virgen de la escucha
y del Verbo hecho carne en tu seno,
ayúdanos a estar disponibles a la palabra del Señor,
para que, acogida y meditada,
crezca en nuestro corazón.

Ayúdanos a vivir como tú
la bienaventuranza de los creyentes
y a dedicarnos con incansable caridad
a la evangelización de los que buscan a tu Hijo.

Ayúdanos a servir a cada hombre,
haciéndonos agentes de la Palabra escuchada,
para que permaneciéndole fieles
encontremos nuestra felicidad en practicarla.

¡Amén!

A los responsables y a los animadores de la pastoral vocacional, a los jóvenes que tratan de descubrir lo que Dios quiere para ellos y a todos los llamados a la vida de especial consagración, imparto con afecto una bendición apostólica especial.

Vaticano, 28 de octubre de 1996.
JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1997- Libreria Editrice Vaticana

XXXIV

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
PARA LA XXXIII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerables hermanos en el episcopado;
amadísimos hermanos y hermanas del mundo entero:

1. Las vocaciones en la comunidad cristiana.

Lo mismo que la semilla da fruto abundante en buen terreno, de igual modo las vocaciones nacen y maduran generosamente en la comunidad cristiana.

En efecto, en ella se manifiesta el misterio del Padre que llama, del Hijo que envía y del Espíritu que consagra: «La vocación, llamada de Dios, nace en una experiencia de comunidad y genera un compromiso con la Iglesia universal y con una determinada comunidad» (Documento declarativo del primer Congreso continental latinoamericano sobre las vocaciones, 24).

Es preciso, por tanto, que en cada nivel se manifieste, se desarrolle y crezca un profundo sentido eclesial, una generosa apertura a las necesidades pastorales del pueblo de Dios, una colaboración mutua y sincera entre el clero secular y regular, para sostener el camino de fe de los hombres y mujeres que desean seguir a Jesús, consagrándose a él con corazón indiviso.

2. «También vosotros, cual piedras vivas, entráis en la construcción de un edificio espiritual» (1 P 2, 5).

Se necesita partir desde las comunidades para preparar el terreno fértil, en el que la acción de Dios pueda extenderse con fuerza, y su llamada ser acogida y comprendida. «Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales» (Christifideles laici, 34).

En realidad, el vasto campo de la acción pastoral en favor de las vocaciones, en algunos aspectos, no está todavía valorado plenamente, aunque va aumentando una actitud de mayor conciencia de esta dimensión de la vida cristiana, y se multiplican las iniciativas para realizarla. El descubrimiento de la propia vocación, cualquiera que sea, no debe hacer que se ignoren las demás opciones evangélicas necesarias para la identidad de la Iglesia, instrumento e imagen del reino de Dios en el mundo.

Sólo las comunidades cristianas vivas saben acoger con prontitud las vocaciones y después acompañarlas en su desarrollo, como madres que velan por el crecimiento y la felicidad del fruto de sus entrañas. «La pastoral vocacional tiene como sujeto activo, como protagonista, a la comunidad eclesial como tal, en sus diversas expresiones: desde la Iglesia universal a la Iglesia particular y, análogamente, desde ésta a la parroquia y a todos los estamentos del pueblo de Dios» (Pastores dabo vobis, 41).

Pero nuestras comunidades necesitan creer aún más en la importancia que reviste la propuesta de los múltiples proyectos de vida cristiana y de las funciones eclesiales, ministerios y carismas, suscitados por el Espíritu en el transcurso de los siglos y reconocidos como legítimos y auténticos por los pastores de la Iglesia. También ahora, cuando la sociedad se transforma rápidamente y en profundidad, en las comunidades de los creyentes, la propuesta cristiana debe superar todo tipo de resignación pasiva y dar con confianza y valentía sentido pleno a la existencia mediante el anuncio de la presencia y de la acción de Dios en la vida del hombre.

Hoy, frente a los desafíos del mundo contemporáneo, se necesita mayor audacia evangélica para realizar el compromiso de promoción vocacional según la invitación del Señor a pedir insistentemente obreros para la difusión del reino de Dios (cf. Mt 9, 37-38).

3. «Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios» (1 P 2, 10).

La vocación cristiana, don de Dios, es patrimonio de todos. Tanto los casados como los consagrados son elegidos por Dios para anunciar el Evangelio y comunicar la salvación; no por sí solos, sino en la Iglesia y con la Iglesia. «Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial» (Evangelii nuntiandi, 60). A la llamada universal de Dios a vivir y testimoniar el anuncio de salvación responden vocaciones especiales con misiones específicas dentro de la Iglesia; son fruto de una gracia especial y requieren un gran esfuerzo moral y espiritual. Son las vocaciones al sacerdocio, a la vida religiosa, a la acción misionera y a la vida contemplativa.

Estas vocaciones especiales exigen respeto y acogida, plena disponibilidad para poner en juego la propia existencia, y una constante oración de súplica. Suponen, además, una amorosa atención y un sabio y prudente discernimiento de los brotes de vocación presentes en el corazón de muchos adolescentes y jóvenes. «Es muy urgente, sobre todo hoy, que se difunda y arraigue la convicción de que todos los miembros de la Iglesia, sin excluir ninguno, tienen la responsabilidad de cuidar las vocaciones» (Pastores dabo vobis, 41).

Piensan algunos que, puesto que Dios sabe a quién llamar y cuándo llamar, a nosotros no nos queda sino esperar. Éstos, en realidad, olvidan que la suprema iniciativa divina no exime al hombre del compromiso de corresponder. De hecho, muchos llamados alcanzan la certeza de la elección divina a través de circunstancias favorables, determinadas también por la vida de la comunidad cristiana.

En muchos jóvenes, desorientados por el consumismo y por la crisis de ideales, la búsqueda de un auténtico estilo de vida puede madurar, si cuenta con el apoyo del testimonio coherente y gozoso de la comunidad cristiana, en la disponibilidad para escuchar el grito del mundo ávido de verdad y de justicia. Es fácil, entonces, que el corazón se abra para acoger con generosidad el don de la vocación a la consagración.

4. «Hermanos, considerad cómo fuisteis llamados» (1 Co 1, 26).

La Iglesia debe manifestar su imagen auténtica en el esfuerzo diario de fidelidad a Dios y a los hombres. Cuando realiza esa misión con profunda armonía, viene a ser el terreno propicio para el nacimiento de opciones valientes de compromiso sin reservas en favor del Evangelio y del pueblo de Dios.

A través de las vocaciones especiales el Señor asegura a la Iglesia continuidad y vigor y, al mismo tiempo, la abre a las nuevas y antiguas necesidades del mundo para ser signo del Dios vivo y para contribuir a la construcción de la ciudad de los hombres en la perspectiva de la «civilización del amor».

Toda vocación nace, se alimenta y se desarrolla en la Iglesia y a ella está vinculada por origen, desarrollo, destino y misión. Por esta razón las comunidades diocesanas y parroquiales están llamadas a reforzar el compromiso en favor de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, sobre todo, con el anuncio de la Palabra, con la

celebración de los sacramentos y con el testimonio de la caridad. Deben, además, tener en cuenta algunas condiciones indispensables para una auténtica pastoral vocacional.

Es preciso, ante todo, que la comunidad sepa ponerse en actitud de escucha de la palabra de Dios para acoger la luz divina que orienta el corazón del hombre. La sagrada Escritura es guía segura cuando se lee, se acoge y se medita en la Iglesia. El acercamiento a las vicisitudes de los protagonistas bíblicos y, sobre todo, la lectura del Evangelio proporcionan momentos de iluminaciones sorprendentes y de opciones personales radicales. Cuando la Biblia llega a ser el libro de la comunidad, es más fácil escuchar y recibir la voz de Dios que llama.

Es necesario, además, que las comunidades sepan orar intensamente para poder realizar la voluntad de Dios, subrayando el primado de la vida espiritual en la existencia diaria. La oración ofrece grandes energías para aceptar la invitación del Señor a ponerse al servicio del bien espiritual, moral y material de los hombres. La experiencia litúrgica es el camino principal para educar a la oración. Cuando la liturgia queda aislada, corre el riesgo de empobrecerse; sin embargo, si va acompañada de profundos y prolongados momentos de oración personal y de silencio, pasados en la presencia del Señor, se convierte en camino seguro que conduce a la comunión con Dios. Es preciso hacer de la liturgia el centro de la existencia cristiana, a fin de que, a través de ella, se cree la atmósfera favorable para las grandes decisiones.

Asimismo, la comunidad debe ser sensible a la dimensión misionera, haciéndose responsable de la salvación de cuantos todavía no conocen a Cristo, Redentor del hombre: en la sensibilidad misionera viva y profunda hallamos otro requisito para el nacimiento y la consolidación de las vocaciones. Si la comunidad vive intensamente el mandato del Señor: «Id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19), no faltarán dentro de ella jóvenes generosos que se ofrezcan para asumir personalmente la tarea de proclamar a los hombres de nuestro tiempo, a menudo desalentados o indiferentes, el anuncio del Evangelio antiguo y siempre actual.

Por último, la comunidad debe estar abierta al servicio de los pobres. El estilo de humildad y de abnegación, propio de la opción en favor de los pobres, al manifestar el rostro más auténtico de la comunidad cristiana comprometida en todos sus estamentos para ayudar a los hermanos probados por la necesidad y por el sufrimiento, contribuye a crear un ambiente particularmente favorable a la acogida del don de la vocación. En efecto, «el servicio de amor es el sentido fundamental de toda vocación (...). Por eso, una pastoral vocacional auténtica no se cansará jamás de educar a los niños, adolescentes y jóvenes al compromiso, al significado del servicio gratuito, al valor del sacrificio, a la entrega incondicional de sí mismos» (Pastores dabo vobis, 40).

5. «Como el Padre me envió, también yo os envió» (Jn 20, 21).

La pastoral vocacional compromete a todos los miembros de la Iglesia. En primer lugar, a los obispos, que hacen presente, con su ministerio de pastores, al Señor Jesús en la comunidad y son los garantes de la autenticidad de los dones del Espíritu a través del discernimiento de los carismas. A ellos compete promover cualquier actividad adecuada en favor de las vocaciones, recordando a todos los fieles este compromiso fundamental, cuya expresión principal sigue siendo la oración. En la Iglesia, memoria y sacramento de la presencia y de la acción de Jesucristo que invita a seguirlo, los obispos anuncien, en la predicación y en los demás actos de magisterio, la gracia de los ministerios ordenados y de las varias formas de vida consagrada; inviten a todos a responder a la propia llamada con docilidad generosa a la voluntad divina; mantengan vivo el espíritu de

oración, y soliciten la corresponsabilidad de las personas y de los grupos; sostengan, guíen y coordinen, mediante la acción de los directores diocesanos y de otras personas competentes, el Centro diocesano para la pastoral vocacional.

Junto al obispo, los presbíteros, tanto diocesanos como religiosos, desempeñan un papel de importancia primordial. Animando las comunidades eclesiales, pueden contribuir en gran medida a suscitar y orientar las vocaciones con el consejo espiritual y con el ejemplo de una vida vivida con gozo en favor de sus hermanos. A su responsabilidad está confiado, a menudo, el delicado deber de animar a los muchachos y muchachas que Dios llama: éstos deberán poder encontrar en ellos guías espirituales seguros y competentes, así como testigos auténticos de una vida completamente entregada al Señor.

Asimismo, es importante la labor de los catequistas, que tienen con frecuencia un contacto prolongado y directo con los niños, los adolescentes y los jóvenes, sobre todo a lo largo de la preparación para los sacramentos de la iniciación cristiana. También ellos tienen el deber de mostrar el valor y la importancia de las vocaciones especiales en la Iglesia, contribuyendo, de este modo, a hacer que los creyentes vivan plenamente la llamada que Dios les dirige para el bien de todos.

Quisiera, por último, dirigirme a vosotros, queridos jóvenes, y repetiros con afecto: sed generosos en dar vuestra vida al Señor. ¡No tengáis miedo! Nada debéis temer, porque Dios es el Señor de la historia y del universo. Dejad que crezca en vosotros el deseo de proyectos grandes y nobles. Cultivad sentimientos de solidaridad, pues son signo de la acción divina en vuestro corazón. Poned a disposición de vuestras comunidades los talentos que la Providencia os ha regalado. Cuanto más generosos seáis en entregaros a Dios y a los hermanos, tanto más descubriréis el auténtico sentido de la vida. ¡Dios espera mucho de vosotros!

6. «Rogad al dueño de la mies...» (Mt 9, 38).

Concluyo estas reflexiones invitándoos, amadísimos hermanos y hermanas, a encomendar vuestras comunidades al Señor en la oración, para que, reunidas a ejemplo de la primera comunidad cristiana en la escucha asidua de la palabra de Dios y en la invocación del Espíritu Santo, y por la intercesión de la Virgen María, sean bendecidas con abundancia de vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa.

Al Señor Jesús elevo mi ferviente súplica para obtener el don precioso de numerosas y santas vocaciones:

Señor, tú has querido salvar a los hombres
y has fundado la Iglesia
como comunión de hermanos,
reunidos en tu amor.

Continúa pasando entre nosotros
y llama a aquellos que has elegido
para ser voz de tu santo Espíritu,
fermento de una sociedad más justa y fraterna.

Alcánzanos del Padre celestial
los guías espirituales
que necesitan nuestras comunidades:
verdaderos sacerdotes del Dios vivo
que, iluminados por tu palabra,

sepan hablar de ti y enseñar a hablar contigo.

Haz crecer tu Iglesia
mediante un florecimiento de consagrados,
que te entreguen todo,
para que tú puedas salvar a todos.

Que nuestras comunidades celebren en el canto
y en la alabanza la Eucaristía, como acción de gracias a tu gloria y bondad,
y sepan caminar por los senderos del mundo
para comunicar el gozo y la paz,
dones preciosos de tu salvación.

Vuelve, Señor, tu rostro
hacia la humanidad entera
y manifiesta tu misericordia a los hombres
y mujeres que en la oración y en la rectitud de vida
te buscan sin haberte encontrado todavía:

muéstrate a ellos como camino
que conduce al Padre,
verdad que hace libres
y vida que no tiene fin.

Concédenos, Señor, vivir en tu Iglesia,
con espíritu de fiel servicio y de total entrega,
a fin de que nuestro testimonio sea creíble y fecundo.

Amén.

A todos os envío con afecto una especial bendición apostólica.

Castelgandolfo, 15 de agosto de 1995, solemnidad de la Asunción de la bienaventurada
Virgen María.

IOANNES PAULUS PP. II

©

Copyright 1995 - Libreria Editrice Vaticana

XXXIII

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
PARA LA XXXII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerables hermanos en el episcopado;
queridos hermanos y hermanas de todo el mundo:

«Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38). Con estas palabras del Señor me dirijo a toda la Iglesia, que el próximo 7 de mayo, IV domingo de Pascua, celebrará la anual Jornada mundial de oración por las vocaciones sobre el tema: Pastoral juvenil y pastoral vocacional son complementarias.

1. Han pasado diez años desde que la Organización de las Naciones Unidas proclamó al año 1985 Año internacional de la juventud. En aquella circunstancia dirigí una carta a los jóvenes y a las jóvenes del mundo para fijar el gozoso encuentro anual con ellos en la Jornada mundial de la juventud.

Al término del decenio deseo agradecer al Señor por las esperanzas que tal iniciativa ha sembrado y hecho crecer en el corazón de los jóvenes y, con ocasión de la próxima Jornada mundial de oración por las vocaciones, invito a todos a reflexionar sobre el estrecho lazo que une la pastoral juvenil a la pastoral vocacional.

Invitando en repetidas ocasiones a la juventud, esparcida por todo el mundo, a meditar sobre la conversación de Cristo con el joven (cf. Mt 19, 16-22; Mc 10, 17-22; Lc 18, 18-23), he tenido ocasión de subrayar que la juventud alcanza su riqueza verdadera cuando se vive principalmente como tiempo de reflexión vocacional.

La pregunta del joven: ¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna? revela una dimensión constitutiva de la misma juventud. El joven, en efecto, quiere decir: «¿Qué he de hacer para que mi vida tenga sentido? ¿Cuál es el plan de Dios respecto a mi vida? ¿Cuál es su voluntad?».

El diálogo que surge de la pregunta del joven, ofrece a Jesús la ocasión para revelar la especial intensidad con la que Dios ama a aquel o a aquella que es capaz de plantearse la pregunta sobre el propio futuro en clave vocacional: Fijando en él la mirada, lo amó. Quien vive seriamente la inquietud vocacional encuentra en el corazón de Cristo una atención llena de ternura. Poco después, Jesús revela también cuál es la respuesta que Dios da a quien vive la propia juventud como tiempo propicio de orientación espiritual. La respuesta es: ¡Sígueme!

Siguiendo a Jesús es como la juventud revela toda la riqueza de sus posibilidades y adquiere plenitud de significado.

Siguiendo a Jesús es como los jóvenes descubren el sentido de una vida vivida como don de sí y experimentan la belleza y la verdad de un crecimiento en el amor.

Siguiendo a Jesús es como se sienten llamados a la comunión con él como miembros vivos de un mismo cuerpo, que es la Iglesia.

Siguiendo a Jesús es como les será posible comprender la vocación personal al amor: en el matrimonio, en la vida consagrada, en el ministerio ordenado o en la misión ad gentes.

2. Aquel diálogo manifiesta, además, que la atención y la ternura de Jesús pueden quedar sin respuesta. Y la tristeza es la consecuencia de opciones de vida que alejan de él.

¡Cuántos motivos, todavía hoy, impiden a adolescentes y jóvenes vivir la verdad de su edad en la adhesión generosa a Cristo! ¡Cuántos son, todavía, los que no saben a quién dirigir la pregunta que el joven rico dirigió a Jesús! ¡Cuántos jóvenes corren el riesgo de privarse de un auténtico desarrollo!

Y, sin embargo, ¡cuántas esperanzas! En el corazón de toda nueva generación permanece siempre fuerte el deseo de dar un sentido a la propia existencia. Los jóvenes buscan, en su camino, alguien que sepa hablar con ellos de los problemas que les agobian y proponer soluciones, valores, perspectivas por las que valga la pena jugarse el propio futuro.

Lo que hoy se requiere es una Iglesia que sepa responder a las expectativas de los jóvenes. Jesús desea dialogar con ellos y proponerles, a través de su cuerpo que es la Iglesia, la perspectiva de una elección que compromete toda su vida. Como Jesús con los discípulos de Emaús, así la Iglesia debe hacerse hoy compañera de viaje de los jóvenes, con frecuencia marcados por incertidumbres, resistencias y contradicciones, para anunciarles la noticia siempre maravillosa de Cristo resucitado.

He aquí, pues, lo que se necesita: una Iglesia para los jóvenes, que sepa hablar a su corazón, caldearlo, consolarlo, entusiasmarlo con el gozo del Evangelio y la fuerza de la Eucaristía; una Iglesia que sepa acoger y hacerse desear por quien busca un ideal que comprometa toda la existencia; una Iglesia que no tema pedir mucho, después de haber dado mucho; que no tenga miedo de pedir a los jóvenes el esfuerzo de una noble y auténtica aventura, cual es la del seguimiento evangélico.

3. El compromiso de la Iglesia por los jóvenes, con las debidas atenciones de orden pedagógico y metodológico, no puede prescindir en modo alguno de considerar como deber primario la propuesta y el acompañamiento de las diferentes vocaciones. Ni tampoco puede prescindir de una atención constante y específica a las vocaciones al ministerio ordenado y a la vida de especial consagración, que necesitan por su misma naturaleza un cuidado particular.

Todo proyecto de pastoral juvenil debe proponerse como fin último la maduración en un diálogo personal, profundo, decisivo del joven o de la joven con el Señor. La dimensión vocacional, por tanto, es parte integrante de la pastoral juvenil, hasta el punto de que, en síntesis, podemos afirmar: la pastoral específica de las vocaciones encuentra en la pastoral juvenil su espacio vital; y la pastoral juvenil es completa y eficaz cuando se abre a la dimensión vocacional.

En la adolescencia se manifiesta, en efecto, una natural predisposición al descubrimiento de lo nuevo, de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno; es en esta edad cuando se tienen las primeras experiencias que marcarán las etapas sucesivas hacia la interiorización de la fe. La comunidad cristiana tiene mucho que decir y que dar a los muchachos que viven esta novedad, porque precisamente el evangelio de la vocación puede dar una respuesta a los interrogantes, a las expectativas, a las inquietudes de los adolescentes y de los jóvenes. La comunidad cristiana es guardiana y mensajera de esta respuesta, porque ha sido enviada por el Señor a desvelar al adolescente y al joven el sentido último de la existencia, orientándolo así hacia el descubrimiento de su propia vocación en la vida cotidiana. Toda vida, en efecto, se manifiesta como vocación que se ha de conocer y seguir, porque una existencia sin vocación jamás podrá ser auténtica.

La comunidad cristiana está llamada a hacer posible el encuentro del joven con Jesús, convirtiéndose en mediadora de la llamada y educadora de la respuesta que él espera. Tiene la misión de hacer descubrir a los jóvenes su llamada personal a ser Iglesia y a hacer Iglesia. La comunidad cristiana se presenta, por tanto, como el contexto natural en el que los jóvenes pueden completar su itinerario educativo, descubriendo la gran riqueza de su maravillosa edad y correspondiendo a la vocación que el Dios de la vida ha previsto para cada uno desde creación del mundo.

4. Los proyectos de pastoral juvenil, programados y realizados en las Iglesias particulares, en las comunidades parroquiales, en las asociaciones eclesiales o en los institutos de vida consagrada, no pueden prescindir de este objetivo y de estos contenidos.

Es deber de los educadores, en el desempeño de sus respectivas tareas, acompañar la maduración de las diversas vocaciones, teniendo especial cuidado de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Aun cuando no es su acción la que produce directamente la respuesta, puede, sin embargo, facilitarla y a veces hasta hacerla posible. El fruto es siempre una realidad nueva, original, fundamentalmente gratuita: un fruto que, al concretizarse, está expuesto a todas las incertidumbres de cualquier cultivo. A este respecto, es preciso rechazar la tentación de una impaciencia apresurada y de una ansiosa preocupación acerca de la suerte y de los ritmos de crecimiento de la semilla.

El educador está llamado algunas veces a ser diligente en el sembrar con abundancia y con sabiduría y, después, a cumplir el propio deber sin forzar los ritmos del desarrollo. Su mayor aspiración será la de abrir caminos educativos que permitan al joven descubrir el corazón de Dios, de forma que, cumpliendo su voluntad, pueda llegar a entrever el inmenso gozo que significa el don de la vida y el de la vida que se hace don.

Sostenido por la certeza de que el Padre celestial continúa llamando a muchos jóvenes a seguir más de cerca las huellas de Cristo, su Hijo, en el sagrado ministerio, en la profesión de los consejos evangélicos o en la vida misionera, confío a todos los responsables y agentes de la pastoral juvenil y vocacional el fascinante y, al mismo tiempo, exigente deber de la animación vocacional. Es necesario obrar de modo que «se difunda y arraigue la convicción de que todos los miembros de la Iglesia, sin excluir ninguno, tienen la gracia y la responsabilidad de cuidar las vocaciones» (Pastores dabo vobis, 41).

5. Estoy seguro de que en esta Jornada mundial de oración por las vocaciones, se dará el primer puesto a la oración. Toda la Iglesia rece con esperanza confiada, consciente de que las vocaciones son un don que se ha de implorar con la oración y merecer con la santidad de vida.

A María, que en su juventud vivió la extraordinaria llamada a ser toda de Dios y toda del hombre en el admirable misterio de la encarnación del Verbo divino, confío todos los jóvenes del mundo y todos aquellos que, caminando con ellos, se hacen sus guías en el sendero que conduce a la perfección.

La Redemptoris Mater interceda para que en la Iglesia la vida engendre nueva vida y para que todos los miembros del cuerpo de Cristo sepan revelar al mundo que no hay verdadera humanidad, si no nos comprometemos a vivir como Dios quiere.

Oremos:

¡Oh Virgen de Nazaret!,
el sí que pronunciaste en tu juventud
marcó tu existencia
y llegó a ser grande como tu misma vida.

¡Oh, Madre de Jesús!,
en tu sí libre y gozoso
y en tu fe activa,
muchas generaciones y muchos educadores
han encontrado inspiración
y fuerza para acoger la palabra de Dios
y para cumplir su voluntad.

¡Oh, Maestra de vida!,
enseña a los jóvenes a pronunciar el sí
que da significado a la existencia
y hace descubrir el nombre escondido por Dios
en el corazón de cada persona.

¡Oh, Reina de los Apóstoles!,
danos educadores prudentes,
que sepan amar a los jóvenes
y ayudarles a crecer,
guiándoles al encuentro con la Verdad
*que los hace libres y felices.

¡Amén!

Con estos votos imparto de corazón la bendición apostólica a vosotros, venerables hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y a todos los fieles laicos, en especial a los jóvenes y a las jóvenes que con corazón dócil se ponen a la escucha de la voz de Dios, prontos a acogerla con adhesión generosa y fiel.

Vaticano, 18 de octubre de 1994, decimoséptimo año de mi pontificado.

IOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1994 - Libreria Editrice Vaticana

XXXII

MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA XXXI JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

A los venerados hermanos en el episcopado
y a todos los queridos fieles del mundo entero:

La celebración de la Jornada mundial de oración por las vocaciones coincide, este año, con un importante acontecimiento eclesial: La inauguración del "primer congreso continental latinoamericano sobre el cuidado pastoral en favor de las vocaciones de especial consagración en el continente de la esperanza".

Dicha asamblea se propone desarrollar un profundo trabajo de examen, de animación y de promoción vocacional. Al mismo tiempo que expreso mi gran estima por esta iniciativa pastoral, orientada al bien espiritual no sólo de la América Latina, sino de la Iglesia entera, invito a todos a ayudarla con la oración unánime y confiada.

La Jornada mundial se inserta, además, en el Año internacional de la familia. Esta circunstancia me ofrece la oportunidad de llamar la atención sobre la estrecha relación que existe entre familia, educación y vocación y, muy en particular, entre familia y vocación sacerdotal y religiosa.

Al dirigirme a las familias cristianas deseo, por tanto, confirmarlas en su misión de educar a las jóvenes generaciones, esperanza de la sociedad y de la Iglesia.

1. "Este misterio es grande" (Ef 5, 32)

A pesar de los profundos cambios históricos, la familia sigue siendo la más completa y la más rica escuela de humanidad, en la que se vive la experiencia más significativa del amor gratuito, de la fidelidad, del respeto mutuo y de la defensa de la vida. Su tarea específica es la de custodiar y transmitir, mediante la educación de los hijos, virtudes y valores, a fin de edificar y promover el bien de cada uno y el de la comunidad.

Esta misma responsabilidad compromete, con mayor razón, a la familia cristiana por el hecho de que sus miembros, ya consagrados y santificados en virtud del bautismo, están llamados a una particular vocación apostólica por el sacramento del matrimonio (cf. *Familiaris consortio*, 52, 54).

La familia, en la medida que adquiere conciencia de esta genuina vocación suya y responde a ella, llega a ser una comunidad de santificación, en la que se aprende a vivir la mansedumbre, la justicia, la misericordia, la castidad, -la paz, la pureza del corazón (cf. Ef 4, 1-4; *Familiaris consortio*, 21); llega a ser lo que, con otras palabras, san Juan Crisóstomo llama iglesia doméstica, esto es, el lugar en el que Jesucristo vive y obra la salvación de los hombres y el crecimiento del reino de Dios. Sus miembros, llamados a la fe y a la vida eterna, son "partícipes de la naturaleza divina" (2 P 1, 4), se alimentan en la mesa de la palabra de Dios y de los sacramentos, y se manifiestan con aquel modo evangélico de pensar y de obrar que les abre a la vida de la santidad sobre la tierra y de la felicidad eterna en el cielo (cf. Ef 1, 4-5).

Los padres, desde la más tierna edad de sus hijos, manifestándoles cuidado amoroso, les comunican, con el ejemplo y con las palabras, una sincera y auténtica relación con Dios, hecha amor, fidelidad, oración y obediencia (cf. *Lumen gentium*, 35; *Apostolicam actuositatem*, 11). Los padres, pues, fomentan la santidad de los hijos, y hacen sus corazones dóciles a la voz del buen Pastor, que llama a cada hombre a seguirle y a buscar en primer lugar el reino de Dios.

A la luz de esta perspectiva de gracia divina y de responsabilidad humana, la familia puede ser considerada como un "jardín" o como el "primer semillero" donde las semillas de vocación, que Dios esparce a manos llenas, encuentran las condiciones para germinar y crecer hasta su plena madurez (cf. *Optatam totius*, 2).

2. "No os conforméis a los criterios de este mundo" (Rm 12, 2)

La tarea de los padres cristianos es muy importante y delicada, porque están llamados a preparar, cultivar y defender las vocaciones que Dios suscita en su familia. Deben, por tanto, enriquecerse ellos mismos y su familia con valores espirituales y morales, tales como, una religiosidad convencida y profunda, una conciencia apostólica y eclesial, y un exacto conocimiento de la vocación.

En realidad, el paso decisivo que debe dar toda familia es el de acoger al Señor Jesús como centro y modelo de vida y, en él y por él, tomar conciencia de ser lugar privilegiado para un auténtico crecimiento vocacional.

La familia llevará a cabo tal tarea, si es constante en el empeño y si cuenta siempre con la gracia de Dios. San Pablo, en efecto, afirma que "es Dios quien obra el querer y el obrar según su beneplácito" (Flp 2, 13), y que "el que comenzó la buena obra, la llevará a cabo hasta el día de Cristo Señor" (Flp 1, 6).

Pero, ¿qué sucede cuando la familia se deja arrastrar por el consumismo, el hedonismo y el secularismo que turban e impiden la realización del plan de Dios?

¡Qué doloroso es constatar casos, desdichadamente numerosos, de familias deshechas por semejantes fenómenos y por sus devastadores efectos! Es ésta, sin duda, una de las preocupaciones más grandes de la comunidad cristiana. Y son, sobre todo, las familias mismas las primeras en pagar las consecuencias del generalizado desorden de las ideas y de la moral; pero también la Iglesia las sufre, y la sociedad se resiente por ellas.

¿Cómo pueden los hijos, dejados huérfanos moralmente, sin educadores ni modelos, crecer en la estima de los valores humanos y cristianos? ¿Cómo pueden desarrollarse en un clima tal las semillas de vocación que el Espíritu Santo continúa depositando en el corazón de las jóvenes generaciones?

La fuerza y la estabilidad del entramado familiar cristiano representan la condición primera para el crecimiento y maduración de las vocaciones sagradas, y constituyen la respuesta más adecuada a la crisis vocacional: "Cada Iglesia local y, en términos más particulares, cada comunidad parroquial, -dije en la exhortación *Familiaris consortio*-, debe adquirir más viva conciencia de la gracia y de la responsabilidad que recibe del Señor en orden a promover la pastoral de la familia. Todo proyecto de pastoral orgánico, en cada nivel, nunca debe prescindir de tomar en consideración la pastoral de la familia" (n. 70).

3. "Rogad, pues, al Dueño de la mies que mande obreros a su mies" (Mt 9, 38)

La pastoral vocacional encuentra su ámbito primero y natural en la familia. Los padres, en efecto, deben saber acoger como una gracia el don que Dios les hace al llamar a uno de sus hijos al sacerdocio o a la vida consagrada. Tal gracia se pide en la oración, y se acoge positivamente cuando se educa a los hijos para que comprendan toda la riqueza y el gozo de consagrarse a Dios.

Los padres que aceptan con sentimientos de gratitud y gozo la llamada de uno de sus hijos o de sus hijas a la especial consagración por el reino de los cielos, reciben, con esa llamada, una prueba particular de la fecundidad espiritual de su unión, viéndola enriquecida con la experiencia del amor vivido en el celibato y en la virginidad.

Estos padres descubren con asombro que, gracias a la vocación sagrada de sus hijos, el don de su amor se ha multiplicado más allá de las limitadas dimensiones humanas.

Para formar a las familias en el conocimiento de este importante aspecto de su misión, es necesaria una acción pastoral orientada a hacer de los cónyuges y padres "testigos y cooperadores en la fecundidad de la Madre Iglesia, como signo y participación de aquel amor con el que Cristo amó a su Esposa y se entregó por ella" (Lumen gentium, 41).

La familia es el vivero natural de las vocaciones. La pastoral familiar, pues, debe prestar una especialísima atención al aspecto específicamente vocacional del propio compromiso.

4. "Quien tiene responsabilidad en la comunidad demuestre solicitud y diligencia" (Rm 12, 8)

Caminar en pos de Cristo hacia el Padre es el programa vocacional más apropiado. Si los sacerdotes, las religiosas y los religiosos, los consagrados, los misioneros y los laicos comprometidos se ocuparan de la familia e intensificasen las formas de diálogo y de búsqueda evangélica común, la familia se enriquecería con los valores que la ayudarían a ser el primer seminario de vocaciones de especial consagración.

Los sacerdotes, tanto diocesanos como religiosos, deben conocer la problemática de la vida familiar para poder instruir mediante el anuncio de la palabra de Dios a los esposos cristianos en sus responsabilidades específicas, de modo que, bien formados en la fe, sepan acompañar a sus hijos, posiblemente llamados, a darse a Dios sin reservas.

Todas las personas consagradas que estén próximas o se relacionen con las familias por causa de su servicio apostólico en las escuelas, hospitales, centros de asistencia o parroquias, ofrezcan gozoso testimonio de su donación total a Cristo, y sean para los esposos cristianos, con una vida según los votos de castidad, pobreza y obediencia, testimonio y reclamo de los valores eternos.

La comunidad parroquial debe sentirse responsable de esta misión de la familia, y sostenerla con planes operativos a largo plazo, sin preocuparse demasiado por los resultados inmediatos.

Confío a los cristianos comprometidos, a los catequistas y a los jóvenes esposos la catequesis en las familias. Con su generoso y fiel servicio harán gustar a los niños la primera experiencia religiosa y eclesial.

Mi pensamiento se dirige especialmente a los venerables hermanos en el episcopado, como primeros responsables de la promoción vocacional, para pedirles que pongan gran empeño en que el cuidado de las vocaciones vaya orgánicamente unido con la pastoral familiar.

Oremos

¡Oh, Sagrada Familia de Nazaret!,
comunidad de amor de Jesús, María y José,

modelo e ideal de toda familia cristiana,
a ti confiamos nuestras familias.

Abre el corazón de cada hogar a la fe,
a la acogida de la palabra de Dios,
al testimonio cristiano,
para que llegue a ser manantial
de nuevas y santas vocaciones.

Dispón el corazón de los padres
para que, con caridad solícita,
atención prudente y piedad amorosa,
sean para sus hijos guías seguros
hacia los bienes espirituales y eternos.

Suscita en el alma de los jóvenes
una conciencia recta y una voluntad libre,
para que, creciendo en sabiduría, edad y gracia,
acojan generosamente el don de la vocación divina.

Sagrada Familia de Nazaret,
haz que todos nosotros,
contemplando e imitando la oración asidua,
la obediencia generosa, la pobreza digna
y la pureza virginal vividas en ti,
nos dispongamos a cumplir la voluntad de Dios,
y a acompañar con prudente delicadeza
a cuantos de entre nosotros
sean llamados a seguir más de cerca al Señor Jesús,
que por nosotros "se entregó a sí mismo" (cf. Ga 2, 20).

Amén.

Dado en el Vaticano, el 26 de diciembre, fiesta de la Sagrada Familia, del año 1993,
décimo sexto de mi pontificado.

XXXI

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA XXX JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerables hermanos en el episcopado;
amadísimos hermanos y hermanas de todo el mundo:

1. Cristo es el buen pastor, el que "a sus ovejas las llama una por una y... va delante de ellas" (Jn 10, 3-4). Nosotros, su rebaño, conocemos su voz y compartimos su solicitud por reunir a su pueblo para conducirlo por el camino de la salvación.

En esta XXX Jornada mundial de oración por las vocaciones queremos orar con insistencia al Señor para que mande a su Iglesia "obreros del Evangelio". Nuestra oración quiere ser perseverante, rica de esperanza y llena de amor hacia nuestros hermanos y hermanas, a menudo desorientados como ovejas sin pastor.

2. Deseo, ante todo, llamar la atención hacia la urgencia de promover las que podemos llamar "actitudes vocacionales de fondo", que originan una auténtica "cultura vocacional". Esas actitudes son: la formación de las conciencias, la sensibilidad ante los valores espirituales y morales, la promoción y defensa de los ideales de la fraternidad humana, del carácter sagrado de la vida humana, de la solidaridad social y del orden civil. Se trata de lograr una cultura que permita al hombre moderno volverse a encontrar a sí mismo, recuperando los valores superiores de amor, amistad, oración y contemplación. Este mundo, atormentado por transformaciones a menudo lacerantes, necesita más que nunca el testimonio de hombres y mujeres de buena voluntad y, especialmente, de vidas consagradas a los más altos y sagrados valores espirituales, a fin de que a nuestro tiempo no le falte la luz de las más elevadas conquistas del espíritu.

Hoy está muy extendida una cultura que induce a los jóvenes a contentarse con proyectos modestos, que están muy por debajo de sus posibilidades. Pero todos sabemos que, en realidad, en su corazón existe inquietud e insatisfacción ante conquistas efímeras; que existe en ellos el deseo de crecer en la verdad, en la autenticidad y en la bondad; que están a la escucha de una voz que los llame por su nombre. Esta inquietud, por otra parte, es precisamente la señal de la necesidad inalienable de la cultura del espíritu. La pastoral de las vocaciones hoy ha alcanzado tal dimensión histórico-cultural que no sólo pone de manifiesto la crisis, sino también el resurgir de las vocaciones. Es necesario, por tanto, promover una cultura vocacional que sepa reconocer y acoger aquella aspiración profunda del hombre, que lo lleva a descubrir que solo Cristo puede decirle toda la verdad sobre su vida. Él que "ha penetrado de modo único e irrepetible en el misterio del hombre" (Redemptor hominis, 8), "manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" (Gaudium et spes, 22): la vida es don totalmente gratuito y no existe otro modo de vivir digno del hombre, fuera de la perspectiva del don de sí mismo. Cristo, buen pastor, invita hoy a todo hombre a reconocerse en esta verdad. La vocación nace del amor y lleva al amor, porque "el hombre no puede vivir sin amor" (Redemptor hominis, 10). Esta cultura de la vocación constituye el fundamento de la cultura de la vida nueva, que es vida de agradecimiento y gratitud, de confianza y responsabilidad; en el fondo, es cultura del deseo de Dios, que da la gracia de apreciar al hombre por sí mismo, y de reivindicar constantemente su dignidad frente a todo lo que puede oprimirlo en el cuerpo y en el espíritu.

3. Si Cristo "habla a los hombres también como hombre" (Redemptor hominis, 7), adaptándose a las categorías humanas, del mismo modo la Iglesia deberá hablar un lenguaje sencillo y próximo a la sensibilidad de los jóvenes, haciendo uso inteligente de todos los medios modernos de comunicación social, para que su palabra sea aún más incisiva y más comprendida. Sobre todo, será preciso que la pastoral juvenil sea

explícitamente vocacional, y trate de despertar en los jóvenes la consciencia de la "llamada" divina, a fin de que experimenten y gusten la grandeza de la entrega, como proyecto permanente de vida. Además, todo cristiano dará pruebas de que colabora en la promoción de una cultura de las vocaciones, si se esfuerza en su mente y en su corazón por discernir lo que es bueno para el hombre: es decir, si sabe discernir con espíritu crítico las ambigüedades del progreso, los pseudovalores, las asechanzas de las cosas engañosas que algunas civilizaciones hacen brillar ante nuestros ojos, así como las tentaciones de los materialismos o de las ideologías pasajeras.

4. Me dirijo, sobre todo, a vosotros, queridos jóvenes. Dejaos interpelar por el amor de Cristo. Reconoced su voz, que resuena en el templo de vuestro corazón. Acoged su mirada luminosa y penetrante, que abre los caminos de vuestra vida a los horizontes de la misión de la Iglesia, empeñada, hoy más que nunca, en enseñar al hombre su verdadero ser, su fin, su destino, y en revelar a las almas fieles las inefables riquezas de la caridad de Cristo. No tengáis miedo de la radicalidad de sus exigencias, porque Jesús, que os amó primero, está dispuesto a daros todo cuanto os pide. Si os exige mucho, es porque sabe que podéis dar mucho. Jóvenes, echad una mano a la Iglesia para conservar joven el mundo. Responded a la cultura de la muerte con la cultura de la vida.

A vosotros, obispos de la Iglesia de Dios, os pido que reforcéis el tejido social de la comunidad cristiana mediante la evangelización de la familia; que ayudéis a los laicos a infundir en el mundo juvenil los valores de la coherencia, de la justicia y de la caridad cristiana.

Me dirijo, también, a todos aquellos que, por diversos títulos, están llamados a definir y profundizar la cultura vocacional: a los teólogos, para que esa cultura tenga ante todo un sólido fundamento teológico; a los responsables de los medios de comunicación social, para que sepan entrar en diálogo con los jóvenes; a los educadores, para que sepan dar respuestas a sus aspiraciones y a su sensibilidad; a los directores espirituales, para que ayuden a cada uno a reconocer la voz que lo llama por su nombre. Me dirijo, en fin, a los que ya estáis consagrados al Señor y, especialmente, a vosotros, sacerdotes: habiendo ya oído y reconocido la llamada del buen Pastor, prestad vuestra voz a Aquel que también hoy llama a muchos a seguirle. Dirigíos a vuestros jóvenes, haciéndoles sentir la hermosura del seguimiento del Señor y acompañándoles a lo largo del camino, difícil a veces, de la vida, sobre todo testimoniando con vuestra vida la alegría de estar al servicio de Dios.

5. Y ahora oremos juntos:

Señor Jesucristo,
Pastor bueno de nuestras almas,
tú que conoces a tus ovejas
y sabes cómo llegar al corazón del hombre,
abre la mente y el corazón de los jóvenes,
que buscan y esperan
una palabra de verdad para su vida;
hazles sentir que sólo en el misterio de tu encarnación
pueden encontrar plena luz;
da valor a los que saben dónde encontrar la verdad,
pero temen que tu llamada sea demasiado exigente;
sacude el alma de los jóvenes que quisieran seguirte,
pero no saben vencer las dudas y los miedos,
y acaban por escuchar otras voces
y seguir otros callejones sin salida.

Tú, que eres la Palabra del Padre,
Palabra que crea y salva,
Palabra que ilumina y sostiene los corazones,
vence con tu Espíritu las resistencias
y vacilaciones de los espíritus indecisos;
suscita en aquellos a quienes llamas
valor para dar la respuesta de amor: "¡Heme aquí, envíame!" (Is 6, 8).

Virgen María,
joven hija de Israel,
ayuda con tu amor maternal a los jóvenes
a quienes el Padre dirige su Palabra;
sostén a los que ya están consagrados.

Que repitan, como tú,
el sí de una entrega gozosa e irrevocable.

Amén.

Con mi bendición apostólica.

Castelgandolfo, 8 de septiembre de 1992, Natividad de la bienaventurada Virgen María.

XXX

MENSAJE DEL SANTO PADRE
PARA LA XXIX JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerados hermanos en el episcopado;
queridos hermanos y hermanas de todo el mundo:

1. "Los discípulos estaban llenos de alegría y de Espíritu Santo" (Hch 13, 52). Así leemos en la liturgia del cuarto domingo de Pascua; y, en efecto, toda comunidad, cuando ve aumentar el número de los que descubren el tesoro escondido del reino de los cielos y dejan todo para dedicarse únicamente a las cosas del Señor (cf. Mt 13, 44), se siente llena de la alegría que proviene de la palabra de Dios y de la misteriosa acción de su Espíritu.

Confortada, pues, con estas palabras del libro sagrado y con esta experiencia, la Iglesia celebra cada año una Jornada especial de oración por las vocaciones, confiando en la promesa de que todo lo que pedirá al Padre en el nombre del Señor él se lo dará (cf. Jn 16, 23).

En vísperas ya de la próxima celebración, deseo invitaros este año a rezar para que el Espíritu induzca a un número cada vez mayor de fieles, especialmente jóvenes, a comprometerse en el amor de Dios "con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas" (Dt 6, 5; cf. Mc 12, 30; Mt 22, 37), para servirlo en las especiales formas de vida cristiana que se actúan en la consagración religiosa. Ésta se expresa de diversas maneras, bien en el estado sacerdotal, bien en la profesión de los votos, en la elección de los monasterios o de las comunidades apostólicas, o bien en el estado seglar.

2. El concilio Vaticano II ha reconocido que este "don especial" es un signo de elección, porque permite a quienes lo acogen conformarse más profundamente a "aquel género de vida virginal y pobre que Cristo, el Señor, escogió para sí y la Virgen Madre abrazó" (cf. Lumen gentium, 46).

Mi venerado predecesor Pablo VI pudo afirmar que la vida consagrada es "testimonio privilegiado de una búsqueda constante de Dios, de un amor único e indiviso por Cristo, de una dedicación absoluta al crecimiento de su reino. Sin este signo concreto, se corre el peligro de que se enfríe la caridad que anima a la Iglesia, que se atenúe la paradoja del Evangelio, que la 'sal' de la fe se diluya en un mundo en fase de secularización" (Evangelica testificatio, 3).

La vocación de las personas consagradas, en efecto, implica la proclamación activa del Evangelio en obras apostólicas y en servicios de caridad correspondientes a un mundo de actuar auténticamente eclesial.

La Iglesia durante el decurso de su historia ha sido siempre vivificada y confortada por muchos religiosos y religiosas, testigos del amor sin límites hacia el Señor Jesús, mientras en tiempos más próximos a nosotros ha encontrado una válida ayuda en muchas personas consagradas que, viviendo en el siglo, han querido ser para el mundo levadura de santificación y fermento para iniciativas inspiradas en el Evangelio.

3. Debemos afirmar con fuerza que también hoy es necesario el testimonio de la vida consagrada, para que el hombre no olvide nunca que su dimensión verdadera es la eterna. El hombre ha sido destinado a habitar en los "nuevos cielos y nueva tierra" (2 P 3, 13), y proclamar que la felicidad definitiva se nos da sólo con el Amor infinito de Dios.

¡Cómo se empobrecería cada vez más nuestro mundo, si se debilitara la presencia de existencias consagradas a este Amor! Y ¡cómo se empobrecería cada vez más la sociedad, si no fuera inducida a levantar la mirada hacia donde están las verdaderas alegrías!

También la Iglesia se empobrecería más y más, si faltara quien manifestase concretamente y con fuerza la perenne actualidad del don de la propia vida por el reino de los cielos.

El pueblo cristiano tiene necesidad de hombres y mujeres que en la ofrenda de sí al Señor encuentran la plena justificación de su propia existencia y asumen así la misión de ser "luz de las gentes" y "sal de la tierra", constructores de esperanza para cuantos se preguntan por la perenne novedad del ideal cristiano.

4. No podemos ocultar que en algunas regiones está disminuyendo el número de quienes aceptan el consagrarse a Cristo. De aquí la necesidad de un creciente compromiso de oración y de iniciativas adecuadas para impedir que tal coyuntura pueda tener graves consecuencias para el pueblo de Dios.

Invito, por lo tanto, a los hermanos en el episcopado a promover, especialmente entre el clero y los seglares, el conocimiento y la estima de la vida consagrada. Procuren que en los seminarios, sobre todo, no falten cursos e instrucciones acerca del valor de la consagración religiosa.

Exhorto, luego, a los sacerdotes a que no renuncien nunca a proponer a los jóvenes tan alto y noble ideal. Todos sabemos lo importante que es la tarea de un guía espiritual para que los gérmenes de vocación sembrados "a manos llenas" por la gracia, puedan desarrollarse y madurar.

A los catequistas les recomiendo que presenten con coherente solidaridad en la doctrina este don divino que el Señor ha hecho a su Iglesia.

A los padres les digo, confiando en su sensibilidad cristiana, nutrida de fe viva, que podrán ellos gustar la alegría del don divino, que entrará en su casa, si un hijo o una hija es llamado por el Señor a su servicio.

A los teólogos y a los escritores de disciplinas religiosas les dirijo una calurosa invitación para que se esfuercen en ilustrar el significado teológico de la vida consagrada según la tradición católica.

A los educadores les recomiendo que presenten con frecuencia las grandes figuras de los consagrados, religiosos y seglares, que han servido a la Iglesia y a la sociedad en los más diversos campos.

A las familias religiosas y a los institutos de vida seglar les recuerdo que la primera y más eficaz pastoral vocacional es el testimonio, cuando éste se manifiesta con una vida llena de alegría en el servicio al Señor.

Exhorto, igualmente, a los miembros de los institutos de vida contemplativa a considerar que el verdadero secreto de la renovación espiritual y de la fecundidad apostólica de la vida consagrada radica en la oración. Rico es el patrimonio espiritual y doctrinal que los contemplativos poseen, mientras que el mundo precisamente en tal riqueza busca una respuesta a los interrogantes constantemente suscitados por nuestra época.

Pero sobre todo me dirijo a los jóvenes de hoy, y les digo: "Dejaos seducir por el Eterno", repitiendo la palabra del antiguo profeta: "Me has seducido, Señor...; me has agarrado y me has podido" (Jr 20, 7).

Dejaos fascinar por Cristo, el Infinito aparecido en medio de vosotros de forma visible e imitable. Dejaos atraer por su ejemplo, que ha cambiado la historia del mundo y la ha orientado hacia una meta exaltante. Dejaos amar por la caridad del Espíritu, que quiere apartar vuestros ojos de los modelos terrenos, para comenzar en vosotros la vida del hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y en la santidad verdadera (cf. Ef 4, 24).

Enamoraos de Jesucristo, para vivir su misma vida, de manera que nuestro mundo pueda tener vida en la luz del Evangelio.

5. Confiamos a la Virgen María la gran causa de la vida consagrada. A ella, Madre de las vocaciones, siguiendo la invitación de su palabra, "haced lo que él os diga" (Jn 2, 5), le pedimos:

Oh Virgen María,
a ti encomendamos nuestra juventud,
en especial los jóvenes llamados a seguir
más de cerca a tu Hijo.

Tú conoces cuántas dificultades
tienen ellos que afrontar,
cuántas luchas, cuántos obstáculos.

Ayúdales para que también ellos
pronuncien su "sí" a la llamada divina,
como tú lo hiciste a la invitación del Ángel.

Atráelos a tu corazón,
para que puedan comprender contigo
la hermosura y la alegría que les espera,
cuando el Omnipotente les llama a su intimidad,
para constituirlos en testigos de su Amor
y hacerlos capaces de alegrar a la Iglesia con su consagración.

Oh Virgen María,
concédenos a todos nosotros
poder alegrarnos contigo, al ver que el amor que tu Hijo nos ha traído
es acogido, custodiado y amado nuevamente.

Concédenos poder ver también en nuestros días
las maravillas de la misteriosa acción del Espíritu Santo.

Con mi bendición.

Vaticano, 1 de noviembre de 1991, solemnidad de Todos los Santos, decimocuarto año de mi pontificado.

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
PARA LA XXVIII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerables hermanos en el episcopado,
amadísimos hermanos y hermanas de todo el mundo:

1. Consciente de que toda vocación es un don de Dios, que hay que pedir en la oración y merecer con el testimonio de la propia vida, me dirijo a vosotros, como todos los años, para invitar a toda la gran familia de los católicos a participar espiritualmente en la XXVIII Jornada mundial de Oración por las Vocaciones, que celebraremos el próximo 21 de abril.

Esta jornada es desde hace tiempo una ocasión privilegiada para reflexionar no sólo sobre la vocación al sacerdocio o a la vida consagrada, sino también sobre el deber, que atañe a toda la comunidad cristiana, de favorecer el nacimiento de estas vocaciones y colaborar en la percepción, clarificación y maduración de la llamada interior de Dios (cf. *Optatam totius*, 2).

Este año deseo llamar vuestra atención sobre aquella faceta fundamental de la experiencia religiosa de cada cristiano, que es la catequesis. En efecto, ésta es la base para cualquier diálogo vocacional auténtico y libre con el Padre celestial. En la catequesis la Iglesia guía a los fieles, mediante un itinerario de fe y conversión, hacia la escucha responsable de la Palabra de Dios y la generosa disponibilidad a acoger sus exigencias intrínsecas. De este modo la catequesis trata de favorecer el encuentro personal con Dios, formando discípulos atentos del Señor, partícipes de su misión universal. La catequesis se revela así como el camino específico para descubrir no sólo el designio salvífico de Dios y el significado último de la existencia y de la historia, sino también como el proyecto particular que él tiene sobre cada uno en la perspectiva de la venida de su Reino al mundo.

"La catequesis tiende pues a desarrollar la inteligencia del misterio de Cristo a la luz de la Palabra, para que el hombre entero sea impregnado por ella. Transformado por la acción de la gracia en nueva criatura, el cristiano decide así seguir a Cristo y, en el seno de la Iglesia, aprende cada vez más a pensar como él, a juzgar como él, a actuar de acuerdo con sus mandamientos, a esperar como él nos invita a ello" (*Catechesi tradendae*, 20).

2. El camino de la catequesis alcanza una meta particularmente importante cuando se convierte en escuela de oración, es decir, cuando capacita para el coloquio apasionado con Dios, Creador y Padre; con Cristo, Maestro y Salvador; con el Espíritu Santo vivificador. Gracias a este coloquio, lo que se escucha y se aprende no queda sólo en la mente, sino que conquista el corazón y tiende a traducirse en la vida. En efecto, la catequesis no puede limitarse a anunciar las verdades de la fe, sino que debe procurar suscitar la respuesta del hombre a fin de que cada uno asuma su propio cometido en el plan de la salvación y se muestre disponible a ofrecer la propia vida para la misión de la Iglesia, incluso en el sacerdocio o en la vida consagrada, siguiendo más de cerca a Cristo.

Es necesario que los creyentes, especialmente los jóvenes, sean guiados para comprender mejor que la vida cristiana es ante todo respuesta a la llamada de Dios y a reconocer, en esta perspectiva, el carácter peculiar de las vocaciones para el ministerio

sacerdotal o diaconal; las vocaciones religiosas, misioneras, consagradas en la vida seglar y la importancia que tienen para el reino de Dios.

3. En este contexto los catequistas deben sentirse responsables ante la Iglesia y ante los destinatarios del mensaje. Sus enseñanzas, orientadas a conducir al hombre moderno a descubrir a Dios Amor como creador, redentor y santificador, guiará a los niños y jóvenes a considerar el deber de todo cristiano de ayudar a la Iglesia a cumplir su misión, la cual sólo puede realizarse gracias a la aportación de los diversos ministerios y carismas, con los que la ha dotado el Espíritu Santo; procurará hacer descubrir que el sacerdocio ministerial es un gran don gratuito, ofrecido por Dios a su Iglesia, en una comunión más íntima con el sacerdocio de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 10); presentará en su debida óptica el valor de la virginidad y del celibato eclesiástico, como vías evangélicas que llevan a la consagración total a Dios y a la Iglesia y que multiplican la fecundidad del amor espiritual cristiano (cf. *Perfectae caritatis*, 12).

Los responsables de la catequesis deben respetar siempre la integridad del anuncio del Evangelio, que comprende también la llamada a seguir más de cerca a Cristo. Que se conviertan en inteligentes ejecutores del llamamiento que mi predecesor Pablo VI dirigió en su último mensaje para esta jornada: "Dad a conocer estas realidades, enseñad estas verdades, hacedlas comprensibles, estimulantes, atrayentes como lo sabía hacer Jesús, Maestro y Pastor. Que nadie por culpa nuestra ignore lo que debe saber para orientar, en sentido diverso y mejor, la propia vida" (*Insegnamenti di Paolo VI*, XVI, 1978, pág. 259).

4. Deseo que mis palabras lleguen a todos aquellos que el Espíritu Santo llama a colaborar con él: a los padres, a los sacerdotes, a los religiosos y a los numerosos seglares comprometidos en las tareas educativas. Deseo, de modo particular, que esta exhortación llegue al corazón y a la mente de tantos catequistas, que en las diversas Iglesias particulares colaboran generosamente con los pastores en la gran obra de evangelización de las nuevas generaciones.

Queridos catequistas: vuestra misión es importante y delicada. De vuestro servicio depende el crecimiento y madurez cristiana de los niños y jóvenes confiados a vosotros. En la Iglesia hay necesidad de catequesis para el conocimiento de la palabra de Dios, de los sacramentos, de la liturgia y de los deberes propios de la vida cristiana. Pero, especialmente en algunos momentos de la edad evolutiva, hay necesidad de catequesis para la orientación en la elección del estado de vida. Sólo a la luz de la fe y de la oración es posible descubrir el sentido y la fuerza de la llamada divina.

Vuestro ministerio de catequistas ha de ser realizado desde la fe, alimentado por la oración y sostenido por una vida cristiana coherente. Procurad estar bien formados al hablar a los jóvenes de hoy, como pedagogos válidos y creíbles al presentar el ideal evangélico como vocación universal y al ilustrar el sentido y el valor de las diversas vocaciones a la vida consagrada.

A los obispos y a los presbíteros les pido que mantengan siempre viva la dimensión vocacional de la catequesis, cuidando en modo particular la formación espiritual y cultural de los catequistas, y apoyando sus planteamientos vocacionales con el eficaz testimonio de una vida rica en santidad pastoral.

A las familias religiosas masculinas y femeninas les pido que consagren el máximo de sus capacidades y posibilidades a la obra específica de la catequesis, cooperando para que ésta no sea un momento aislado del íter pastoral, sino que se enmarque en un plan orgánico y amplio. Los esfuerzos dedicados a la catequesis han sido siempre pagados con creces por la Providencia con el don de nuevas y santas vocaciones. Animo de modo

particular a los religiosos educadores y responsables de escuelas católicas a mostrar en toda su grandeza el valor de la vocación sacerdotal, religiosa y misionera en sus proyectos educativos.

Exhorto a los padres a colaborar con los catequistas creando un ambiente familiar impregnado de fe y de oración, de modo que puedan orientar la vida entera de sus hijos según las exigencias de la vocación cristiana. Toda llamada particular es, en realidad, un gran don de Dios que se hace presente en sus hogares.

Por último, la comunidad cristiana en su conjunto, esfuércese en reconocer con auténtica pasión misionera los gérmenes de vocación que el Espíritu Santo no cesa de suscitar en los corazones, y trate de crear, especialmente con la plegaria asidua y confiada, un clima adecuado para que los adolescentes y los jóvenes puedan sentir la voz de Dios y responder a ella con generosidad y valentía.

Oh Jesús, Buen Pastor de la Iglesia,
a ti te encomiendo a nuestros catequistas;
que bajo la guía de los obispos y de los sacerdotes
sepan conducir a cuantos les han sido confiados
a descubrir el auténtico significado
de la vida cristiana como vocación,
para que, abiertos y atentos a tu voz, te sigan generosamente.

Bendice nuestras parroquias;
transfórmalas en comunidades vivas,
donde la oración y la vida litúrgica,
la escucha atenta y fiel de tu Palabra,
la caridad generosa y fecunda,
vengan a ser el terreno favorable para el nacimiento
y el desarrollo de una mies abundante de vocaciones.

Oh María, Reina de los Apóstoles,
bendice a los jóvenes,
hazlos partícipes de tu dócil saber escuchar la voz de Dios
y ayúdalos a pronunciar, como tú, un "sí" generoso e incondicional
al misterio de amor y de elección al cual les llama el Señor.

Vaticano, 4 de octubre, fiesta de san Francisco de Asís, del año 1990, duodécimo de mi Pontificado.

XXVIII

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II
PARA LA XXVII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES - 1990

Venerados hermanos en el episcopado,
amadísimos fieles de todo el mundo:

1. Aproximándose la celebración anual de la Jornada mundial de Oración por las Vocaciones, que tendrá lugar en la Iglesia universal, como de costumbre, el IV Domingo de Pascua, me complace recurrir, junto con vosotros, a aquella reconfortante promesa de Jesús: "Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18, 19-20).

El próximo domingo 6 de mayo se encontrará toda la Iglesia reunida en el nombre del Señor para implorar al "Dueño de la mies" el don de las vocaciones de especial consagración; sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, laicos, comunidades parroquiales, grupos, asociaciones y movimientos, todos juntos, elevarán súplicas al Padre celestial para que enriquezca a la Iglesia con nuevas vocaciones.

Confío en que esta coral imploración será ampliamente escuchada. No puedo, sin embargo, dejar de recordar que a la oración debe acompañar el compromiso personal y comunitario de hacerse promotores de vocaciones. En efecto, no debe olvidarse que ordinariamente la llamada del Señor se hace sentir a través del ejemplo y la acción de los hombres, especialmente de cuantos en la Iglesia viven ya la gozosa experiencia del seguimiento de Cristo.

Precisamente en virtud de este compromiso y también en vista del próximo Sínodo de los Obispos, que tendrá como tema "La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales", deseo llamar la atención de todo el pueblo de Dios, especialmente de los que en medio de él tienen responsabilidades educativas y formativas, sobre la importancia que adquiere el cuidado de la vida espiritual en el nacimiento y consolidación de las vocaciones.

En efecto, no puede haber ningún género de maduración vocacional si no es dentro de un camino espiritual decidido y vigoroso, pues sólo una vida espiritual auténtica constituye el "terreno bueno" (Mt 13, 23) que permite a la "semilla" de la vocación ser acogida y crecer hasta su plena expansión.

2. La vocación fundamental del hombre consiste en alcanzar la plena comunión con Dios. El hombre ha sido creado "a imagen y semejanza de Dios" (Gn 1, 26-27; Sb 2, 23; Si 17, 3; 1 Co 11, 7) y está llamado, en Cristo, a realizar progresivamente una relación de íntima unión y de amor filial con su Creador.

Para realizar dicha vocación, se ha dado al hombre participación en la vida divina, la cual, también gracias a su empeño personal, crece en él, operando aquel proceso de santificación que lo transforma en "creatura nueva" (2 Co 5, 17; Ga 6, 15), haciéndolo cada vez más capaz de acoger y conocer los secretos de Dios (cf. 1 Co 2, 9-14; 6, 17; Rm 8, 14-16; Ga 4, 6) y de adherir plenamente a su proyecto de amor.

El lugar donde esta vida germina y, bajo la acción del Espíritu Santo, gradualmente crece y madura, es la Iglesia, de la cual el cristiano pasa a ser miembro por el bautismo.

3. Las vocaciones de especial consagración son una explicitación de la vocación bautismal: ellas se alimentan, crecen y se robustecen mediante un serio y constante cuidado de la vida divina recibida en el bautismo y, usando de todos los medios que favorecen el pleno desarrollo de la vida interior, conducen a opciones de vida enteramente dedicadas a la gloria de Dios y al servicio de los hermanos. Dichos medios son:

- la audición de la Palabra de Dios, que ilumina también las opciones que hay que adoptar para un seguimiento de Cristo cada vez más radical;
- la participación activa en los sacramentos, sobre todo, en la Eucaristía, que es el centro insustituible de la vida espiritual, fuente y alimento de todas las vocaciones;
- el sacramento de la penitencia, que, favoreciendo la continua conversión del corazón, purifica el camino de adhesión personal al proyecto de Dios y refuerza el vínculo de unión con Cristo;
- la oración personal, que concede el vivir constantemente en la presencia de Dios, y la oración litúrgica, que incorpora a todo bautizado en la oración pública de la Iglesia;
- la dirección espiritual, como medio eficaz para discernir la voluntad de Dios, cuyo cumplimiento es fuente de maduración espiritual;
- el amor filial a la Virgen Santa, que se integra como un aspecto particularmente significativo en el crecimiento espiritual y vocacional de todo cristiano;
- por último, el empeño ascético, pues las opciones vocacionales a menudo exigen renunciaciones y sacrificios que sólo una sana y equilibrada pedagogía ascética puede favorecer.

4. Invito, por tanto, a los educadores cristianos –padres de familia, maestros, catequistas, animadores de grupos eclesiales, guías de asociaciones y movimientos– a poner todo cuidado para que los adolescentes y jóvenes sean constante y diligentemente ayudados a desarrollar la semilla de la vida divina que han recibido como un don en el bautismo. Que en todo proyecto educativo la vida espiritual tenga siempre el primer puesto; que sean indicados y explicados los medios que favorecen su pleno desarrollo.

Exhorto, además, a los responsables de las comunidades cristianas, en primer lugar, a los pastores, a apacentar el rebaño de Dios nutriéndolo en las fuentes genuinas de la vida de la gracia.

En modo del todo particular, me dirijo a los responsables de la formación de las vocaciones de especial consagración –rectores de seminarios, padres espirituales, maestros y cuantos comparten esta delicada tarea– y les pido que pongan todo cuidado para que la vida espiritual de los llamados tenga un lugar privilegiado en la formación.

5. Finalmente, deseo dirigirme personalmente a vosotros, queridos muchachos y muchachas, adolescentes y jóvenes.

Abrid vuestro corazón a Cristo, salidle al encuentro, saciad vuestra sed en sus fuentes. El os ofrece un agua que apaga vuestra sed de verdad, de gozo, de felicidad y de amor; un agua que sacia vuestra sed de infinito y de eternidad, pues el agua que Él os da se transforma en vosotros "en fuente que brota para la vida eterna" (Jn 4, 14).

Escuchad a Cristo: Él abre vuestros corazones a la esperanza. Seguid a Cristo: Él es la "luz del mundo" y "quien lo sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn 8, 12).

Descubrid la belleza de la vocación cristiana y confirmad vuestros compromisos bautismales; renovad el propósito de caminar en "novedad de vida" (Rm 6, 4), permaneciendo unidos a Cristo como los sarmientos a la vid (cf. Jn 15), para producir mucho fruto. Hacedos personalmente sensibles a las necesidades de la Iglesia, dóciles a los impulsos de la gracia divina, generosos y solícitos en responder a la eventual llamada del Señor que os invita a seguirlo más de cerca en una vida de total consagración al amor de Dios y al servicio del prójimo.

6. Y ahora, oremos juntos:

¡Oh Espíritu de verdad,
que has venido a nosotros en Pentecostés
para formarnos en la escuela del Verbo Divino,
cumple en nosotros la misión a la cual el Hijo te ha mandado!

Llena de ti mismo todo corazón
y suscita en muchos jóvenes
el anhelo de lo que es auténticamente grande y hermoso en la vida,
el deseo de la perfección evangélica,
la pasión por la salvación de las almas.

Sostén a los "obrerros de la mies"
y dona fecundidad espiritual a sus esfuerzos
en el camino del bien.

Haz nuestros corazones completamente libres y puros,
y ayúdanos a vivir con plenitud el seguimiento de Cristo,
para gustar como tu último don el gozo que no tendrá jamás fin.

Amén.

Con estos votos imparto de corazón la bendición apostólica a vosotros, venerados hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, a los diáconos, a los religiosos y a las religiosas y a todos los fieles laicos, en especial, a los jóvenes y a las jóvenes que, con generosidad, acogen la voz de Jesús que los invita a su seguimiento.

Vaticano, 4 de octubre 1989, undécimo de Pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1990- Libreria Editrice Vaticana

XXVII

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II /
PARA LA XXVI JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerables hermanos en el Episcopado,
muy queridos hermanos y hermanas del mundo entero:

Con fervor cristiano, el 16 del próximo abril celebraremos la XXVI Jornada mundial de Oración por las Vocaciones. En la liturgia, el Evangelio nos presenta a Jesús, Buen Pastor, en el gesto supremo de su amor: el de dar la propia vida (Jn 10, 15) por la salvación del mundo. En el contexto de este misterio de amor, los discípulos de Jesús piden a Dios con insistencia los obreros necesarios para la mies (Mt 9, 38; Lc 10, 2) para que todos los hombres, según el designio del Padre, tengan vida en abundancia (Jn 10, 10) y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tm 2, 4).

1. Este año quiero dedicar la reflexión a las vocaciones que pueden y deben florecer en el clima educativo de la escuela, en particular de la católica. Esta, en efecto, tiene el mandato, de parte de la Iglesia, de contribuir a la formación integral del hombre y del cristiano y, por eso mismo, es llamada a favorecer los gérmenes de vocación que el Espíritu Santo deposita en el alma de los jóvenes; y por su naturaleza debe, de igual modo, cooperar en la preparación de personas capaces de anunciar el Evangelio en términos accesibles a la cultura de hoy, caracterizada por una preocupante lejanía o desatención a los valores evangélicos.

Al dirigirme a las instituciones educativas de inspiración católica, deseo confirmar la alta estima que tengo por su responsabilidad formativa en el seno de toda la comunidad eclesial y el aprecio y confianza que siento por ellas. Pero mis reflexiones se dirigen también a todos los educadores cristianos que trabajan en instituciones educativas no católicas, donde, además de las dotes de competencia y profesionalidad, aportan su testimonio personal de fe.

2. La escuela católica tiene un deber que cumplir también en nuestros días, como señalaron el Concilio Vaticano II (cf. *Gravissimum educationis*, 8) y posteriores documentos del Magisterio. La multiplicidad y la contradicción de los mensajes culturales y de los modelos de vida que impregnan el ambiente en el que vive hoy la juventud, amenazan con alejarla de los valores de la fe, incluso cuando crece en familias cristianas. La escuela católica que no se limita a dar una formación puramente doctrinal, sino que se propone aquel ambiente educativo en el que es posible vivir la experiencia comunitaria de fe, de oración y de servicio, puede tener un papel importante y decisivo en asegurar a los jóvenes una orientación de vida inspirada en la sabiduría del Evangelio. El testimonio solidario de una comunidad educativa y el clima de fe que en ella se respira, constituyen el servicio peculiar que la escuela católica debe prestar a la formación cristiana de la juventud. Su acción será eficaz especialmente si va coordinada con la de la familia, estableciendo con ella un vínculo directo.

3. Pero la educación impartida en la escuela católica, debiendo formar en el sentido cristiano de la vida, no podrá eludir el problema de la opción vocacional. ¿Qué significa preparar para la vida sino ayudar a tomar conciencia del proyecto divino que cada uno lleva grabado dentro de sí? Educar, significa ayudar a descubrir la propia vocación en la Iglesia y en la sociedad humana. Una escuela que educa debe hablar de la vocación no sólo en forma genérica sino indicando las diversas modalidades en las que se concreta la llamada fundamental al don de sí mismo, comprendida la de una entrega total a la causa del reino de Dios. Todos los educadores de la escuela católica, religiosos y seculares,

gradualmente y con discernimiento de fe, sepan hacer resonar, en forma también personalizada, la llamada de Cristo y de su Iglesia. Este hacerse eco de la llamada divina será tanto más positivo, cuanto más sea valorado por el ejemplo de su vida misma y sostenido por la oración.

4. Ayudar a tomar conciencia de la propia vocación es necesario, pero no es suficiente. No basta conocer para tener la fuerza de actuar. Hoy los jóvenes encuentran, a menudo, en torno a sí no sólo falsas imágenes de vida, sino incitaciones y condicionamientos que pueden obstaculizar una elección libre y generosa. La escuela católica prestará una ayuda valiosa a la elección vocacional, aportando motivaciones, favoreciendo experiencias y creando un ambiente de fe, de generosidad y de servicio que puedan librar a los jóvenes de aquellas condiciones que hacen aparecer "no apetecible" o imposible la respuesta a la llamada de Cristo.

5. Obrando de esta manera la escuela católica se pone al servicio del verdadero crecimiento de los jóvenes y responde a sus legítimas expectativas para una orientación de su vida inspirada cristianamente. Al propio tiempo cumple las propias responsabilidades con respecto a la comunidad eclesial. Es preciso subrayar también con claridad la naturaleza eclesial de la escuela católica: es la Iglesia quien le reconoce la capacidad de educar cristianamente a la juventud. Es la Iglesia quien por su medio, se hace madre de vida y maestra de fe para tantas generaciones de jóvenes. Por esto, la escuela católica, respetando la libre elección de los jóvenes y la autonomía de las materias escolares, en el conjunto de su proyecto educativo, debe tener siempre presente las necesidades y esperanzas de la comunidad eclesial, entre las que, en primer lugar, se encuentran las vocaciones religiosas y sacerdotales.

6. Mi pensamiento se dirige también a los padres que confían la educación de sus hijos a la escuela católica. Les invito a fundamentar sobre razones de fe su elección. Esta es plenamente coherente cuando se inspira, ciertamente, en fines culturales y formativos, pero sobre todo en las exigencias de la vida cristiana. Les exhorto a ser una parte cada vez más responsable y activa dentro de la comunidad educativa de la escuela católica. Presten un apoyo eficaz para que esta escuela consiga siempre mejor los propios fines de educación integral, humana y cristiana; y cooperen en el crecimiento de sus hijos en la fe respetando y apoyando su elección, también cuando se orienta a la generosidad radical del Evangelio. No olviden que la felicidad de sus hijos como personas está ligada a la respuesta coherente a la llamada íntima del Señor. Y recuerden que un hijo o una hija entregado al Señor nunca se debe considerar como perdido sino más bien como ganado tanto para la Iglesia como para la familia misma.

7. Dirijo todavía un pensamiento especial a los jóvenes que frecuentan las escuelas católicas, teniendo presente también a toda la juventud cristiana, llamada a la elección valiente de fe, sea cual sea el tipo de escuela que frecuenta.

A vosotros que tenéis la posibilidad y la suerte de crecer en una escuela inspirada cristianamente os digo que la vuestra es una situación privilegiada. La Iglesia empeña fuerzas pastorales preciosas en vuestra escuela y precisamente por esto necesita vuestra colaboración. Enriqueced vuestra inteligencia con el estudio crítico y profundo de las diversas materias. Esto robustecerá vuestra fe y os facultará para dar un testimonio cristiano más eficaz frente al mundo. Aprended de vuestra escuela aquella integración entre fe y cultura tan difícil de conseguir en un ambiente social no siempre penetrado de valores cristianos. Aprended, sobre todo, a realizar una síntesis constructiva entre fe y vida.

Encontraréis muchas propuestas de vida cristiana en el ambiente de vuestra escuela, ciertamente más que en otra parte. Está en vuestras manos no dejar que se pierdan, antes bien acogerlas en un terreno bien dispuesto para que den frutos saludables. Abríos a la oración y a la Palabra que alimenta la fe; ejercitaos en el ejercicio de la caridad; colaborad en las iniciativas de servicio, especialmente en favor de los "últimos". Sed testigos de Cristo frente a vuestros coetáneos. De este modo fortaleceréis vuestra vida de creyentes, seguros de comprometeros en una causa grande y podréis sentir mejor la voz del Espíritu Santo. Y si esta voz os llama a un amor más elevado y generoso, no tengáis miedo.

¡Animo, jóvenes! ¡Cristo os llama y el mundo os espera! Recordad que el reino de Dios necesita vuestra entrega generosa y total. No seáis como el joven rico que, invitado por Cristo, no supo decidirse y permaneció con sus bienes y con su tristeza (Mt 19, 22), él, que había sido interpelado por una mirada de amor (Mc 10, 21). Sed como aquellos pescadores que, llamados por Jesús, dejaron todo inmediatamente y llegaron a ser pescadores de hombres (Mt 4, 18-22).

¡Señor Jesús!,
Pastor de nuestras almas,
que continúas llamando con tu mirada de amor
a tantos y a tantas jóvenes
que viven en las dificultades del mundo de hoy,
abre su mente para oír
entre tantas voces que resuenan a su alrededor,
tu voz inconfundible, suave y potente,
que también repite hoy: "Ven y sígueme".

Mueve el corazón
de nuestra juventud a la generosidad
y hazla sensible a las esperanzas
de los hermanos que piden solidaridad
y paz, verdad y amor.

Orienta el corazón de los jóvenes
hacia la radicalidad evangélica
capaz de revelar al hombre moderno las inmensas riquezas de tu caridad.

¡Llámalos con tu bondad, para atraerlos a Ti!
¡Préndelos con tu dulzura, para acogerlos en Ti!
¡Envíalos en tu verdad, para conservarlos en Ti!

Amén.

Mientras confío que el Señor Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, acoja las oraciones de su Iglesia, invoco la abundancia de las gracias divinas sobre todos vosotros, venerables hermanos en el Episcopado, sobre los sacerdotes, religiosos y religiosas, y sobre todo el pueblo cristiano, en especial sobre todos los que se preparan a las órdenes sagradas y a la vida consagrada, y de corazón imparto la bendición apostólica, pensando especialmente en cuantos promueven el incremento de las vocaciones sagradas.

Vaticano, 2 de febrero, fiesta de la Presentación del Señor, del año 1989, XI de mi pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1989- Libreria Editrice Vaticana

XXVI

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II
PARA LA XXV JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES - 1988

Venerados hermanos en el Episcopado,
muy queridos hermanos y hermanas del mundo entero:

1. Con ánimo lleno de alegría y esperanza, en el clima del gozo pascual, el domingo 24 de abril próximo, celebraremos la Jornada mundial de Oración por las Vocaciones.

Han pasado 25 años desde que el inolvidable Papa Pablo VI, de venerada memoria, invitó a toda la Iglesia a orar, en una Jornada especial, por las vocaciones consagradas, lo cual se fundamenta en la enseñanza (Mt 9, 38; Lc 10, 2) y en el ejemplo de Cristo (Lc 6, 12); en la naturaleza misma de la vocación, realidad misteriosa y trascendente, cuyo origen es Dios mismo; y además, en la función de la oración como colaboración eficaz en el plan salvífico del Padre.

Es consolador comprobar, en estos últimos años, en diversas partes del mundo, un notable aumento de los candidatos al sacerdocio o de los que expresan el deseo de seguir a Cristo por el camino de los "consejos evangélicos". Ello es una prueba más de que el empeño y la constancia en la tarea vocacional ofrecen preciosos frutos a los que trabajan en la viña del Señor con corazón confiado, sincero y constante. En efecto, la crisis se va superando progresivamente allí donde se vive con intensidad la fe, se realiza la nueva evangelización y se encarna el misterio pascual de Jesús en la vida de la persona.

2. Hoy día se siente vivamente en la Iglesia la necesidad y la urgencia de tener continuadores en el orden sagrado, en las misiones, en las diversas congregaciones religiosas y en los institutos seculares.

Resuenan como apremiante invitación las palabras del Señor: "Alzad vuestros ojos y contemplad los campos que ya están blanquecinos para la siega" (Jn 4, 35). "Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt 9, 38). Es esencial acoger esta invitación con fe llena de esperanza. Sin una oración específica, frecuente, perseverante y confiada, no puede existir verdadera pastoral vocacional. Esta oración debe reflejar la propia disposición interior a colaborar activamente en la promoción de las vocaciones; debe hacerse todo lo posible, no sólo para despertar vocaciones, sino también para la perseverancia de los "llamados", para su santificación y para la eficacia de su misión.

3. La Jornada de las Vocaciones adquiere un relieve especial en el marco del Año Mariano que reúne a todos, Pastores y fieles, en torno a María, Madre del Redentor, modelo de todos "los llamados" y mediadora de las vocaciones.

Cada uno de los llamados, al elevar su mirada a María, encuentra en Ella un modelo perfecto para el conocimiento del designio de Dios; para seguir con decisión al Señor según su voluntad; para aceptar con humildad y gozo los sacrificios que conlleva esta elección de servicio y amor (cf. Lc 1, 28-38; Jn 19, 25).

La comunidad creyente, al mismo tiempo que cumple su deber en lo que se refiere al cuidado de las vocaciones, ve en María Santísima a Aquella que "con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna" (Lumen gentium, 62) —y por tanto también los dones de las vocaciones— y la invoca como Madre de todas

las vocaciones. En efecto, con amor de madre, Ella coopera en la regeneración y formación de los hijos e hijas de la Iglesia. Las palabras que le dilo Jesús desde la cruz: "Mujer, he ahí a tu hijo", y al discípulo: "He ahí a tu Madre" (Jn 19, 26-27), son las palabras que determinan el lugar de María en la vida de los discípulos de Cristo y expresan su nueva maternidad espiritual, en el orden de la gracia, porque Ella implora el don del Espíritu Santo, que suscita nuevos hijos de Dios (cf. Redemptoris Mater, 44).

4. Dirijamos, pues, nuestra mirada a María para ver y admirar no sólo a la que, escogida, preanunciada, preparada y llamada, respondió mejor que nadie a la especial vocación de la que Dios la hizo objeto, sino a Aquella que, más que nadie, vela para que el designio de salvación alcance a todos y a cada uno, según la admirable disposición de Dios que a todos llama a colaborar con Él (cf. 1 Tim 2, 4).

Exhorto a mis hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes y sus colaboradores, a las órdenes y congregaciones religiosas, particularmente a las que, por un carisma especial, se dedican al servicio de las vocaciones, a los catequistas, a los maestros y a cuantos de alguna forma están comprometidos en el apostolado vocacional, a que, el domingo del Buen Pastor, y a lo largo de todo este Año Mariano, pongan de relieve en sus catequesis esta presencia materna de María en el despertar y guiar las vocaciones.

Los santuarios marianos, esparcidos por todo el mundo, se conviertan en lugares privilegiados de animación vocacional y en centros de oración fervorosa por las vocaciones, para que, bajo el patrocinio de María, nuestras plegarias al Dueño de la mies sean acogidas favorablemente.

Exhorto, una vez más, a las familias cristianas, definidas como el primer seminario y reserva insustituible de vocaciones (cf. Optatam totius, 2), a que creen un clima de oración cristiana y mariana que favorezca entre sus hijos la acogida de la llamada del Señor, su generosa respuesta y su perseverancia gozosa.

Para los jóvenes sobre todo, mi mensaje se hace invitación y exhortación. Quisiera que la juventud del mundo entero se acercase más a María. Ella es portadora de un signo indeleble de juventud y belleza que no pasan jamás. Que los jóvenes tengan cada vez más su confianza en Ella y que confíen a Ella la vida que se abre ante ellos.

A María, Madre de la divina gracia, confío las vocaciones. La nueva primavera de vocaciones, su aumento en toda la Iglesia, sea en nuestro tiempo, y en el mundo entero, una prueba especial de su presencia materna en el misterio de Cristo y en el misterio de su Iglesia.

Oremos:

«A Ti nos dirigimos, Madre de la Iglesia, A Ti, que con tu "fiat" has abierto la puerta a la presencia de Cristo en el mundo, en la historia y en las almas, acogiendo con humilde silencio y total disponibilidad la llamada del Altísimo.

Haz que muchos hombres y mujeres escuchen, también hoy, la voz apremiante de tu Hijo: "Sígueme". Haz que tengan el valor de dejar sus familias, sus ocupaciones, sus esperanzas terrenas y sigan a Cristo por el camino que Él les señale.

Extiende tu maternal solicitud sobre los misioneros esparcidos por el mundo entero; sobre los religiosos y religiosas que asisten a los ancianos, enfermos, impedidos y huérfanos; sobre los que trabajan en el campo de la enseñanza; sobre los miembros de

los institutos seculares, fermento silencioso de buenas obras; sobre quienes, en la clausura, viven de fe y amor y oran por la salvación del mundo. Amén».

Con estos deseos, imparto de corazón la bendición apostólica a vosotros, venerables hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes, religiosos y religiosas, a todo el Pueblo de Dios y, en especial, a los jóvenes y a las jóvenes que con generoso entusiasmo acogen la invitación de Jesús a seguirle.

Vaticano, 16 de octubre de 1987.

JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1988 - Libreria Editrice Vaticana

XXV

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II
PARA LA XXIV JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerables hermanos en el Episcopado,
queridísimos hermanos y hermanas del mundo entero:

El próximo domingo, 10 de mayo, la Iglesia universal celebrará la XXIV Jornada mundial de Oración por las Vocaciones.

Es ésta una ocasión que se ofrece, una vez más, a toda la comunidad cristiana y a cada uno de los bautizados para orar y trabajar por el incremento de las vocaciones a los ministerios ordenados, a la vida misionera, a la profesión de los consejos evangélicos.

Con el presente Mensaje deseo dirigirme particularmente a los cristianos laicos y encarecerles el compromiso y la responsabilidad a que les llama ya el próximo Sínodo de los Obispos que, dentro de pocos meses, como es sabido, estudiará el tema: "Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo veinte años después del Concilio Vaticano II".

"Mirad vuestra vocación" (1 Cor 1, 26).

1. El Señor Jesús, al fundar la Iglesia, "constituyó a unos apóstoles, a otros profetas; a éstos, evangelistas; a aquéllos, pastores y doctores, para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo" (Ef 4, 11-12).

Todos en la Iglesia hemos recibido una vocación. La atención a la misma no debe limitarse a la esfera personal, sino a contribuir también al desarrollo de otras vocaciones. Las diferentes vocaciones son entre sí complementarias y todas convergen en la única misión.

"En la medida del don de Cristo" (Ef 4, 7).

2. Por esto me dirijo en especial a los padres cristianos, que tienen una misión de primer orden en la Iglesia y en la sociedad. Efectivamente, donde germinan y brotan vocaciones sacerdotales y religiosas las más de las veces, es sobre todo en la familia. No en vano el Concilio llama a la familia "primer seminario", recomendando que en ella se creen las condiciones favorables para su desarrollo (cf. *Optatam totius*, 2).

Ciertamente entre los servicios que los padres pueden prestar a sus hijos ocupa el primer lugar el de ayudarles a descubrir y a vivir la llamada que Dios les hace sentir, incluida la "sagrada" (cf. *Gaudium et spes*, 52; *Familiaris consortio*, 53).

Queridos padres cristianos: Si el Señor os implica, en su designio de amor, llamando a un hijo vuestro o a una hija, sed generosos y consideraos muy honrados. La vocación sacerdotal o religiosa es un don especial de la familia y, al mismo tiempo, un don a la familia.

La Iglesia espera mucho, también, de todos los que tienen responsabilidad en el campo de la educación juvenil.

Hago un llamamiento particular a los catequistas, hombres y mujeres que desarrollan su importante actividad en la comunidad cristiana. Quisiera recordar a este propósito, cuanto he escrito en la Exhortación Apostólica sobre la catequesis: "En lo que se refiere por ejemplo a las vocaciones para la vida sacerdotal y religiosa, es cosa cierta que muchas de ellas han nacido en el curso de una catequesis bien llevada a lo largo de la infancia y de la adolescencia" (Catechesi tradendae, 39).

Grande es también la aportación que pueden dar a las vocaciones los maestros y todos los laicos comprometidos en la escuela, en especial en la católica, que en todas las partes del mundo acoge innumerables legiones de jóvenes.

La escuela católica debe constituir una comunidad educativa capaz de proponer no sólo un proyecto de vida humano y cristiano, sino también los valores de la vida consagrada.

Además, los Movimientos, los Grupos y las Asociaciones católicas, tanto a nivel central como a nivel local, deben distinguirse por un empeño coherente y generoso en el campo vocacional. En la medida en que se abran a los intereses de la Iglesia universal, crecerán cada vez más y verán florecer en el seno de sus grupos tantas vocaciones consagradas que serán el testimonio evidente de su vitalidad y madurez cristianas.

Por consiguiente se debe considerar pobre una comunidad eclesial que carezca del testimonio de las personas consagradas.

"Rogad al Dueño de la mies..." (Mt 9, 38).

3. Ante el fenómeno del bajo número de los que se consagran al sacerdocio y a la vida religiosa, no podemos permanecer pasivos, sin hacer nada de cuanto esté en nuestras posibilidades. Ante todo podemos hacer mucho con la oración. El mismo Señor nos recomienda: "Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (cf. Mt 9, 38; Lc 10, 2).

La oración por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada es un deber de todos y un deber de siempre. El futuro de las vocaciones está en las manos de Dios, pero en cierto sentido también está en nuestras manos. La oración es nuestra fuerza: con ella las vocaciones no faltarán, ni la voz divina dejará de ser escuchada. Oremos al Maestro para que ninguno se sienta ajeno o indiferente a esta voz, antes al contrario, se interrogue a sí mismo y mida su propia capacidad, o mejor, redescubra sus propias reservas de generosidad y de responsabilidad. Ninguno se sustraiga a este deber.

Oremos así al Divino Redentor:

Señor Jesús,
como llamaste un día a los primeros discípulos
para hacerles pescadores de hombres,
continúa también haciendo resonar hoy
tu dulce invitación: ¡Ven y sígueme!

Da a los jóvenes y a las jóvenes
la gracia de responder prontamente a tu voz.

Sostén en sus fatigas apostólicas
a nuestros obispos, sacerdotes y personas consagradas.

Da perseverancia a nuestros seminaristas

y a todos los que están realizando un ideal de vida totalmente consagrado a tu servicio.

Despierta en nuestra comunidad el empeño misionero.
Manda, Señor, operarios a tu mies
y no permitas que la humanidad se pierda
por falta de pastores, de misioneros,
de personas entregadas a la causa del Evangelio.

María, Madre de la Iglesia,
modelo de toda vocación,
ayúdanos a decir "sí" al Señor que nos llama
a colaborar en el designio divino de salvación.

Amén.

Con la confianza de que el Señor acoja nuestras súplicas, invoco la abundancia de los favores celestiales sobre todos vosotros, venerables hermanos en el Episcopado, sobre los sacerdotes, los religiosos y religiosas y sobre todos los fieles, e imparto de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 11 de febrero, memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, del año 1987, IX de nuestro pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1987 - Libreria Editrice Vaticana

XXIV

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II
PARA LA XXIII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerados hermanos en el Episcopado,
queridos hermanos y hermanas de todo el mundo:

Es para mí motivo de profunda alegría y de gran esperanza dirigir a todo el Pueblo de Dios un especial Mensaje para la XXIII Jornada mundial de Oración por las Vocaciones, que se celebrará, como de costumbre, el IV domingo de Pascua, dedicado al Buen Pastor.

Es ésta una ocasión privilegiada para tomar conciencia de nuestra responsabilidad de colaborar, mediante la oración perseverante y la acción unánime, en la promoción de las vocaciones sacerdotales, diaconales, religiosas masculinas y femeninas, consagradas en los institutos seculares, misioneras.

A veinte años del Concilio

1. Sobre el tema de las vocaciones el Concilio Vaticano II nos ha ofrecido un riquísimo patrimonio doctrinal, espiritual y pastoral. En sintonía con su profunda visión de la Iglesia, afirma solemnemente que el deber de hacer crecer las vocaciones "conciene a toda la comunidad cristiana" (*Optatam totius*, 2). A veinte años de distancia, la Iglesia se siente llamada a verificar la fidelidad a esta gran idea-madre del Concilio en vistas de un ulterior empeño.

A este respecto, se advierte sin duda un general aumento del sentido de responsabilidad en las diversas comunidades. No obstante los problemas, los desafíos y las dificultades de los últimos veinte años, aumentan continuamente los jóvenes que escuchan la llamada del Señor y en todas las partes del mundo se hacen cada vez más tangibles los signos de un resurgir, que anuncian una nueva primavera de las vocaciones.

Esto nos llena a todos de un gran consuelo y no cesamos de dar gracias a Dios por su respuesta a la oración de la Iglesia. Sin embargo, los frutos deseados por el Concilio, aunque abundantes, no han llegado aún a plena maduración. Se ha hecho mucho, pero queda aún muchísimo por hacer.

Así, pues, es mi deseo hacer que la atención del Pueblo de Dios se centre especialmente sobre las tareas específicas de las comunidades parroquiales, de las cuales el Concilio espera, junto con la aportación de la familia, la "máxima contribución" al crecimiento de las vocaciones (cf. *Optatam totius*, 2).

La comunidad parroquial revela la perenne presencia de Cristo que llama

2. Mi pensamiento afectuoso se dirige, por tanto, a todas y cada una de las comunidades parroquiales del mundo: pequeñas o grandes, situadas en los grandes centros urbanos o dispersas en los lugares más difíciles, ellas "representan de alguna manera a la Iglesia visible establecida por todo el orbe" (*Sacrosanctum Concilium*, 42).

Es sabido que el Concilio ha confirmado la fórmula parroquial como expresión normal y primaria, aunque no exclusiva, de la cura pastoral de las almas (cf. *Apostolicam actuositatem*, 10). Por tanto, la preocupación por las vocaciones no puede ser considerada como una actividad marginal, sino que debe integrarse plenamente en la

vida y en las actividades de la comunidad. Este empeño se ha hecho aún más apremiante a causa de las crecientes necesidades del tiempo presente.

El pensamiento vuela inmediatamente a tantas comunidades parroquiales que los obispos se ven obligados a dejar sin Pastores, tanto, que se hace siempre actual el lamento del Señor: "La mies es mucha, pero los obreros pocos" (Mt 9, 37).

La Iglesia tiene una inmensa necesidad de sacerdotes. Es ésta una de las urgencias más graves que interpelan a las comunidades cristianas. Jesús no quiere una Iglesia sin sacerdotes. Si faltan los sacerdotes, falta Jesús en el mundo, falta su Eucaristía, falta su perdón. Para su propia misión la Iglesia tiene también una inmensa necesidad de abundancia de las otras vocaciones consagradas.

El pueblo cristiano no puede aceptar con pasividad e indiferencia la disminución de las vocaciones. Las vocaciones son el futuro de la Iglesia. Una comunidad pobre en vocaciones empobrece a toda la Iglesia; por el contrario, una comunidad rica en vocaciones es una riqueza para toda la Iglesia.

Responsabilidades particulares de los Pastores

3. La comunidad parroquial no es una realidad abstracta, sino que está constituida por todos los componentes: laicos, personas consagradas, diáconos, presbíteros; ella es el lugar natural de las familias, de las auténticas comunidades de base, de los diversos movimientos, grupos y asociaciones. Nadie puede estar ausente en una tarea tan importante. Han de alentarse todas las iniciativas, promovidas en diversos países, con la finalidad de interesar en el problema a las parroquias, tales como las comisiones o centros parroquiales para las vocaciones, actividades catequísticas específicas, grupos vocacionales y otras semejantes.

Sin embargo, si el Pueblo de Dios está llamado a colaborar en el aumento de las vocaciones, esto no disminuye la responsabilidad específica de aquellos que desempeñan particulares ministerios: los párrocos y sus colaboradores en la cura de almas, unidos al obispo, son los continuadores auténticos de la misión de Jesús, Buen Pastor, que ofrece la vida por sus ovejas, las conoce y "llama a cada una por su nombre" (Jn 10, 3). Todos debemos sentirnos agradecidos hacia estos infatigables operarios del Evangelio, que dan testimonio de la paternidad de Dios para todo hombre.

El Concilio reconoce el valor insustituible del servicio de los presbíteros y afirma expresamente que el cuidado de las vocaciones es una "función que forma parte de la misión sacerdotal misma" (Presbyterorum ordinis, 11).

Gracias al ejemplo y a la palabra de tantos ministros suyos, Cristo ha llamado en el corazón de muchos jóvenes y adultos, obteniendo en el curso de la historia respuestas generosas de apóstoles y de santos. Los sacerdotes han tenido siempre un papel importante para las vocaciones.

Irradiad, por tanto, vuestro sacerdocio, queridos hermanos en el presbiterado, para que no falten nunca continuadores del ministerio que os ha sido confiado. Sed maestros de oración y no descuidéis el precioso servicio de la dirección espiritual para ayudar a los llamados a discernir la voluntad de Dios sobre ellos.

¡Cuento mucho con vosotros para un creciente florecimiento de vocaciones! No olvidéis que el fruto mejor de vuestro apostolado y el gozo más grande de vuestra vida serán las vocaciones consagradas, que Dios suscitará mediante vuestra ferviente acción pastoral.

Condiciones para una eficaz fecundidad vocacional

ç4. Me dirijo ahora a vosotros, queridos hermanos y hermanas, para presentaros algunas metas esenciales y algunos puntos fundamentales, mediante los cuales vuestra comunidad podrá transformarse en un eficaz instrumento de las llamadas de Dios.

– ¡Sed una comunidad viva! Es un punto que el Concilio afirma con vigor: una comunidad promueve las vocaciones "sobre todo por medio de una vida perfectamente cristiana" (*Optatam totius*, 2). No me cansaré de repetir, como lo he hecho en varias ocasiones, que las vocaciones son el signo evidente de la vitalidad de una comunidad eclesial.

En efecto, ¿quién puede negar que la fecundidad es una de las características más claras del ser vivo?

Una comunidad sin vocaciones es como una familia sin hijos. En ese caso ¿no es de temer que nuestra comunidad tenga poco amor hacia el Señor y hacia su Iglesia?

– ¡Sed una comunidad orante! Es necesario convencerse de que las vocaciones son el don inestimable de Dios a una comunidad en oración. El Señor Jesús nos ha dado ejemplo cuando llamó a los Apóstoles (cf. Lc 6, 12) y ha mandado expresamente rogar "al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt 9, 38; Lc 10, 2).

Para esta intención debemos orar todos, debemos orar siempre y debemos unir a la oración la colaboración activa. La Eucaristía, fuente, centro y culmen de la vida cristiana, sea el centro vital de la comunidad que ruega por las vocaciones.

Los enfermos y todos los que sufren en el cuerpo y en el espíritu sepan que su oración, unida a la cruz de Cristo, es la fuerza más poderosa de apostolado vocacional.

– ¡Sed una comunidad que llama! Frecuentemente y en todo el mundo los jóvenes me hacen preguntas sobre la vocación, sobre el sacerdocio y sobre la vida consagrada. Es un indicio del gran interés por el problema, pero indica también la necesidad de evangelización y de catequesis específica. Que nadie por culpa nuestra ignore lo que debe saber para realizar el plan de Dios.

Pero no es suficiente un anuncio genérico de la vocación para que surjan vocaciones consagradas. Dada su originalidad, estas vocaciones exigen una llamada explícita y personal.

Es el método usado por Jesús. En mi Carta Apostólica "A los jóvenes y a las jóvenes del mundo", con ocasión del Año Internacional de la Juventud, he tratado de poner de relieve este punto. El diálogo de Jesús con los jóvenes se concluye con una invitación explícita a su seguimiento: desde una vida según los mandamientos, a la aspiración a "algo más", mediante el servicio sacerdotal o la vida consagrada (cf. n. 8).

Os exhorto, por tanto, a hacer actuales para el mundo de hoy las llamadas del Salvador, pasando de una pastoral de espera a una pastoral de propuesta. Esto vale no sólo para los sacerdotes con cura de almas, para las personas consagradas y para los responsables de las vocaciones a todo nivel, sino también para los padres de familia, los catequistas y los demás educadores de la fe.

Toda comunidad tiene esta certeza: ¡El Señor no cesa de llamar! Pero tiene también otra certeza: Él quiere tener necesidad de nosotros para hacer llegar sus llamadas.

– ¡Sed una comunidad misionera! En una Iglesia toda misionera, cada comunidad compromete sus fuerzas para anunciar a Cristo, sobre todo en el ámbito de la propia realidad local, aunque sin cerrarse sólo en sí misma y dentro de sus propios límites.

El amor de Dios no se detiene en las fronteras del propio territorio, sino que las supera para llegar a los hermanos de otras comunidades lejanas. ¡El Evangelio de Jesús debe conquistar el mundo!

Ante las graves necesidades del hombre de hoy, ante las apremiantes demandas de poder disponer de más misioneros, muchos jóvenes escucharán la llamada de Dios a dejar el propio país para dirigirse donde las necesidades son más urgentes. No faltará quien responderá generosamente como el Profeta Isaías: "¡Heme aquí, envíame a mí!" (Is 6, 8).

Plegaria

5. Concluyendo estas reflexiones, con la confianza de que la próxima Jornada mundial constituirá una ocasión favorable para que cada comunidad crezca en la fe y en el empeño vocacional, invito a todos a unirse a mí en esta oración:

Oh Jesús, Buen Pastor,
suscita en todas las comunidades parroquiales
sacerdotes y diáconos, religiosos y religiosas,
laicos consagrados y misioneros,
según las necesidades del mundo entero,
al que tú amas y quieres salvar.

Te confiamos en particular nuestra comunidad;
crea en nosotros el clima espiritual
que había entre los primeros cristianos,
para que podamos ser un cenáculo
de oración en amorosa acogida del Espíritu Santo y de sus dones.

Asiste a nuestros Pastores
y a todas las personas consagradas.

Guía los pasos de aquellos
que han acogido generosamente tu llamada
y se preparan a las órdenes sagradas
o a la profesión de los consejos evangélicos.

Vuelve tu mirada de amor
hacia tantos jóvenes bien dispuestos
y llámalos a tu seguimiento.

Ayúdales a comprender
que sólo en Ti pueden realizarse plenamente.

Confiando estos grandes intereses de tu Corazón
a la poderosa intercesión de María,
Madre y modelo de todas las vocaciones,
te suplicamos que sostengas nuestra fe
con la certeza de que el Padre concederá

lo que Tú mismo has mandado que pidamos.

Amén.

Con estos votos, os imparto de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 6 de enero de 1986.

JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1986 - Libreria Editrice Vaticana

XXIII

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II
PARA LA XXII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerados hermanos en el Episcopado,
queridos hijos e hijas de todo el mundo:

1. La XXII Jornada mundial de Oración por las Vocaciones, que se celebrará, como todos los años, el IV domingo de Pascua, es una ocasión en la que, como Pastor de la Iglesia universal, siento el urgente deber de exhortar a todos los bautizados a colaborar con la oración incesante y la acción pastoral en la promoción de las vocaciones sacerdotales, de las vocaciones a la vida consagrada en sus múltiples formas, de las vocaciones al compromiso misionero. Es éste un problema vital que se ubica en el corazón mismo de la Iglesia; en efecto, de su solución depende su porvenir, su desarrollo y su misión universal de salvación.

Desde que el inolvidable Pablo VI quiso instituir esta Jornada mundial, los Mensajes pontificios, aunque dirigidos a todo el Pueblo de Dios, han tenido como destinatarios privilegiados a los jóvenes. Esta atención asume en cierto modo una motivación y un significado singulares en este año 1985 que, como es sabido, ha sido proclamado por las Naciones Unidas "Año Internacional de la Juventud".

Es ésta una cita a la cual la Iglesia no quiere faltar. Tiene ciertamente la intención de ofrecer contribuciones y aportes originales relativos a la fe y a los valores cristianos. Numerosas iniciativas han sido ya programadas y otras serán promovidas, tanto a nivel de Iglesia universal como a nivel de Iglesias particulares. Yo mismo he dirigido una invitación a los jóvenes de todo el mundo para un gran encuentro en Roma, el Domingo de Ramos, para proclamar juntos que "Cristo es nuestra paz".

Un vivo deseo mío es que en este año se promuevan, de una forma extraordinaria entre los jóvenes, las vocaciones consagradas. La Jornada mundial es un punto ideal de referencia para una acción más vasta y más incisiva. Y es éste el testimonio específico que las comunidades cristianas esperan de los jóvenes. En esta perspectiva mi palabra se dirige, en primer lugar, a las nuevas generaciones y, luego, a todos los que tienen responsabilidades pastorales y educativas.

2. ¡Jóvenes, Cristo os ama! He aquí el feliz anuncio que no puede menos que llenaros de admiración. Mi mensaje para vosotros no puede ser otro que el mismo del Evangelio: Cristo tiene por vosotros, jóvenes, un amor de predilección y os desafía al amor.

Mi diálogo con vosotros ha conocido ya los caminos del mundo y en todas partes he encontrado jóvenes sedientos de amor y de verdad, aunque agobiados por muchos interrogantes y problemas sobre el sentido de la propia vida.

No es raro, por desgracia, el peligro de caer bajo falsos guías y falsos maestros, que intentan seduciros, abusar de vuestra generosidad e incluso impulsaros hacia actividades que engendran tan sólo amargura y desilusión.

Quisiera ahora preguntaros: ¿Habéis encontrado a Aquel que se ha proclamado el único verdadero "Maestro" (Mt 23, 8)? ¿No sabéis que sólo Él "tiene palabras de vida eterna" (Jn 6, 68) y posee las respuestas verdaderas a vuestros problemas?

El amor de Cristo es la fuerza más grande del mundo, es vuestra fuerza. ¿Habéis realizado este maravilloso descubrimiento? Cuando un joven o una joven ha encontrado personalmente a Cristo y ha descubierto su amor, tiene confianza en Él, escucha su voz, se decide a seguirlo, dispuesto a todo, incluso a dar la vida por Él.

3 ¡Jóvenes, Cristo os llama! El amor conoce diversos caminos, pues son diferentes las tareas que Él confía a cada uno y a cada una de vosotros.

En el ámbito de la vida cristiana todo bautizado ha recibido del Señor su "llamada", y todas las vocaciones son importantes, todas merecen gran estima y reconocimiento, todas deben ser escuchadas y seguidas con generosidad. Sin embargo, el Señor Jesús, al fundar la Iglesia, quiso instituir ministerios particulares, que Él confía a aquellos de entre sus discípulos a quienes libremente elige.

Es así que a muchos de vosotros, a más de cuantos se podría suponer, el Divino Redentor quiere haceros partícipes del sacerdocio ministerial para dar a la humanidad la Eucaristía, para perdonar los pecados, para predicar el Evangelio, para guiar las comunidades. Cristo cuenta con vosotros para esta misión maravillosa. Los sacerdotes son necesarios al mundo porque Cristo es necesario.

A muchos de vosotros Jesús os pide dejarlo todo para seguirle a Él pobre, casto, obediente. A muchas jóvenes dirige la llamada misteriosa a vivir un proyecto de amor exclusivo a Él en la vida virginal.

¿Pensáis acaso que estas llamadas se refieran a otros y no puedan dirigirse, quizá, a vuestra persona? ¿Os parecen muy difíciles porque comportan renunciaciones, sacrificios y hasta la entrega de la vida?

Observad la prontitud de los Apóstoles. Observad la magnífica experiencia de miles y miles de sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, laicos consagrados, misioneros que han llegado hasta el heroísmo para dar testimonio a la humanidad de Cristo muerto y resucitado.

Observad la generosidad de miles y miles de jóvenes, que en los seminarios, en los noviciados y en otras instituciones de formación se están preparando a las órdenes sagradas, a la profesión de los consejos evangélicos, al mandato misionero. A todos estos jóvenes vaya mi expresión de aliento y la invitación a proponer a sus coetáneos el ideal que están realizando.

4. ¡Jóvenes, Cristo os manda! "Id a todo el mundo y anunciad el Evangelio a toda creatura" (Mc 16, 15). Estas palabras pronunciadas por el Señor antes de ascender al Padre, las dirige hoy a muchos de vosotros. En el umbral del tercer milenio de la venida de Jesús, una gran multitud de hombres no ha recibido aún la luz del Evangelio y yace en graves condiciones de injusticia y miseria.

El mismo Señor revela la desproporción entre las inmensas necesidades de salvación universal y el número insuficiente de sus colaboradores. "La mies es mucha pero los operarios son pocos" (Mt 9, 37): exclamó viendo a las multitudes de todos los tiempos cansadas y agobiadas como ovejas sin pastor. En mis viajes apostólicos a todos los puntos de la tierra, constato cada vez más la actualidad del lamento del Salvador.

Sólo la gracia de Dios, solicitada por la oración, puede colmar esta dolorosa desproporción. ¿Quedaréis indiferentes escuchando el grito que sube de la humanidad?

Os exhorto a orar y también a ofrecer vuestras personas, si el Dueño de la mies quisiera enviaros como operarios a su mies (cf. Mt 9, 38).

Poneos en primera fila entre aquellos que están prontos a dejar la propia tierra para una misión sin fronteras. A través de vuestras personas Cristo quiere llegar a la humanidad entera.

5. Mi mensaje se dirige ahora a todas las comunidades cristianas, porque todas tienen responsabilidad ante los jóvenes. En particular me dirijo a vosotros, venerados hermanos en el Episcopado, y a cuantos comparten con vosotros tareas específicas pastorales y educativas: presbíteros, personas consagradas, animadores vocacionales, padres de familia, catequistas, docentes, educadores.

En este año dedicado a los jóvenes tomemos nueva conciencia de lo que ellos representan para la Iglesia.

Recordad: ¡Servir a los jóvenes es servir a la Iglesia! Es una tarea prioritaria, a la cual a menudo deben subordinarse y orientarse otras tareas, empeños, intereses.

Amad a los jóvenes como Cristo los ama. Conocedlos y daos a conocer a ellos personalmente. Id hacia ellos, pues a menudo no vendrán espontáneamente.

Haced sobre todo instrumentos valerosos de la llamada que el Señor dirige a los jóvenes.

La pastoral juvenil de base sería incompleta si no se abriera también a las vocaciones consagradas. Lo ha recalcado con fuerza también el documento conclusivo del II Congreso internacional para las Vocaciones (cf. n. 42), que de nuevo recomiendo a vuestra atención. La Iglesia ha recibido de Cristo el derecho y el deber de llamar y proponer las vocaciones consagradas: no para imponer carismas y ministerios a quien no los ha recibido del Espíritu Santo, sino para revelar el proyecto de Dios inscrito en el corazón de tantos jóvenes, a menudo sofocado por las circunstancias ambientales. Por su parte los jóvenes y las jóvenes tienen el derecho y el deber de buscar ayuda para descubrir y vivir la llamada de Dios.

Que el Año Internacional de la Juventud vea multiplicarse los esfuerzos también en este sentido. Que la Jornada mundial sea sobre todo un momento fuerte de oración por una nueva fecundidad vocacional.

6. En comunión con todos los jóvenes del mundo, elevamos nuestra oración al Dueño de la mies para que multiplique los operarios del Evangelio, en la certeza que querrá escuchar la oración que el Señor Jesús nos ha ordenado expresamente hacer:

Dios nuestro Padre,
te confiamos los jóvenes y las jóvenes del mundo,
con sus problemas, aspiraciones y esperanzas.

Vuelve hacia ellos tu mirada de amor
y hazlos operadores de paz
y constructores de la civilización del amor.

Llámalos a seguir a Jesús, tu Hijo.

Hazles comprender que vale la pena

dar enteramente la vida por Ti y por la humanidad.

Concédeles generosidad y prontitud en la respuesta.

Acoge, Señor, nuestra alabanza
y nuestra oración también por los jóvenes que,
a ejemplo de María, Madre de la Iglesia,
han creído en tu palabra y se están preparando a las órdenes sagradas,
a la profesión de los consejos evangélicos,
al empeño misionero.

Ayúdalos a comprender que la llamada que Tú les has dado es siempre actual y urgente.

Amén.

En la confiada esperanza de que el Señor no dejará de escuchar la oración de la Iglesia por las vocaciones, imparto de corazón a vosotros, venerados hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas, a todo el Pueblo de Dios y, en particular, a los jóvenes y a las jóvenes que han acogido generosamente la llamada divina, la bendición apostólica, propiciadora de abundantes favores celestiales.

Vaticano, 25 de enero de 1985.

JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1985 - Libreria Editrice Vaticana

XXII

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II PARA LA XXI JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerados hermanos en el Episcopado,
queridísimos hijos e hijas de todo el mundo:

1. Con el ánimo lleno de esperanza me dirijo a todos vosotros para invitaros a celebrar con ferviente fe y unánime participación la XXI Jornada mundial de Oración por las Vocaciones.

Como Pastor de la Iglesia universal no puedo dejar de abriros una vez más el corazón y manifestaros la solicitud que me anima constantemente por el efectivo incremento de las vocaciones al sagrado ministerio, a la vida consagrada en sus diversas formas y a la vida misionera. Se trata, en efecto, de un problema de vital y fundamental importancia para la comunidad de los creyentes y para toda la humanidad. La próxima celebración ofrece a todos, Pastores y fieles, la oportunidad de hacerse más conscientes de la responsabilidad común en orden a realizar generosamente cuanto el mismo Señor ha mandado hacer.

Colocada en el IV Domingo de Pascua, entre la solemnidad de la Resurrección y la de Pentecostés, la Jornada mundial recibe siempre de estos dos grandes misterios nueva luz y nuevos motivos de esperanza. El pasaje del Evangelio de Juan de ese domingo nos propone la sugestiva Imagen del Buen Pastor, "Él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz" (Jn 10, 3-4). El Buen Pastor, Cristo resucitado, garantiza, de manera visible, su presencia perenne en la humanidad renovada, mediante aquellos que, a través de la historia, envía continuamente para hacer realidad la obra de la salvación. También hoy Él está vivo y presente en medio de nosotros y a cada uno nos hace sentir su voz y su amor.

El Buen Pastor manifiesta el ansia de aumentar continuamente su rebaño. En efecto, hay otras ovejas que están fuera del redil (cf. Jn 10, 16). Tiene siempre presente ante sus ojos la experiencia dramática de las multitudes de todos los tiempos, "extenuadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor", que le hace exclamar: "La mies es mucha, pero los obreros pocos" (Mt 9, 36-37). El compasivo lamento del Corazón de Cristo se repite en el tiempo y nos impresiona profundamente. ¿Quién puede permanecer insensible frente al aumento vertiginoso de la necesidad de evangelización? El divino Redentor nos pide a todos la colaboración para que no falten nunca los obreros del Evangelio, para que haya siempre hombres y mujeres decididos a consagrarse enteramente al servicio del Pueblo de Dios.

2. La plegaria. La celebración de la Jornada mundial quiere ser ante todo una llamada urgente a comprender el valor del mandato de Jesús: "Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt 9, 38). No es una simple invitación, por el contrario, es una orden que desafía nuestra fe e interpela nuestra conciencia de bautizados. A nadie se le oculta que la oración, en sus múltiples formas, debe considerarse como el primero e insustituible servicio que podemos ofrecer a la gran causa de las vocaciones. Ante la enorme necesidad de sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, miembros de institutos seculares y misioneros debe surgir una gran respuesta de oración. Por eso os invito a todos vosotros, esparcidos por todo el mundo, a orar, a orar mucho, a orar continuamente por esta intención que afecta de una manera muy vital a los intereses del Reino de Dios.

La Jornada mundial haga revivir en la Iglesia el clima espiritual de los primeros discípulos reunidos en el Cenáculo esperando el Espíritu Santo: "Todos éstos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos de éste" (Act 1, 14). Cada comunidad cristiana sea un nuevo cenáculo de oración por las vocaciones: la comunidad diocesana, la parroquia, las comunidades religiosas, las familias cristianas, los grupos eclesiales y cualquier otra porción del Pueblo de Dios.

En la oración constante y universal, particularmente centrada en la Eucaristía, fuente del sacerdocio ministerial y de todas las vocaciones, radica la esperanza de la Iglesia y de la humanidad. Cristo ha empeñado su palabra y no nos negará cuanto Él mismo nos ha mandado pedir.

3. La acción. Indudablemente la insistencia sobre la oración querida por Jesús, no puede significar inercia y evasión de nuestras restantes responsabilidades. ¡Al contrario! Es voluntad del Señor que a la oración, bien entendida y vivida, se una nuestra acción y colaboración. El mismo Jesús no sólo ora y manda orar, sino que a la vez llama a los Apóstoles y a los discípulos, cuida su formación y los envía a anunciar el Evangelio.

El Concilio Vaticano II ha recordado que la laboriosa colaboración para el incremento de las vocaciones, es un deber de toda la comunidad cristiana (cf. *Optatam totius*, 2). Se trata de una acción pastoral convergente y diversificada. Por tanto, todos los bautizados, cada uno según su propia condición, deben empeñarse en hacer eficaz, con la ayuda de Dios, la acción de la Iglesia en un sector tan importante para su vida y su porvenir. Son responsables de modo particular los obispos, los sacerdotes, los diáconos, las personas consagradas, aquellos que desarrollan tareas educativas y, en primer lugar, las familias cristianas.

— A vosotros, venerados hermanos en el Episcopado, que, a imitación del Buen Pastor, guiáis con amor vigilante el rebaño que os ha sido confiado, llegue mi gratitud y la de toda la Iglesia por los ejemplares esfuerzos que realizáis en vuestras comunidades en favor de todas las vocaciones consagradas. Testimonio tangible de ello son los programas y planes de acción diocesanos que habéis publicado o que estáis preparando o poniendo al día.

El Señor da hoy a la Iglesia una nueva fecundidad en el campo de las vocaciones. Especialmente en algunos países se va manifestando un aumento prometedor, que nunca agradeceremos bastante a la bondad de Dios. Estos signos de esperanza os estimularán a perseverar con ánimo y fervor, en un trabajo tan precioso. Siguiendo las líneas de acción propuestas por el documento conclusivo del II Congreso Internacional sobre la atención pastoral a las vocaciones en las Iglesias particulares, celebrado en mayo de 1981, movilizad todas las fuerzas de apostolado y comprometed a todos los sectores en un servicio cada vez más metódico, incisivo y capilar.

— Mi palabra se dirige ahora a todos vosotros, que colaboráis con los obispos en esta delicada misión: presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas, miembros de institutos seculares, misioneros, animadores y responsables de las vocaciones. Sé cuán grande es la aportación que dais y que podéis dar con vuestro gozoso testimonio y con vuestra acción apostólica, avalada por la oración constante. En esta circunstancia deseo haceros una recomendación que sale de lo más profundo de mi alma: anunciad con valentía a Cristo que llama; efectivamente, Él continúa llamando hoy como ayer y se sirve de nosotros para hacer oír sus llamadas. Anunciadlo, por tanto, en las comunidades cristianas, anunciadlo con fuerza sobre todo a los jóvenes. En muchas regiones crece una juventud

nueva, abierta a la oración y a la búsqueda de Dios, deseosa de participar en la vida de la Iglesia y de la sociedad. No defraudéis sus aspiraciones. ¡Sed mensajeros de la voluntad de Dios y llamad con decisión!

— También vosotros jóvenes, que os preparáis al ministerio sacerdotal y a la profesión de los consejos evangélicos, podéis ser para otros jóvenes una clara propuesta de vocación. Quien ha percibido la llamada de Jesús y la estima como la mayor riqueza de su vida, debe sentir la necesidad de comunicar su descubrimiento a los demás. Es lo que hizo el Apóstol Andrés llevando a Jesús a su hermano Simón Pedro (cf. Jn 1, 41). Queridísimos seminaristas y todos los que os preparáis a la vida consagrada ¡irradiad los ideales que mueven vuestra existencia y sed entre los jóvenes de vuestra edad los primeros animadores de vocaciones!

4. A las familias cristianas quisiera recordar el valor insustituible de su trabajo y dedicación. Queridísimos esposos y padres cristianos: Vosotros, que habéis colaborado con Dios en dar la vida a nuevas criaturas, sabed cooperar con Él también en la ayuda a vuestros hijos para que descubran y realicen la misión que Cristo confía a cada uno de ellos. Con esto daréis la mayor muestra de amor hacia ellos. La vocación es un gran don, no sólo para quien la recibe, sino también para los padres.

Para desarrollar un deber tan sublime y comprometido, os exhorto a ser fieles a la vocación que vosotros mismos habéis recibido en el sacramento del matrimonio. Cuidad mucho la oración en familia; también vosotros tenéis necesidad de la luz de Dios para discernir su voluntad y para responder a ella generosamente.

5. Finalmente, me dirijo sobre todo a vosotros, queridísimos chicos, chicas, jóvenes y menos jóvenes, que os halláis en el momento decisivo de vuestra elección. Quisiera encontrarme con cada uno de vosotros personalmente, llamaros por vuestro nombre, hablaros de corazón a corazón de cosas extremadamente importantes, no sólo para vosotros individualmente, sino para la humanidad entera.

Quisiera preguntar a cada uno de vosotros: ¿Qué vas a hacer de tu vida? ¿Cuáles son tus proyectos? ¿Has pensado alguna vez en entregar tu existencia totalmente a Cristo? ¿Crees que pueda haber algo más grande que llevar a Jesús a los hombres y los hombres a Jesús?

La Jornada mundial es una ocasión propicia para orar y reflexionar sobre temas tan esenciales. Es obvio que rezar por las vocaciones no quiere decir ocuparse únicamente de las vocaciones de los demás. Para todos, pero especialmente para vosotros, significa comprometer directamente la propia persona, ofrecer la propia disponibilidad a Cristo. Ya sabéis que Él tiene necesidad de vosotros para continuar la obra de salvación. ¿Permaneceréis, entonces, indiferentes e inertes?

Hoy, queridísimos jóvenes, son muchas las voces que intentan invadir vuestras conciencia, ¿cómo distinguir la Voz que da el verdadero sentido a vuestra vida? Jesús se hace sentir en el silencio y en la oración. En este clima de intimidad con Él, cada uno de vosotros podrá percibir la invitación, dulce y al mismo tiempo firme, del Buen Pastor que le dice: "¡Sígueme!" (cf. Mc 2, 14; Lc 5, 27).

Muchos de vosotros estáis llamados a hacer presente el sacerdocio de Jesús; otros muchos a darse totalmente a Él viviendo una vida casta, pobre y obediente; muchos a lanzarse como misioneros por todos los continentes. Muchas jóvenes están llamadas a ofrecer su amor exclusivo a Cristo, único Esposo de su vida. Cada llamada de Cristo es una historia de amor única e irrepetible.

¿Cuál es vuestra respuesta? ¿Os falta tal vez coraje para responder que sí? ¿Os sentís solos? ¿Os preguntáis si es posible comprometerse en el seguimiento de Jesús de modo total y para toda la vida?

Si Él os llama y atrae hacia Sí, estad seguros de que no os abandonará. Muchas veces leemos en el Evangelio: "¡No tengáis miedo!" (cf. Mt 14, 27; Mc 6, 50); "No os dejaré huérfanos" (Jn 14, 18). Quiere decir que Él conoce nuestras dificultades y da a los llamados fuerza y ánimo para superarlas. Jesús es todo en nuestra vida; por tanto, ¡fíaos de Él!

6. Como conclusión de estas reflexiones y exhortaciones, os invito, hermanos y hermanas queridísimos, a elevar en profunda comunión de intenciones la siguiente plegaria:

Oh Jesús, Buen Pastor,
acoge nuestra alabanza
y nuestro humilde agradecimiento
por todas las vocaciones que,
mediante tu Espíritu,
regalas continuamente a tu Iglesia.

Asiste a los obispos, presbíteros, misioneros
y a todas las personas consagradas;
haz que den ejemplo /
de vida auténticamente evangélica.

Da fortaleza y perseverancia en su propósito
a aquellos que se preparan al sagrado ministerio
y a la vida consagrada.

Multiplica los evangelizadores
para anunciar tu nombre a todas las gentes.

Protege a todos los jóvenes de nuestras familias y comunidades:
concédeles prontitud y generosidad para seguirte.

Vuelve también hoy tu mirada sobre ellos y llámalos.

Concede a todos los llamados
la fuerza de abandonar todo para elegirte sólo a Ti que eres el amor.

Perdona la no correspondencia
las infidelidades de aquellos que has escogido.

Escucha, oh Cristo,
nuestras plegarias por intercesión de María Santísima,
Madre tuya y Reina de los Apóstoles.

Ella, que por haber creído y respondido generosamente,
es la causa de nuestra alegría,
acompañe con su presencia y su ejemplo
a aquellos que llamas al servicio total de tu reino.

Amén.

Confiando en que el Señor acogerá las súplicas de su Iglesia, invoco la abundancia de las gracias divinas para vosotros, venerados hermanos en el Episcopado, para los sacerdotes, religiosos y religiosas, y para todo el pueblo cristiano, especialmente para aquellos que se preparan al orden sagrado o a la vida consagrada, y para cuantos promueven con empeño generoso el incremento de las vocaciones eclesíásticas: con toda el alma imparto la propiciatoria bendición apostólica.

Vaticano, 11 de febrero, memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes de 1984, VI año de mi pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1984 - Libreria Editrice Vaticana

XXI

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II /
PARA LA XX JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN /POR LAS VOCACIONES

Venerados hermanos en el Episcopado,
amadísimos hijos e hijas de todo el mundo:

"Yo te haré luz de los gentiles, para que seas la salvación hasta el extremo de la tierra"
(Act 13, 47).

"Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen" (Jn 10, 27).

1. Así leemos en las lecturas litúrgicas del IV domingo de Pascua, en el que celebramos la Jornada mundial de Oración por las Vocaciones. Esta es la Palabra de Dios que se nos anuncia para que elevemos nuestro corazón a pensamientos grandes bajo la luz de la fe pascual.

La Palabra de Dios nos revela un misterio que se ha manifestado en la vida de la humanidad. Efectivamente, ha tenido lugar un hecho decisivo: el Señor Jesús, el Cordero de Dios, se ha ofrecido a Sí mismo por la salvación del mundo. A partir de entonces se inicia una nueva historia y la Iglesia de Jesús, con la fuerza del Espíritu Santo, está llamada a llevar este anuncio de salvación a todas las gentes, hasta los confines de la tierra. Es una misión comprometida, confiada a las humildes personas de los Apóstoles, y a sus sucesores y colaboradores escogidos entre todos los pueblos, siglo tras siglo, con la promesa de que ninguna potencia terrena podrá jamás interrumpirla.

El misterio de esta plena continuidad está iluminado por la presencia del Señor Jesús que, aun viviendo en su gloria inmortal, se halla siempre cerca de nosotros: "Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo" (Mt 28, 20). Él está con nosotros, nos conoce, nos hace sentir su voz, nos llama, nos guía, y no sólo para ofrecer su salvación a cada uno de nosotros, sino también para salvar a los demás por medio de nosotros.

Entre sus múltiples llamadas emergen algunas que suponen una colaboración más estrecha en su misma misión: los ministerios ordenados, la vida consagrada y la vida misionera; un privilegio que, en realidad, corresponde a una ilimitada medida de amor y de sacrificio en la plena donación de sí a Dios y a la Iglesia. ¿Cómo podremos agradecer dignamente al Señor la gran confianza que Él ha depositado en nosotros?

2. Siempre fue para mí motivo de gozo celebrar la Jornada mundial de Oración por las Vocaciones. Deseo participar de un modo especial en la celebración de este año que es la vigésima. Efectivamente, han transcurrido 20 años desde que el querido y venerado Pontífice Pablo VI tuvo la inspiración de convocar a toda la Iglesia, con una "Jornada" especial, para meditar y rezar por las vocaciones especialmente consagradas a la causa del Evangelio. Muchas cosas alegres y otras menos alegres han ocurrido a lo largo de estos veinte años.

Tuvo lugar la feliz conclusión del Concilio Vaticano II, que tanto espacio dedicó a profundizar en la vocación y misión sacerdotal, religiosa y misionera a la luz viva de la Palabra de Dios y de la Tradición cristiana. El Concilio nos ha dejado en herencia un tesoro de doctrina que todo creyente tiene el derecho y el deber de conocer con exactitud, incluso para decidir con mayor lucidez la elección de su vida.

Durante estos años algunas Iglesias han sufrido, no sólo a causa de persecuciones externas, sino también debido a dificultades internas que han procurado a la Iglesia no leves sufrimientos provenientes de parte de aquellos mismos que deberían haberle ofrecido mayor consuelo.

Pero el Señor nos ha reservado también el consuelo de registrar en muchos lugares de la Iglesia el alba de una situación nueva, por el hecho de que son cada vez más numerosos los que responden a su llamada. Por aquel despertar alentador y por esa renovada generosidad, damos gracias al Señor que ha escuchado la oración de su Iglesia.

3. Estos veinte años constituyen un período fecundo de experiencias espirituales y pastorales en lo que respecta a las vocaciones eclesiales. Mi predecesor Pablo VI y yo mismo, constantemente y sobre todo con ocasión de estos Mensajes anuales, hemos querido insistir sobre algunos puntos capitales, que quisiera sintetizar aquí, aunque están bien presentes en vuestro ánimo:

– Palabra de Dios y vocaciones. Las vocaciones sacerdotales y consagradas existen en la Iglesia y para la Iglesia según el designio de Dios, que Él, en su amor, se ha dignado revelarnos. Apuntan, por tanto, a una misión específica que no se confunde con ningún otro ideal humano, por muy noble que sea. El Señor Jesús otorgue la gracia de conocer, de creer y de acoger, por la fuerza de su Palabra, estas llamadas, que pertenecen al misterio de su amor misericordioso.

– Oración y vocaciones. La Iglesia es un don de Dios para la salvación de la humanidad. También las vocaciones al servicio total de la Iglesia representan, por tanto, un don especial de Dios. Por ello, sólo a Él lo pedimos, porque Él sólo puede darlo. Lo impetramos con el corazón abierto al mundo entero, atentos al bien de todos los hombres. Recordad que el Señor Jesús nos ha invitado a rezar por las vocaciones, precisamente porque su corazón misericordioso veía el sufrimiento del mundo: "Jesús, viendo a la muchedumbre, se enterneció de compasión por ella, porque estaban fatigados y decaídos como ovejas sin pastor. Entonces dijo a los discípulos: La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt 9, 36-38).

– Testimonio y vocaciones. Os son familiares las palabras del Concilio: "El deber de fomentar las vocaciones sacerdotales -y esto vale para todas las vocaciones consagradas- afecta a toda la comunidad cristiana, la cual ha de procurarlas ante todo con una vida plenamente cristiana" (Optatam totius, 2). El Señor Jesús había hablado de la "tierra buena que dio fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta" (Mt 13, 8). Donde hay fe, oración, caridad, apostolado, vida cristiana, allí se multiplican los dones de Dios. Reflexionemos, hermanos e hijos, sobre nuestra grave responsabilidad.

– Llamada personal y vocaciones. Dios llama a quien quiere, por libre iniciativa de su amor. Pero quiere también llamar mediante nuestras personas. Así quiere hacerlo el Señor Jesús. Fue Andrés quien condujo a Jesús a su hermano Pedro. Jesús llamó a Felipe, pero Felipe llamó a Natanael (cf. Jn 1, 33 ss.). No debe existir ningún temor en proponer directamente a una persona joven, o menos joven, las llamadas del Señor. Es un acto de estima y de confianza. Puede ser un momento de luz y de gracia.

4. Os invito, por tanto, a uniros a mi oración:

Señor Jesús,
en este Año Santo,
en el que revivimos el acontecimiento

y el misterio de tu Sacrificio redentor
por la salvación de la humanidad,
escucha nuestra invocación:

mediante tu Espíritu,
renueva tu Iglesia,
para que pueda con creciente fecundidad
ofrecer al mundo los frutos de tu redención;
mediante tu Espíritu,
fortifica en sus santos propósitos
a aquellos que han dedicado su vida a tu Iglesia:

en el presbiterado, en el diaconado, en la vida religiosa,
en los institutos misioneros o en las formas de vida consagrada;
Tú, que los has llamado a tu servicio,
hazlos perfectos cooperadores de tu obra de salvación;
mediante tu Espíritu,
multiplica las llamadas a tu servicio:

Tú lees en los corazones sabes que muchos están dispuestos a seguirte
y a trabajar por Ti;
da a muchos jóvenes, y menos jóvenes,
la generosidad necesaria para acoger tu llamada,
la fuerza para aceptar las renunciaciones que ella exige,
la alegría de llevar la cruz que supone su elección,
como Tú la has llevado primero,
con la certeza de la resurrección.

Te rogamos, Señor Jesús,
en unión de tu Santísima Madre María,
que ha estado junto a Ti en la hora de tu Sacrificio redentor;
te rogamos por su intercesión,
que muchos de nosotros, hoy también,
tengamos el valor y la humildad,
la fidelidad y el amor para responder "Sí",
como Ella respondió cuando fue llamada
a colaborar contigo en tu misión de salvación universal.

Así sea.

5. Confío esta nuestra oración a la misericordia de Dios, para que Él la acoja y la escuche. Nuestra confianza, respecto a esto, crece con motivo del Año Santo, que celebramos como memorial de la redención llevada a cabo por el Señor Jesús. A Él pido la abundancia de la gracia, mientras con gozo imparto la propiciatoria bendición apostólica a todos vosotros, venerados hermanos en el Episcopado, a los presbíteros, a los religiosos, a las religiosas y a todo el Pueblo de Dios, con particular referencia a cuantos están viviendo la propia formación en los seminarios e institutos religiosos.

Vaticano, 2 de febrero de 1983, fiesta de la Presentación del Señor en el templo de Jerusalén, año V de mi pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1983 - Libreria Editrice Vaticana

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II
PARA LA XIX JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerables hermanos en el Episcopado y
amadísimos hijos e hijas del mundo entero:

"Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante" (Jn 10, 10).

1. Estas palabras del Señor preceden inmediatamente a la lectura evangélica del IV domingo de Pascua, en el que celebramos la XIX Jornada mundial de Oración por las Vocaciones consagradas de modo especial a Dios, en el servicio a la Iglesia y para la salvación del mundo.

En este fragmento del Evangelio (Jn 10, 11-18), que os invito a meditar en la intimidad de vuestro corazón, Jesús repite cinco veces que el Buen Pastor ha venido a ofrecer la vida por su rebaño, un rebaño que deberá abarcar a toda la humanidad: "y habrá un solo rebaño, un solo Pastor" (Jn 10, 16).

Con estas palabras el Señor Jesús nos revela el misterio de la vocación cristiana y, en particular, el misterio de cada vocación totalmente consagrada a Dios en la Iglesia. En efecto, ésta consiste en ser llamados a ofrecer la propia vida, para que otros tengan vida y la tengan abundante. Así hizo Jesús, primicia y modelo de cada llamado y consagrado: "He aquí que vengo para hacer tu voluntad" (Heb 10, 9; cf. Sal 39 [40]. 8). Y por esto Él ha dado la vida, para que otros tengan vida. Así debe hacer cada hombre y cada mujer, llamados a seguir a Cristo en la entrega total de sí.

La vocación es una llamada a la vida: a recibirla y a darla.

2. ¿De qué vida habla aquí el Señor Jesús?

Nos habla de la vida que viene de Aquel que Él llama su Padre (cf. Jn 17, 1) y nuestro Padre (cf. Mt 6, 9): el cual es "la fuente de la vida" (Sal 35 [36], 10); el Padre que, "por una disposición libérrima y arcana de su sabiduría y bondad, creó todo el universo, decretó elevar a los hombres a participar de la vida divina" (Lumen gentium, 2).

Vida que "se ha manifestado" (1 Jn 1, 2) en el mismo Señor Jesús, el cual la posee en plenitud: "En Él estaba la vida" (Jn 1, 4); "Yo soy... la vida" (Jn 14, 6), y quiere darla en abundancia (cf. Jn 10, 10).

Vida, que sigue siendo ofrecida a los hombres mediante el Espíritu Santo; el Espíritu, "que es Señor y da la vida", según la fe que profesamos en el Credo de la Misa y que "es fuente de agua que salta hasta la vida eterna" (Lumen gentium, 4; cf. Jn 4, 14; 7, 38-39).

Es pues la vida del "Dios vivo" (Sal 41 [42], 3), que Él da a todos los hombres regenerados en el bautismo y llamados a ser sus hijos, su familia, su Pueblo, su Iglesia. Es la vida divina que celebramos en este tiempo litúrgico, reviviendo el misterio pascual del Señor resucitado; es la vida divina que pronto celebraremos, reviviendo el misterio siempre operante de Pentecostés.

3. La Iglesia nació para vivir y para dar la vida.

Como el Señor Jesús vino para dar la vida, así también instituyó la Iglesia, su Cuerpo, para que en Él su vida se comuniquen a los creyentes (cf. *Lumen gentium*, 7). Para vivir y dar la vida, la Iglesia recibe de su Señor todo don, mediante el Espíritu Santo: la Palabra de Dios es para la vida; los sacramentos son para la vida; los ministerios ordenados del episcopado, del presbiterado, del diaconado, son para la vida; los dones o carismas de la consagración religiosa, secular, misionera, son para la vida.

Don que sobresale entre todos, en virtud del orden sagrado, es el sacerdocio ministerial, que participa del único Sacerdocio de Cristo, el cual se ofreció a Sí mismo en la cruz y sigue ofreciéndose en la Eucaristía para la vida y salvación del mundo. Sacerdocio y Eucaristía: misterio admirable de amor y de vida, revelado y perpetuado por Jesús con las palabras de la última Cena: "Haced esto en conmemoración mía" (Lc 22, 19; 1 Cor 11, 24; cf. Concilio Tridentino, *Denz.-Sch.*, 1740, 1752). Misterio admirable de divina fecundidad, porque el sacerdocio ha sido dado para la multiplicación espiritual de toda la Iglesia, principalmente mediante la Eucaristía (cf. Concilio Florentino, *Denz.-Sch.*, 1211: *Presbyterorum ordinis*, 5). Cada vocación sacerdotal debe ser comprendida, acogida, vivida como íntima participación en ese misterio de amor, de vida y de fecundidad.

4. La vida engendra la vida.

Con estas palabras me dirigí al Congreso Internacional de los obispos y de los otros responsables de las vocaciones consagradas, con ocasión de la precedente Jornada mundial de Oración por las Vocaciones (cf. Homilía del 10 de mayo de 1981). Me complazco en repetirlo a todos: la Iglesia viva es madre de vida y por tanto madre de vocaciones, que son entregadas a Dios para la vida. Las vocaciones son un signo visible de su vitalidad. Al mismo tiempo son condición fundamental para su vida, para su desarrollo y para la misión que debe desempeñar al servicio de toda la familia humana, "poniendo a disposición del género humano el poder salvador que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su Fundador" (*Gaudium et spes*, 3).

Invito a cada comunidad cristiana, y a cada creyente, a tomar conciencia de la propia y grave responsabilidad de incrementar las vocaciones consagradas. Tal deber se cumple "ante todo con una vida plenamente cristiana" (*Optatam totius*, 2). La vida engendra la vida. ¿Con qué coherencia podremos rezar por las vocaciones, si la oración no está efectivamente acompañada por una búsqueda sincera de conversión?

Invito con insistencia y particular afecto a las personas consagradas, a que con toda su buena voluntad hagan un examen de la propia vida. Su vocación, consagrada totalmente a Dios y a la Iglesia, debe vivir el ritmo del "recibir-donar". Si han recibido mucho, deben dar mucho. La riqueza de su vida espiritual, la generosidad de su entrega apostólica constituyen un elemento muy favorable para que surjan otras vocaciones. Su testimonio y cooperación corresponden a las amables disposiciones de la Providencia divina (cf. *Ib.*, 2).

Finalmente invito con confianza serena a todas las familias creyentes a que reflexionen sobre la misión que han recibido de parte de Dios en orden a la educación de los hijos en la fe y en la vida cristiana. Es una misión que conlleva además responsabilidades incluso sobre la vocación de los hijos. "La educación de los hijos ha de ser tal, que al llegar a la edad adulta puedan, con pleno sentido de la responsabilidad, seguir la vocación, aun la sagrada" (*Gaudium et spes*, 52). La cooperación entre familia e Iglesia, incluso en orden a las vocaciones, encuentra raíces profundas en el misterio y "ministerio" mismo de la familia cristiana: "Efectivamente, la familia que está abierta a los valores trascendentes,

que sirve a los hermanos en la alegría, que cumple con generosa fidelidad sus obligaciones y es consciente de su cotidiana participación en el misterio de la cruz gloriosa de Cristo, se convierte en el primer y mejor semillero de vocaciones a la vida consagrada al reino de Dios" (Familiaris consortio, 53).

Como final de estas consideraciones y exhortaciones, os invito a recitar conmigo la siguiente oración.

Señor Jesús,
Pastor bueno,
que has ofrecido tu vida
para que todos tengan la vida,
danos a nosotros, comunidad creyente extendida por todo el mundo,
la abundancia de tu vida,
y haznos capaces de testimoniarla y comunicarla a los demás.

Señor Jesús,
concede la abundancia de tu vida
a todas las personas consagradas a Ti,
para el servicio de la Iglesia:
hazles felices en su entrega,
infatigables en su ministerio,
generosas en su sacrificio.

Que su ejemplo abra otros corazones
para escuchar y seguir tu llamada.

Señor Jesús,
da la abundancia de tu vida a las familias cristianas,
para que sean fervorosas en la fe
y en el servicio eclesial,
favoreciendo así el nacimiento
y el desarrollo de nuevas vocaciones consagradas.

Señor Jesús,
da la abundancia de tu vida a todas las personas,
de manera especial a los jóvenes y a las jóvenes
que llamas a tu servicio;
ilumínalas en la elección:
ayúdalas en las dificultades;
sostenlas en la fidelidad;
haz que estén dispuestas a ofrecer generosamente su vida,
según tu ejemplo, para que otros tengan la vida.

Con la seguridad de que la Santísima Virgen, Madre de Dios y de la Iglesia, corroborará esta súplica con su poderosa intercesión y la hará agradable a su Hijo Jesús, invoco sobre todos vosotros, venerados hermanos en el Episcopado, sacerdotes, religiosos y religiosas, y sobre todo el pueblo cristiano, y en particular sobre los alumnos de los seminarios y de los institutos religiosos, la abundancia de las gracias celestiales, en prenda de las cuales imparto de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 2 de febrero,
fiesta de la Presentación del Señor, año 1982, IV de mi pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1982 - Libreria Editrice Vaticana

XIX

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II
PARA LA XVIII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerables hermanos en el Episcopado;
amadísimos hijos e hijas de toda el mundo:

La celebración de la XVIII Jornada mundial de Oración por las Vocaciones coincide, este año, con un acontecimiento importante: la inauguración de un Congreso internacional, en el que tomarán parte obispos delegados de las Conferencias Episcopales, superiores y superiores religiosos, moderadores de institutos seculares y otros responsables para tratar el tema de la cura pastoral en favor de las vocaciones eclesiales en las Iglesias particulares.

Quiero ante todo expresar mi sentida complacencia y mi profunda gratitud a los obispos de todo el mundo, porque con vistas a dicho Congreso internacional han decidido poner al día y publicar sus respectivos programas al servicio de las vocaciones sagradas. Admiro este noble testimonio de solicitud pastoral, que se orienta al bien de las propias diócesis, y me complazco al mismo tiempo porque este laudable esfuerzo ha sido llevado a cabo con corazón abierto y atento a los intereses generales de la Iglesia.

Si reflexionamos sobre el tema del próximo encuentro de los obispos: "Iglesias particulares y vocaciones", nuestro pensamiento y nuestra fe se encuentran con el misterio de la Santa Iglesia de Cristo, la cual está presente en cada Iglesia particular, donde vive y obra una parte del Pueblo de Dios, confiada a los cuidados pastorales del obispo, ayudado por su presbiterio. En cada una de estas Iglesias se anuncia el Evangelio, se celebra la Eucaristía, se administran los sacramentos, se alaba al Señor, se ejercita el servicio de la caridad, se defiende la dignidad del hombre, se ofrece al mundo el testimonio cristiano. Y el Espíritu Santo, lo mismo que en el primer Pentecostés y al igual que en las primeras comunidades creyentes, se efunde en cada Iglesia particular, la unifica en la comunión, para que sea "un corazón y un alma sola" (Act 4, 32), la guía en la verdad, la enriquece con ministerios y dones diversos, la renueva continuamente y la conduce a la unión cada vez más perfecta con Cristo Señor (cf. Lumen gentium, 4. 23. 26).

El mismo tiempo litúrgico entre la Pascua de Resurrección y Pentecostés, que estamos viviendo ahora con renovado fervor, nos invita y ayuda a tener fija la mirada de la fe en este gran misterio de la Iglesia, una en su universalidad, y toda ella presente en la multiplicidad de las Iglesias particulares, constituidas en todos los pueblos y "hasta el extremo de la tierra" (Act 1, 8). De esta mirada de fe brotan espontáneamente algunas reflexiones y exhortaciones, que deseo proponer con cordial afecto y estima a cada Iglesia particular y a cada comunidad local comprendida en ese espacio vital.

1. Cada Iglesia particular tiene que adquirir cada vez más conciencia de lo que es, a la luz del misterio de la Iglesia universal. En efecto, es en esta luz donde la Iglesia particular encuentra fuerza para vivir, luchar y crecer. A este respecto, se hace quizá necesario para algunos creyentes un suplemento de conocimiento. Se debe entender bien, con toda claridad, cuál es la vocación y la misión del Pueblo de Dios, peregrinante en el mundo y orientado hacia la patria eterna. Se debe comprender con la misma claridad quién es el obispo, el sacerdote, el diácono; cuál es su concreta e insustituible misión al servicio del Pueblo de Dios, qué es lo que distingue a estas personas, consagradas mediante el orden sagrado, de los otros miembros del Pueblo de Dios. Se

debe comprender con igual claridad, quiénes son, qué hacen las demás personas, hombres y mujeres, consagradas también al servicio del Pueblo de Dios, no mediante el sacramento del orden, sino por medio de los votos religiosos u otros vínculos sagrados. Esta mayor comprensión, a la luz de la fe, nos llevará a dar gracias y alabar al Señor por la abundancia de ministerios y de dones, con que ha querido enriquecer a su Iglesia. Y será también de gran ayuda para que cada miembro de la Iglesia reflexione sobre las propias responsabilidades, descubra la propia vocación personal y acepte prestar generosamente su servicio a la comunidad eclesial con la fuerza y la gracia del Espíritu Santo.

2. Cada Iglesia particular, rica de fe y consciente de su misión, debe ofrecer a Cristo toda la colaboración de que es capaz, para vivir, crecer y regenerar continuamente sus fuerzas apostólicas. El Concilio Vaticano II ha subrayado justamente que el deber de promover las vocaciones corresponde a toda la comunidad cristiana (cf. *Optatam totius*, 2). Si el Señor ha querido hacernos tan responsables de la vida y del futuro de la Iglesia, ¿podemos rechazar nosotros el honor que nos hace y la confianza que nos concede?

Aquí se plantea un problema de conciencia. Nadie, frente a Dios, puede decir: ¡Allá los demás! Ciertamente, quien ha recibido más deberá dar más: los sacerdotes y las demás personas consagradas se encuentran en primera línea. En efecto, por lo que se refiere a las vocaciones, ellos tienen responsabilidades especiales que no pueden ignorar, descuidar o delegar. Así, pues, con la vida, el ejemplo, la palabra, con la alegría y la calidad de su trabajo apostólico, ellos deben educar a los demás, especialmente a los jóvenes, para que descubran el gusto de servir a la Iglesia. Todo esto para un ministro de Dios, para una persona consagrada, es cuestión de honor, es un acto de fidelidad a la propia vocación, es una prueba de "autenticidad" de la propia existencia. Pero también las familias y los demás educadores tienen los propios dones de gracia y las consiguientes responsabilidades. También ellos por tanto deben saber crear un clima de fe, comunicar el gusto de ayudar al prójimo y de servir a la Iglesia, cultivar las buenas disposiciones para acoger y seguir la voluntad del Señor. De este modo los jóvenes encontrarán menos dificultades para buscar y hallar el propio camino.

3. Que cada Iglesia particular sienta renovarse, a través de estas mis palabras, la invitación del Señor a orar al Dueño de la mies, "que envíe obreros a su mies" (Mt 9, 38; Lc 10, 2).

Así, pues, amadísimos hermanos e hijos, con nuestra oración común, amplia como el mundo, fuerte como nuestra fe, perseverante como la caridad que el Espíritu Santo ha difundido en nuestros corazones,

– alabemos al Señor, que ha enriquecido a su Iglesia con el don del sacerdocio, con las múltiples formas de vida consagrada y con otras innumerables gracias, para la edificación de su pueblo y para el servicio de la humanidad;

– demos gracias al Señor, que continúa dispensando su llamada, a la que numerosos jóvenes y otras personas, en estos años y en distintas partes de la Iglesia, responden con creciente generosidad;

– pidamos perdón al Señor por nuestras debilidades e infidelidad, que posiblemente desaniman a otras personas a responder a su llamada;

– pidamos con fervor al Señor que conceda a los Pastores de almas, a los religiosos y religiosas, a los misioneros y a las demás personas consagradas los dones de sabiduría, de consejo, de prudencia para llamar a otros al servicio total de Dios y de la Iglesia; y

conceda también a un número creciente de jóvenes, y de otros menos jóvenes, la generosidad y el coraje para responder y perseverar.

Elevemos esta nuestra humilde y confiada oración, por intercesión de María Santísima, Madre de la Iglesia, Reina del clero, espléndido modelo para toda alma consagrada al servicio del Pueblo de Dios.

Vaticano, 15 de marzo de 1981.

JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1981 - Libreria Editrice Vaticana

XVIII

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II
PARA LA XVII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Venerados hermanos en el Episcopado y
amadísimos hijos e hijas de todo el mundo:

1. Mi inolvidable predecesor Pablo VI, al instituir la Jornada mundial de Oración por las Vocaciones, quiso que su celebración tuviera lugar entre dos grandes solemnidades litúrgicas: Pascua de Resurrección y Pentecostés. Fue, ésta, una elección especialmente feliz, porque estos gloriosos misterios de la fe cristiana arrojan una intensa luz sobre la vocación sacerdotal y sobre cada una de las vocaciones consagradas de modo especial al servicio de Dios y de la Iglesia.

Dice el Concilio Vaticano II: "Cristo..., habiendo resucitado de entre los muertos, envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por Él hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación..." (Lumen gentium, 18).

Así sucedió al principio: una transformación misteriosa y profunda se verificó en los primeros discípulos, que creyeron en Cristo Resucitado y recibieron el don del Espíritu Santo. Eran los mismos hombres sencillos que Jesús había escogido, uno por uno, entre la gente de su pueblo. Conocemos sus dudas y sus miedos (cf. Mt 28, 17; Jn 20, 19); pero ellos creyeron en el Resucitado y, al mismo tiempo, tuvieron plena conciencia de su vocación y de su misión, en la que los confirmaría el Espíritu Santo, según la promesa del Señor mismo: "Recibiréis el poder del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta el extremo de la tierra" (Act, 1, 8).

Con la fuerza del Espíritu Santo ellos fueron los Apóstoles, los sacerdotes, los testigos de Cristo resucitado. Conformaron su vida y sus obras con los ojos fijos en la imagen imborrable de Jesús Buen Pastor de los hombres. Anunciaron al mundo su mensaje y trabajaron por la salvación de los hombres con sus mismos poderes sagrados. Sabían que la misión de Jesús Sacerdote, Maestro y Pastor continuaba a través de sus personas: "Como me envió mi Padre, así os envío yo" (Jn 20, 21). Sabían, en efecto, que habían sido puestos, en medio del mundo, como el signo e instrumento visible de la presencia viva y operante del Señor resucitado, y también para formar, por un don inefable del Espíritu Santo, un cuerpo nuevo de hombres dotados de un carácter original e inconfundible: el carácter de sacerdotes, maestros, pastores del Nuevo Testamento.

2. Como sucedió al principio, así ha sucedido siempre. Han pasado los siglos y los milenios, pero la Santa Iglesia sigue siendo la Iglesia de Cristo resucitado y de Pentecostés. Los obispos, sucesores de los Apóstoles, y los sacerdotes, cooperadores de los obispos, son los obispos y los sacerdotes de Jesús resucitado y de Pentecostés. Así sucederá en los tiempos futuros, ya que el Resucitado ha garantizado a su Iglesia su asistencia perenne: "Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo" (Mt 28, 20; Lumen gentium, 19, 28).

Junto a los obispos y a los sacerdotes diocesanos, en comunión fraterna y filial con ellos, hubo, hay y habrá otras personas llamadas por el Señor a una vida de especial consagración. Surgieron y siguen surgiendo los diáconos, servidores del Pueblo de Dios. Han surgido multitud de misioneros, enviados a fundar y a dirigir las nuevas comunidades cristianas. Han surgido innumerables formas de vida consagrada en las órdenes y

congregaciones religiosas y en los institutos seculares, que "muestran ante todos los hombres la soberana grandeza del poder de Cristo glorioso y la potencia infinita del Espíritu Santo, que obra maravillas en la Iglesia" (Lumen gentium, 44). Todos estos hombres y mujeres siguen encontrando la fuente pura de su vocación en la fe en el Resucitado y en los dones inagotables del Espíritu.

3. Amadísimos hermanos en el Episcopado, y a vosotros todos, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, personas consagradas, he querido recordar estos pensamientos para dirigiros una calurosa invitación: evangelizad cada vez más y mejor al Pueblo de Dios, especialmente a las familias y a los jóvenes, sobre estas santas verdades que se refieren al sacerdocio, a las misiones, a la vida consagrada. El Pueblo de Dios, cuando reza por las vocaciones, debe saber bien por qué reza y por quién reza. Los misterios de la Resurrección y de Pentecostés os ayudan a hablar, de la manera más precisa y convincente, de las vocaciones sagradas. Los fieles, las familias, los jóvenes deben conocer cada vez con mayor claridad que la Iglesia, sus sacerdotes, los misioneros, las demás personas consagradas no tienen su origen en causas, motivos o intereses humanos, sino en el designio misericordioso de Dios, que quiere la salvación de todos por la fuerza de Cristo muerto y resucitado y por la fuerza del Espíritu Santo. Por tanto, el testimonio personal de vuestra vida, dedicada toda al servicio de los hombres, confirmará vuestras palabras y les dará, con la ayuda de Dios, una mayor eficacia de persuasión.

4. Queridísimos jóvenes, en esta ocasión quiero dirigiros una invitación muy especial: reflexionad. Comprendéis que os hablo de cosas muy importantes. Se trata de consagrar la vida entera al servicio de Dios y de la Iglesia. Se trata de consagrarla con fe segura, con convicción madura, con decisión libre, con generosidad a toda prueba y sin arrepentimiento. Las palabras de Jesús: "Yo estaré todos los días con vosotros hasta el fin del mundo" aseguran la continuidad de aquel "vosotros". Las llamadas del Señor siempre existirán, y siempre encontrarán respuesta por parte de personas disponibles. Vosotros, también, debéis poneros en actitud de escucha. Debéis penetrar con vuestro pensamiento, iluminado por la fe, en la dimensión ultraterrena del designio divino de salvación universal. Sé que muchas cosas y acontecimientos actuales de este mundo os turban. Precisamente, por este motivo, os invito a reflexionar. Abrid vuestro corazón al encuentro gozoso con Cristo resucitado. Dejad que la fuerza del Espíritu Santo actúe en vosotros y os inspire las opciones justas en vuestra vida. Pedid consejo. La Iglesia de Jesús debe continuar su misión en el mundo; ella os necesita, pues es mucha la labor a realizar. Al hablaros de la vocación y al invitaros a seguir este camino, soy yo el humilde y apasionado servidor de aquel amor, que movía a Cristo cuando llamaba a los discípulos a su seguimiento.

5. Finalmente, queridísimos hijos e hijas del mundo entero, una invitación a cada uno de vosotros y a vuestras comunidades: orad. Es el punto fundamental en el que Jesús ha insistido: "Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt 9, 38).

Oremos todos juntos en compañía de la Santísima Virgen, confiando en su intercesión. Oremos para que los santos misterios del Resucitado y del Espíritu Paráclito iluminen a muchas personas generosas, dispuestas a servir a la Iglesia con mayor disponibilidad. Oremos por los Pastores y sus colaboradores, para que encuentren las palabras justas al proponer a los fieles el mensaje de la vida sacerdotal y consagrada. Oremos para que, en todos los ambientes de la Iglesia, los fieles crean con renovado fervor en el ideal evangélico del sacerdote dedicado completamente a la construcción del Reino de Dios y sostengan tales vocaciones con decidida generosidad. Oremos por los jóvenes, a los que el Señor dirige su invitación a seguirlo más de cerca, para que no se distraigan con las cosas de este mundo, y abran su corazón a la voz amiga que los llama; para que se

sientan capaces de dedicarse, de por vida, "con corazón indiviso" a Cristo, a la Iglesia y a las almas; para que crean que la gracia les da la fuerza necesaria para tal donación y vean la belleza y la grandeza de la vida sacerdotal, religiosa y misionera. Oremos por las familias, para que sepan crear un clima cristiano adecuado a las grandes decisiones de sus hijos. Y, asimismo, agradezcamos de corazón al Señor el que en estos últimos años, en muchas partes del mundo, tantas personas jóvenes y menos jóvenes están respondiendo a la llamada divina en número creciente.

Oremos para que todos los sacerdotes y religiosos sean ejemplo y estímulo para los llamados con su disponibilidad y humilde prontitud —como decía en la Carta a los sacerdotes, con ocasión del Jueves Santo de 1979—: "para aceptar los dones del Espíritu Santo y para dar generosamente a los demás los frutos del amor y de la paz, para comunicarles la certeza de la fe, de la que derivan la comprensión profunda del sentido de la existencia humana y la capacidad de introducir el orden moral en la vida de los individuos y en los ambientes humanos" (núm. 4)

Con el deseo de que los jóvenes sepan acoger con compromiso coherente las exigencias de esta llamada al sacerdocio y a las demás formas de vida consagrada, los bendigo de todo corazón, junto con todos aquellos miembros de la comunidad eclesial que los asisten y los sostienen durante el período de la necesaria preparación.

Vaticano, 2 de marzo del año 1980, II de mi pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1980 - Libreria Editrice Vaticana

XVII

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II
PARA LA XVI JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Amadísimos hermanos en el Episcopado.
Amadísimos hijos e hijas de todo el mundo:

Es la primera vez que el nuevo Papa se dirige a vosotros, con motivo de la celebración de la Jornada mundial de Oración por las Vocaciones.

Ante todo vaya un recuerdo afectuoso mío y vuestro, pleno de reconocimiento, al llorado Papa Pablo VI. Reconocimiento porque fue él quien, durante el Concilio, instituyó esta Jornada de Oración por todas las vocaciones de especial consagración a Dios y a la Iglesia. Reconocimiento porque anualmente, en quince años, iluminó esta Jornada con su palabra de maestro y nos animó con su corazón de Pastor.

Siguiendo su ejemplo, me dirijo ahora a vosotros en esta XVI Jornada mundial para confiaros algunas cosas que siento muy dentro del corazón: como tres palabras de orden: orar - llamar - responder.

1. En primer lugar, orar. Es ciertamente grande la finalidad por la cual debemos orar, ya que Cristo nos ha mandado hacerlo: "Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt 9, 38). Sea esta Jornada un público testimonio de fe y de obediencia al mandato del Señor. Celebradla por tanto en vuestras catedrales: el obispo en unión con el clero, los religiosos, las religiosas, los misioneros, los aspirantes al sacerdocio y a la vida consagrada, el pueblo, los jóvenes, muchos jóvenes. Celebradla en las parroquias, en las comunidades, en los santuarios, en los colegios y en los lugares donde hay personas que sufren. Surja en todas las partes del mundo este asalto al cielo, para pedir al Padre lo que Cristo ha querido que pidiésemos.

Sea una jornada llena de esperanza. Nos encuentre unidos, como en un cenáculo universal, "perseverando unánimes en la oración... con María, la Madre de Jesús" (Act 1, 14), en la espera confiada de los dones del Espíritu Santo. En efecto, sobre el altar del sacrificio eucarístico, en torno al cual nos unimos estrechamente en oración, está el mismo Cristo que ora con nosotros y por nosotros, y nos asegura que obtendremos lo que pidamos: "Si dos de vosotros convinierais sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi; nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18, 19, ss.). Estamos muchos reunidos en su nombre y pedimos únicamente lo que Él quiere. Frente a su promesa solemne, ¿cómo es posible que no pidamos con ánimo lleno de esperanza?

Sea esta Jornada un foco de irradiación espiritual. Nuestra oración se difunda y continúe en las iglesias, en las comunidades, en las familias, en los corazones creyentes, como en un monasterio invisible desde el cual suba al Señor una invocación perenne.

2. Llamar. Quisiera dirigirme ahora a vosotros, hermanos en el Episcopado, a vuestros colaboradores en el sacerdocio, para confortaros y animaros en el ministerio que ya estáis llevando a cabo laudablemente. Seamos fieles al Concilio que ha exhortado a los obispos a "fomentar con el mayor empeño posible las vocaciones sacerdotales y religiosas, prestando especial atención a las vocaciones misioneras" (Christus Dominus, 15).

Cristo, que ha mandado orar por los obreros de la mies, les ha llamado también personalmente. Sus palabras de llamada se conservan en el tesoro del Evangelio: "Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres" (Mt 4, 19). "Ven y sígueme" (Mt 19, 21). "Si alguno me sirve, que me siga" (Jn 12, 26). Estas palabras de llamada están confiadas a nuestro ministerio apostólico y nosotros debemos hacer que sean escuchadas, como las otras del Evangelio, "hasta el extremo de la tierra" (Act 1, 8). Es voluntad de Cristo que nosotros hagamos que se escuchen. El Pueblo de Dios tiene el derecho de escucharlas de nosotros.

Los admirables programas pastorales de cada una de las Iglesias, las Obras de las vocaciones que, según el Concilio, deben disponer y promover toda la actividad pastoral para las vocaciones (cf. *Optatam totius*, 2), abren el camino, preparan el buen terreno a la gracia del Señor. Dios es siempre libre de llamar a quien quiere y cuando quiere según la "excelsa riqueza de su gracia por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús" (Ef 2, 7). Pero habitualmente Él llama a través de nosotros y de nuestra palabra. Por consiguiente, no tengáis miedo a llamar. Introducíos en medio de los jóvenes. Id personalmente al encuentro de ellos y llamad. Los corazones de muchos jóvenes, y menos jóvenes, están dispuestos a escucharnos. Muchos de ellos buscan una finalidad para vivir; están en espera de descubrir una misión a la cual valga la pena consagrar la vida. Cristo los ha puesto en sintonía con la llamada suya y vuestra. Nosotros debemos llamar. El resto lo hará el Señor, que da a cada uno su don particular, según la gracia que le ha sido dada (cf. 1 Cor 7, 7; Rom 12, 6).

Cumplamos este ministerio con amplitud de corazón. Abramos nuestro espíritu, como quiere el Concilio, "más allá de las fronteras de cada diócesis, nación, familia religiosa y rito, y, puesta la mirada en las necesidades de la Iglesia universal, ayudemos principalmente a aquellas regiones que con más urgencia reclaman operarios para la viña del Señor" (*Optatam totius*, 2).

Lo que acabo de decir a los obispos y a sus colaboradores en el orden sacerdotal, quisiera decirlo también a las superioras y superiores religiosos, a los dirigentes de los institutos seculares, a los responsables de la vida misionera, para que cada uno desempeñe su parte, según sus propias responsabilidades, en función del bien general de la Iglesia.

3. Responder. Os hablo particularmente a vosotros, jóvenes. Más bien quisiera hablar con vosotros, con cada uno de vosotros. Me sois muy queridos y tengo gran confianza en vosotros. Os he llamado esperanza de la Iglesia y mi esperanza.

Recordemos algunas cosas juntos.

En el tesoro del Evangelio se conservan las hermosas respuestas dadas al Señor que llamaba. La de Pedro y la de Andrés su hermano: "Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron" (Mt 4, 20). La del publicano Leví: "Él, dejándolo todo, se levantó y le siguió" (Lc 5, 28). La de los Apóstoles: "Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6, 68). La de Saulo: "¿Qué he de hacer, Señor?" (Act 22, 10). Desde los tiempos de la primera proclamación del Evangelio hasta nuestros días, un grandísimo número de hombres y mujeres han dado su respuesta personal, su libre y consciente respuesta a Cristo que llama. Han elegido el sacerdocio, la vida religiosa, la vida misionera, como objetivo ideal de su existencia. Han servido al Pueblo de Dios y a la humanidad con fe, con inteligencia, con valentía, con amor. Ha llegado vuestra hora. Os toca a vosotros responder. ¿Acaso tenéis miedo?

Reflexionemos, pues, juntos a la luz de la fe. Nuestra vida es un don de Dios. Debemos hacer algo bueno. Hay muchas maneras de gastar bien la vida, poniéndola al servicio de ideales humanos y cristianos. Si hoy os hablo de consagración total a Dios en el sacerdocio, en la vida religiosa y en la vida misionera, es porque Cristo llama a muchos de entre vosotros a esta extraordinaria aventura. Él necesita, quiere tener necesidad de vuestras personas, de vuestra inteligencia, de vuestras energías, de vuestra fe, de vuestro amor y de vuestra santidad. Si Cristo os llama al sacerdocio, es porque Él quiere ejercer su sacerdocio por medio de vuestra consagración y misión sacerdotal. Quiere hablar a los hombres de hoy con vuestra voz. Consagrar la Eucaristía y perdonar los pecados a través de vosotros. Amar con vuestro corazón. Ayudar con vuestras manos. Salvar con vuestra fatiga. Pensadlo bien. La respuesta que muchos de vosotros pueden dar está dirigida personalmente a Cristo, que os llama a estas grandes cosas.

Encontraréis dificultades. ¿Creéis quizás que yo no las conozco? Os digo que el amor vence cualquier dificultad. La verdadera respuesta a cada vocación es obra de amor. La respuesta a la vocación sacerdotal, religiosa, misionera, puede surgir solamente de un profundo amor a Cristo. Esta fuerza de amor os la ofrece Él mismo, como don que se añade al don de su llamada y hace posible vuestra respuesta. Tened confianza en "Aquel que es poderoso para hacer que copiosamente abundemos más de lo que pedimos o pensamos" (Ef 3, 20). Y, si podéis, dad vuestra vida con alegría, sin miedo, a Él, que antes dio la suya por vosotros.

Por eso os exhorto a orar así:

«Señor Jesús, que has llamado a quien has querido, llama a muchos de nosotros a trabajar por ti, a trabajar contigo.

Tú, que has iluminado con tu palabra a los que has llamado, ilumínanos con el don de la fe en ti.

Tú, que los has sostenido en las dificultades, ayúdanos a vencer nuestras dificultades de jóvenes de hoy.

Y si llamas a algunos de nosotros, para consagrarlo todo a ti, que tu amor aliente esta vocación desde el comienzo y la haga crecer y perseverar hasta el fin. Así sea».

Mientras pongo estos deseos y esta oración ante la poderosa intercesión de María Santísima, Reina de los Apóstoles, con la esperanza de que los llamados sepan discernir y seguir generosamente la voz del divino Maestro, invoco sobre vosotros, queridísimos hermanos en el Episcopado, y sobre vosotros, amadísimos hijos e hijas de la Iglesia entera, dones de paz y serenidad del Redentor, y os imparto de corazón la propiciadora bendición apostólica.

Vaticano, 6 de enero,
solemnidad de la Epifanía del Señor del año 1979, I de nuestro pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1979 - Libreria Editrice Vaticana

XVI

http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/messages/vocations/index_sp.htm